CURSOS Y CONFERENCIAS

X. 39

DESPLEGADO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
BIBLIOTECA
BUENOS AIRES

SUMARIO

JUAN MANTOVANI: Echeverría y la doctrina de la educación popular. – EMILIO RAVIGNANI: El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas. – JOSE P. BARREIRO: La interpretación histórica y sociológica de Ingenieros. – CARMELO M. BONET: La novela argentina en el siglo XX. – JOSE MARIA MILLAS VALLICROSA: Maimónides.

VIDA DEL COLEGIO. - INFORMACIONES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

VOLUMEN XXXIX
Nos. 229 - 230 - 231

AÑO XX

ABRIL - MAYO
JUNIO DE 195

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES
Se publican doce números anuales

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual No. 353034

En la revista aparecen conferencias y resúmenes de clases pronunciadas en el Colegio Libre de Estudios Superiores, cuyo texto ha sido autorizado por los autores; también se publican ensayos de interés científico y literario, y sobre la educación y sus problemas.

En cada entrega hay una reseña de las actividades desarrolladas por el Colegio y un panorama de la actividad cultural argentina.

ARGENTINA Y AMERICA LATINA: Suscripción anual $ 40 m|n. argentina.

OTROS PAISES: suscripción anual, 1 libra esterlina o cinco dólares

Dirección y Administración: (domicilio provisorio)

CALLAO 545, VI p. — T. E. 35 - 7949
BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

FRANCISCO ROMERO: Eça de Queiroz, espejo de su tiempo. — EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA: El amor en la novela de Balzac. — FEDERICO DE ONIS: La originalidad de la literatura hispanoamericana. — ALDO PELLEGRINI: Nacimiento y evolución del movimiento surrealista. — MANUEL VILLEGAS LOPEZ: Cine policíaco.

VIDA DEL COLEGIO — INFORMACIONES

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

CORREO ARGENTINO Cor. Central B

FRANQUEO PAGADO
Concesión No. 1848

TARIFA REDUCIDA
Concesión No. 259

09
(939

AÑO XX
Volumen XXXIX
Nos. 229-230-231

CURSOS Y CONFERENCIAS

ABRIL, MAYO, JUNIO 1951
Buenos Aires

39

Echeverría y la doctrina de la educación popular

por JUAN MANTOVANI

Nada más oportuno que evocar a Esteban Echeverría, a través de la relación de su dogma de Mayo con el principio de la educación popular, en esta inauguración del vigésimo primer curso del Colegio Libre de Estudios Superiores, y como un homenaje al mentor de la juventud argentina de 1837 en el primer centenario de su muerte. Iniciador del romanticismo literario y del liberalismo democrático en los países del Plata, fundador del movimiento de ideas más orgánico que se haya producido para restaurar el profundo sentido liberal y de reivindicación social que tuvo la Revolución de Mayo, Echeverría es uno de los más arrebatados precursores de nuestra organización política y un verdadero orientador y renovador de nuestra cultura nacional en sus etapas iniciales. Es el primero que incorpora a nuestra literatura el paisaje que nos rodea, y es el que hace del desierto y los hábitos del hombre pampeano un tema poético hasta entonces desconocido; canta igualmente a los mártires que dieron su vida por la libertad e intenta afianzar las costumbres sociales e instituciones políticas sobre los principios de la democracia adaptados a nuestra realidad. Éste es el punto de mira que nunca abandonó, y por eso su pensamiento, con raíces en nuestra realidad, es de influencia tan perdurable. Trabaja por la emancipación de la inteligencia argentina y dice a los jóvenes que no hay que buscar la verdad abstracta, sino la que resulte del examen de los hechos de la historia, del conocimiento de nuestras costumbres y del espíritu

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de la nación.[1] Les señala la necesidad de estudiar nuestros problemas con método realista: en nuestras leyes y en nuestro estado social veía "lo que somos", para aplicar sobre ello principios que nos permitan indagar "lo que debemos ser", es decir, un progreso de nuestra realidad sin salir nunca de la misma. Para ello era preciso mostrar también la experiencia de las naciones cultas que más se acercasen a la nuestra, "y confrontar siempre los hechos con la teoría o la doctrina de los publicistas más adelantados". No quería la acción sin ideas que la sustentasen, ni tampoco perderse en abstracciones, fuera de la realidad: "tener siempre —decía— clavado el ojo de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad..."[2] Visionario de nuestra democracia, levanta sobre los odios irreconciliables de las facciones en pugna, la bandera de la *nueva generación,* que se yergue por encima de las personas; y por medio de un dogma que concilia todas las opiniones e intereses, sustenta principios de fraternidad, igualdad y libertad, y un viril anhelo de unidad nacional. Sin desconocer los méritos y defectos de los unitarios y federales, que a su vez rechazan este movimiento, se pone al frente de la irrupción en el campo

---

1. En el Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas por Echeverría en el Salón Literario, en setiembre de 1837, dice: "¿Se cree, acaso, que la ciencia consiste en leer mucho, tener memoria y saber traer a cuento un texto o una cita? No, señores, la verdadera ciencia es el fruto de la doble labor del estudio y la reflexión. El verdadero ingenio no es erudito ni pedante; hace sí uso de la erudición para robustecerse y agrandarse, pero no suicida su inteligencia convirtiéndose en órgano mecánico de opiniones ajenas. Nuestros sabios, señores, han estudiado mucho, pero yo busco en vano un sistema filosófico parto de la razón argentina y no lo encuentro; busco una literatura original, expresión brillante y animada de nuestra vida social, y no la encuentro; busco una doctrina política conforme con nuestras costumbres y condiciones que sirva de fundamento al Estado y no la encuentro. Todo el saber e ilustración que poseemos no nos pertenece; es un fondo si se quiere, pero no constituye una riqueza real, adquirida con el sudor de nuestro rostro, sino debida a la generosidad extranjera". *Dogma socialista.* Edición crítica y documentada de la Universidad Nacional de La Plata, 1948.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

2. E. ECHEVERRÍA, *Ojeada retrospectiva,* en *Obras Completas.* Tomo IV, C. Casavalle, editor, Buenos Aires, 1873.

22459

social, político e intelectual de esa patriótica juventud que descubre nuevos horizontes y encarna una nueva fe arraigada en las progresistas tradiciones que nacen en Mayo. Esa juventud, la más destacada de la República, consideró el pensamiento de Echeverría como una escuela y a él como un maestro. Desde sus años tempranos, al regresar de Europa a mediados de 1830, ejerció un verdadero magisterio: tanta era la sugestión de su vigorosa personalidad. Alberdi, cinco años más joven, confiesa, en su *Autobiografía,* el ascendiente que tuvo sobre su espíritu el apasionado pensador y poeta. "En ese tiempo —dice— contraje relación estrecha con dos ilustradísimos jóvenes que influyeron mucho en el curso ulterior de mis estudios y aficiones literarias: don Juan María Gutiérrez y don Esteban Echeverría. Ejercieron en mí ese profesorado indirecto, más eficaz que el de las escuelas, que es el de la simple amistad entre iguales. Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lerminier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo en oposición a la vieja escuela clásica".[3] Benjamín Villafañe, que se iniciara en San Juan juntamente con Sarmiento, Aberastain, Cortínez, Quiroga Rosas y Laspiur como militante de la Asociación de Mayo y fundara después en Tucumán, su provincia natal, con Marco Avellaneda y Brígido Silva la filial del norte, dice en sus *Reminiscencias históricas de un patriota:* "A partir de aquella época la escuela de Echeverría se siente donde quiera; en las producciones de nuestra prensa, en la tendencia de nuestros ánimos de tiempo atrás tan encrespados e intransigentes; en nuestras relaciones e intimidades con el mundo exterior, tan mal avenido con el intratable americanismo de moda todavía en aquellos días; en nuestra naciente literatura convergiendo hacia el suelo de la patria y buscando sólo en él sus inspira-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

3. J. B. ALBERDI, *Autobiografía.* El Ateneo, Buenos Aires, 1927.

ciones, en nuestras instituciones, en las páginas todas de nuestra ulterior historia".[4]

El movimiento de ideas filosóficas, literarias y políticas que se inició en Buenos Aires alrededor de 1837 tiene a Echeverría por adalid; tanto se siente él mismo conductor de esa brillante generación que, en carta de 1844, le recomendaba a Alberdi que no dejara de insistir en las ideas del *Dogma* y en los propósitos de la *Asociación de Mayo,* "porque es el único título —dice— que podrá recomendarnos en el porvenir y que no podrán, por más que hagan, arrancarnos nuestros antagonistas".

Como promotor de la democracia en el Plata, y ante el temor de la muerte, que tantas veces sintió cerca llamada por el estado de su salud prematuramente quebrantada, designa al futuro autor de las *Bases* su legatario espiritual: "Mi regla de criterio invariable será la Democracia. Lego a mi amigo Alberdi el pensamiento, dado caso que me falte vida para realizarlo".[5] Y Alberdi cumplió aquel mandato años más tarde al reflejarlo en su libro inmortal, y al reconocer, en 1848, la influencia de Echeverría en el progreso de las ideas: "Todas las novedades inteligentes ocurridas en el Plata y en más de un país vecino desde 1830, tienen por principal agente y motor a Echeverría. El *Dogma socialista* muestra lo adelantado de la juventud de Buenos Aires en ese tiempo, gracias a sus esfuerzos propios, pues la revolución francesa de febrero no ha dado a luz una sola idea liberal que no estuviese propagada en la juventud de Buenos Aires desde diez años atrás. El *Dogma socialista* es el punto de partida de toda propaganda sana y fecunda para estos países".

Extraña condición la de este hombre cuya primera juventud transcurre entre alegrías y ligerezas, y vive la segunda severamente orientado en el saber, la reflexión y el ensueño.

---

4. B. VILLAFAÑE, *Reminiscencias históricas de un patriota,* en el apéndice del *Dogma socialista,* edición crítica y documentada de la Universidad Nacional de La Plata, 1940.

5. ALBERTO PALCOS, *Echeverría y la democracia argentina,* Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1941. Ver cap. XV. *Sobre la existencia de la Asociación de Mdyo. El testamento de Echeverría.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En ella cobra vuelo su honda vocación de poeta y la jerarquía de su espíritu. Sus casi cinco años de estudio en Francia le sirven para reconcentrarse en el pensamiento y la creación. Frecuenta grandes maestros y lee con avidez autores clásicos y contemporáneos de primera magnitud. Es un verdadero autodidacto, que nunca estudia en procura de títulos o profesiones, sino de la formación de su espíritu y el esclarecimiento de situaciones morales o históricas. De intensa vida interior, todo lo elabora a la luz de su conciencia. Recibe la siembra de los demás, que se fecunda con elementos y sugestiones de su alma y de su pueblo; por eso la cosecha es propia, dedicada a los problemas de sí mismo y a los de su inorgánico país. Jamás olvida a su patria ausente, y acaso a ello se deba que se convierta, con rigurosa unidad, en el promotor de la literatura nacional y del ideario político precursor de nuestra organización. En este sentido Echeverría es un emancipador, un liberador. Como poeta defiende la libertad estética, del mismo modo que como pensador defiende en el *Dogma* el ideal de libertad política de cada ciudadano.

A los treinta años poseía ya la madurez y el espíritu de independencia que lo exaltan, sin proponérselo siquiera, como el maestro de una generación. Para ello necesita formular una doctrina que expone temprano a través de estos lineamientos: malograda la Revolución de Mayo, sumido el país en la anarquía, caído Rivadavia y su régimen de principios e instituciones civilizadores, triunfante Rosas, emigrado Varela y otras figuras de su generación y jerarquía, la Patria ha sido aniquilada y siente que ya no existe, porque no hay ley, ni derechos, ni libertad, y en su lugar los tiranos han erigido un trono de iniquidad. Obscuridad y servidumbre parecían ser el legado de la Revolución y el solo fruto de los sacrificios de nuestros mayores. "Errantes y proscriptos andamos como la prole de Israel en busca de la tierra prometida", dice a la juventud argentina de 1837 y a los dignos hijos de esta tierra. La tierra prometida imponía luchar por la regeneración de la patria, por la caída de la dictadura, por la organización constitucional de la República. Por ello participa de las actividades del Salón Literario de 1837, y ante su forzosa clausura encabeza la Aso-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciación de la Nueva Generación Argentina que más tarde se denominaría Asociación de Mayo. Ésta no es el comienzo de un nuevo partido político, ni un grupo de insurrectos que se armaba materialmente contra Rosas. Consideraba que el país no estaba maduro para una revolución material, y en cambio, era preciso una revolución moral que demandaría largo desarrollo para hacer penetrar sus principios en la cabeza y en el corazón de las masas. Sin un pueblo preparado, el organizador no podría obrar con eficacia. En el *Dogma* dice: "De aquí se infiere que cuando la razón pública no está sazonada, el legislador constituyente no tiene misión alguna... Es indispensable, por lo mismo, para preparar al pueblo y al legislador, *elaborar primero la materia de la ley,* es decir, difundir las ideas que deberán encarnarse en los legisladores y realizarse en las leyes, hacerlas circular, organizarlas, incorporarlas al espíritu público".

Hombre de letras y, en alto grado, de pensamiento, sólo le preocupan las ideas que anteceden a los actos. Dice a la juventud: "Acordaos que la virtud es la acción, y que todo pensamiento que no se realiza es una quimera indigna del hombre". Se consagra a formular con altura y densidad un credo, una bandera y un programa para la juventud que él acaudilla en el más noble sentido del término. Ese programa doctrinario tiene un núcleo profundo que se expresa con el vocablo "Mayo", de complejo contenido histórico, filosófico y social; y lo siente como la bandera del progreso y la democracia, la más alta y legítima que se pueda levantar: símbolo de la regeneración de la patria.[6]

Echeverría ve a la Revolución de Mayo como el punto de

---

6. Dice en la *Ojeada retrospectiva:* "El problema fundamental del porvenir de la nación argentina, fué puesto por *Mayo:* la condición para resolverlo en tiempo, es el *progreso:* los medios están en la *democracia,* hija primogénita de Mayo: fuera de ahí, como lo dijimos antes, no hay sino caos, confusión, quimeras. La fórmula única, definitiva, fundamental de nuestra existencia como pueblo libre es: *Mayo, progreso, democracia.* Los tres términos de esta fórmula se engendran recíprocamente; se suponen el uno al otro; ellos contienen todo, explican todo: lo que somos, lo que hemos sido, lo que seremos".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

arranque no sólo de una emancipación de la metrópoli, sino como algo más hondo: el nacimiento de una civilización, y por lo tanto la ruptura con las ideas del pasado colonial. Su objetivo más alto era la implantación de la democracia en el Plata; y democracia significaba, según él, afirmación de un deber social para todos los hombres sobre la base de la libertad individual: sólo así sería posible la soberanía del pueblo compuesto de ciudadanos iguales en derechos y deberes. La patria no existe cuando sólo hay opresores y oprimidos. Mayo es por tradición y por resultado el dogma de la soberanía del pueblo, es decir, la democracia. La democracia es "la hija primogénita de Mayo". Mayo se convierte en la trama en que se tejen las *Palabras simbólicas* que dió a conocer en la noche del 23 de junio de 1838 como la creencia o el código de principios de la nueva generación que más tarde se denominaría *Dogma socialista.*[7] Rodeado de treinta o treinta y cinco jóvenes animados de fervor, muchos de los cuales serían más tarde grandes figuras de la República —Juan B. Alberdi, Juan María Gutiérrez, Vicente F. López, Carlos Tejedor, Félix Frías, Jacinto y Demetrio Peña, Miguel Yrigoyen, Juan Thompson, Gervasio Posadas, José Barros Pazos— leyó Echeverría esos principios que parecían, como lo recuerda en la *Ojeada retrospectiva,* "la

---

7. Las *Palabras simbólicas* son las siguientes: 1. Asociación. 2. Progreso. 3. Fraternidad. 4. Igualdad. 5. Libertad. 6. Dios, centro y periferia de nuestra creencia religiosa; el cristianismo su ley. 7. El honor y el sacrificio, móvil y norma de nuestra conducta social. 8. Adopción de todas las glorias legítimas, tanto individuales como colectivas de la Revolución; menosprecio de toda reputación usurpada e ilegítima. 9. Continuación de las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo. 10. Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen. 11. Emancipación del espíritu americano. 12. Organización de la patria sobre la base democrática. 13. Confraternidad de principios. 14. Fusión de todas las doctrinas progresivas en un centro unitario. 15. Abnegación de las simpatías que puedan ligarnos a las dos grandes facciones que se han disputado el poderío durante la Revolución.

La última de las palabras simbólicas, que en el orden primitivo de colocación era la décima, fué redactada por Alberdi, dada la urgencia de su lectura. En la edición de Montevideo salió colocada al final del *Dogma.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

revelación elocuente de un pensamiento común, y resumían en un símbolo los deseos y esperanzas de aquella juventud varonil".

Esteban Echeverría pertenece al grupo de pensadores continentales que, como Sarmiento, Alberdi, Bilbao, Lastarria, Bello, Mora, consideran que la colonia subsistió en la mentalidad hispanoamericana después de la Independencia. "El gran pensamiento de la Revolución no se ha realizado —dice—. Somos independientes, pero no libres. Los brazos de España no nos oprimen; pero sus tradiciones nos abruman. De las entrañas de la anarquía nació la contrarrevolución". Y la contrarrevolución que tiene su punto culminante en Rosas es un retorno, un restablecimiento del antiguo sistema. "La idea estacionaria, la idea española —dice Echeverría— saliendo de su tenebrosa guarida, levanta de nuevo triunfante su estólida cabeza y lanza anatemas contra el espíritu reformador y progresivo". Pero confía con optimismo en la ley del progreso que, aplicada a nuestra realidad, la siente y concibe como la ley de la Revolución de Mayo, la ley del desarrollo democrático de la sociedad argentina.[8] Este progreso se realizaría en Hispanoamérica en la medida en que las nuevas generaciones se

---

8. En la segunda de sus cartas a don Pedro de Angelis, editor del *Archivo Americano*, publicadas en Montevideo en 1847, Echeverría expresa la necesidad de una regeneración de nuestra patria ante "la anarquía moral, la divagación de los espíritus en cuanto a doctrinas políticas, la falta de unidad de creencias, o más bien, la carencia absoluta de ellas". Frente a esto levanta los principios generales de los pueblos libres, las tradiciones de la Revolución y sus enseñanzas; y agrega: "procuramos formular un *Dogma socialista* que, radicándose en nuestra historia y en la ciencia, nos iluminase en la nueva carrera que emprendíamos. Para esto, buscamos en la vida de nuestro país la manifestación histórica de la *ley del progreso humanitario* columbrada por Leibniz y formulada por Vico en el siglo XVII, demostrada históricamente por Herder, Turgot y Condorcet en el XVIII, y desentrañada y descubierta no ha mucho por Leroux, en el desarrollo y manifestación de la vida continua de todos los seres de la creación visible y de las sociedades humanas; de esa ley por la cual todas las sociedades están destinadas a desarrollarse y perfeccionarse en el tiempo, según ciertas y determinadas condiciones; y en esa investigación debimos encontrar y encontramos la Revolución de Mayo, primera página de la historia de nuestro país."

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

apartasen de la herencia hispana. En el examen que Echeverría hace, acusa a España de habernos legado el "espíritu de rutina", que es el suicidio de la razón, y la inercia en lugar de la acción. Un orden político nuevo reclama nuevos elementos de constitución, sobre todo libre iniciativa, ejercicio de las facultades del hombre. Echeverría pinta una España que nos educaba en el ciego respeto de las tradiciones inmóviles para hacernos súbditos obedientes y supersticiosos de una colonia. Quiere, en cambio, la democracia como tradición, como principio y como institución. Como tradición es Mayo: "progreso continuo", desarrollo de la soberanía del pueblo; como principio es la fraternidad, la igualdad y la libertad; y como institución es el sufragio y la representación popular en el municipio, el departamento, la provincia y la República. Pero estos conceptos renovadores exigen el espíritu de asociación para que haya progreso, que sólo es posible cuando se produce entre iguales y libres. Mayo no es la sumisión ante los amos, sino la sumisión ante la ley. Para que la igualdad y la libertad alcancen su realización en la sociedad legalmente organizada es necesario que los hombres adquieran conciencia de sus derechos y deberes. A este fin la sociedad concurre con la educación.

El programa democrático significa la negación de la sociedad dividida en cuerpos, jerarquías, profesiones y gremios como la había configurado el régimen colonial. La democracia, en cuya base está la igualdad, rechaza los privilegios: sólo la probidad, el talento y el ingenio generan la supremacía. "No hay igualdad —dice en el *Dogma*— donde la clase rica se sobrepone, y tiene más fueros que las otras;... donde cierta clase monopoliza los destinos públicos;... donde el influjo y el poder paraliza para los unos la acción de la ley, y para los otros la robustece;... donde sólo los partidos, no la nación, son soberanos;... donde no tiene merecimientos el talento y la probidad, sino la estupidez rastrera y la adulación".

Con el triunfo definitivo de la guerra de Independencia, la Revolución de Mayo logró uno de sus fines: la emancipación política del dominio de España. Pero quedaba en pie otro propósito, acaso el más profundo: "Fundar —decía Echeverría—

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la sociedad emancipada sobre un principio distinto del regulador colonial". Esto, no alcanzado aún veintisiete años después del grito de Mayo, se convierte en la tarea de la nueva generación de la que Echeverría era el eje. Mayo, para él, significa no sólo liberación de las retrógradas tradiciones cuya raíz estaba en el antiguo régimen, sino formación de la idea nueva y progresiva —democracia— que es la causa de la libertad del hombre y de los pueblos. Pero el espíritu nuevo no había logrado aniquilar el sobreviviente espíritu de tinieblas; el triunfo no se había alcanzado, la tarea estaba inconclusa. Sentía Echeverría que estábamos emancipados aparentemente, porque llevábamos inoculados en la sangre hábitos y tendencias de la Colonia. Del pueblo de Mayo dice: "Su cuerpo se ha emancipado; pero su inteligencia, no". El chileno Lastarria dirá, concordantemente: "Cayó el despotismo de los reyes y quedó en pie con todo su vigor el despotismo del pasado... El cañón de Chile anunció al mundo que estaba terminada la revolución de la independencia política y principiaba la guerra contra el poderoso espíritu que el sistema colonial inspiró a nuestra sociedad".[9] Se imponía un deber, una misión: la formación interna sobre la base de la independencia externa ya lograda. Si ésta fué la magna empresa de los libertadores, aquélla tenía que ser la compleja tarea de los pensadores, legisladores, políticos y educadores.

Echeverría creía necesario una reforma radical de las costumbres que debía alcanzarse por medio de las leyes y la educación. Aseguraba que la legislación debe emanar de las costumbres de la Nación y del trabajo de la inteligencia, es decir, debe ser expresión propia de un pueblo, como su cultura y su poesía. "Los vicios de un pueblo —dice en el *Dogma*— están casi siempre entrañados en el fondo de su legislación. La América lo atestigua. Las costumbres americanas son hijas de las leyes españolas".

---

9. J. V. LASTARRIA, *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile.* Santiago, Imprenta del Siglo, 1844. Memoria presentada a la Universidad de Chile. Ver: Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica.* El Colegio de México, 1949.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El principio de la democracia, en virtud del cual ese pueblo antes de Mayo era vasallo y después soberano, no logró de inmediato convertirse en el regulador social, porque no pudo ser incorporado a las costumbres ni a la educación. Ésta debería haber dado al pueblo la clara conciencia de sus deberes, para que no cayese en el extravío y sirviese de instrumento de las ambiciones e intereses parciales. El fracaso de las libertades provenía del relegamiento que sufrió la educación. En 1844 preparó un *Manual de enseñanza moral* para las escuelas primarias del Estado Oriental, en cuya advertencia preliminar dice: "Si la educación del pueblo hubiera empezado entonces, si se hubiese enseñado desde aquella época en las escuelas lo que es la libertad, la igualdad y la fraternidad, las generaciones educadas en esas doctrinas, que han llegado después a la virilidad, ¿no habrían influído poderosamente en el triunfo del orden y de las leyes, y paralizado la acción de los anarquistas y de los tiranos?" Se pregunta también si, existiendo treinta y cuatro años después la misma causa de nuestras calamidades —la ignorancia del pueblo—, puede presentirse el término de las mismas, ni consolidarse institución alguna; y cómo podría combinarse la soberanía del pueblo, es decir, su acción incesante en el gobierno, el orden y el progreso social, con la absoluta ignorancia de quien ejerce la soberanía. En el *Dogma* sostenía que la democracia no es el gobierno absoluto de las mayorías, sino el régimen de la "razón del pueblo"; y que esta razón no se manifiesta en las masas iletradas, lo que lo condujo a no propugnar el sufragio universal, aspecto criticado de su pensamiento. Creía, en cambio, que era necesario un extenso desarrollo de la educación popular para ampliar el ejercicio del voto con el cual el individuo realiza la soberanía. "Los que dicen que han trabajado y trabajan por la patria— agrega—, los que se afligen y desesperan, no viendo término a sus males, ¿cómo es posible que no hayan pensado en echar mano del único recurso que podría remediarlos, la educación de la niñez encaminada a la democracia?" [10] Al referirse en el *Dogma* a

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

10. E. ECHEVERRÍA, *Manual de enseñanza moral. Obras Completas*, Tomo IV. Carlos Casavalle, editor. Buenos Aires, 1873.

la igualdad, decía Echeverría que había que "ilustrar a las masas sobre sus verdaderos derechos y obligaciones, educarlas con el fin de hacerlas capaces de ejercer la ciudadanía y de infundirles la dignidad de hombres libres, protegerlas y estimularlas para que trabajen y sean industriosas, suministrarles los medios de adquirir bienestar e independencia: he aquí el modo de elevarlas a la igualdad". Había que introducir el credo de Mayo en las escuelas.

El 25 de mayo de 1844, bajo los auspicios del Instituto Histórico-Geográfico Nacional del Uruguay, fué celebrado con un acto patriótico de trascendencia en el Teatro del Comercio de Montevideo. Los organizadores se proponían revivir el sueño de Mayo mientras la ciudad sentía los efectos del sitio impuesto por las huestes de Rosas. En ese acto el pueblo oyó a sus poetas: Acuña de Figueroa, Rivera Indarte, Domínguez, Echeverría, Mitre, José María Cantilo y Alejandro Magariños. Echeverría se proponía leer también la conferencia titulada *Mayo y la educación popular en el Plata*, síntesis de la doctrina por la cual se luchaba desde 1810 y que consideraba necesario difundir en el pueblo. Para no afectar el carácter poético del acto no se leyó ese trabajo, editado más tarde y difundido por sus amigos, particularmente en Chile. Echeverría hubiera querido leerlo en la festividad patriótica por dos conceptos que le expresa a Andrés Lamas y que nos parece indispensable recordar: cree que el culto que se ha dado hasta entonces a Mayo ha sido más material que moral, y que son pocos los hombres que alcanzan el verdadero significado del mismo: "¿Y no sería bello, sublime —dice—, solemnizarlo interpretando su pensamiento aquí, en el teatro mismo donde se combate a muerte por sostener su bandera? La poesía —prosigue— no basta para un pueblo como el nuestro, porque ella nada explica y habla solamente al entusiasmo".[11] Y esto lo decía un poeta que era, al mismo tiempo, un pensador en acción y el conductor

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

11. Carta de Echeverría a Andrés Lamas, del 17 de mayo de 1844, en el Apéndice de documentos del *Dogma socialista*, edición crítica de la Universidad Nacional de La Plata: *Echeverría defiende y justifica su obra.*

de toda una generación. El segundo motivo era aclaratorio respecto del sentido que le atribuía a la redacción de una obra de enseñanza para la escuela primaria, que se le había encomendado; no se trataba de un catecismo, sino de iniciar "una verdadera revolución moral introduciendo por primera vez en la educación el principio democrático..."

El discurso de Echeverría afirma su optimismo respecto del pueblo, y asegura que se ha extraviado no por aberración o perversidad: "No, señores, un pueblo jamás es perverso: los perversos y malvados son los que lo engañan y explotan su ignorancia". El pueblo que al emanciparse era ignorante se extravió "porque no lo educaron para la nueva vida social inaugurada en Mayo, para la democracia". En la *Ojeada retrospectiva,* publicada dos años más tarde, afirma que no hay principio, ni idea, ni doctrina que se haya encarnado como creencia en la conciencia popular después de treinta y cinco años de prédica: las tradiciones progresistas se borran por falta de fijación, y sólo quedan palabras en la mente. No se advierte adelanto intelectual y moral alguno, salvo esfuerzos individuales. De ahí deriva la falta de ideas propias y de unidad de doctrina para inculcar en la conciencia del pueblo. Pero él proclama, con la insistencia de un apóstol, el credo de Mayo que conduce a la democracia y que, como un contenido de principios morales, debe penetrar en las escuelas elementales. Principios y no episodios del momento deben nutrir la enseñanza. Para responder de un modo práctico a este objetivo prepara el citado *Manual de enseñanza moral,* que contiene los principios y deberes para consigo mismo, el prójimo, la familia, la Patria, la humanidad y Dios, sin que la escuela pierda en ningún momento la neutralidad que debe conservar. Afirma en el *Dogma* que, admitido el principio de la libertad de conciencia, "ninguna religión debe declararse dominante, ni patrocinarse por el Estado: todas igualmente deberán ser respetadas y protegidas mientras su moral sea pura y su culto no atente al orden social". Se propone infundir virtudes individuales y sociales que hagan de la Patria la religión del ciudadano, y de la democracia un culto permanente.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Al explicar el uso del *Manual,* Echeverría deja entrever

la certeza de sus conceptos acerca de la enseñanza y de la psicología de la infancia: cree que ese libro, que ha preparado con recogida dedicación, hay que ponerlo desde temprano en manos de los niños, ampliado por la viva voz del maestro que materializará las ideas por medio de imágenes, ejemplos y explicaciones concretas, necesarias para la precisa comprensión de la doctrina. Como un complemento de esta tarea, el niño escribirá al dictado del maestro esos principios para que penetren en su inteligencia por la doble vía de la vista y el oído, y alcancen grabación más fácil en su memoria. Ve en esto una de las grandes ventajas de la enseñanza oral y escrita simultánea.

Como el sentido moral es una de las facultades más tardías del hombre, nada importa, a su juicio, que este aprendizaje se realice de memoria: servirá más bien para familiarizar al niño con conceptos en los que penetrará más tarde de un modo racional. Para el último año de la escuela reserva la enseñanza metódica de esa obra, o sea cuando el niño pueda ofrecer una inteligencia suficientemente ejercitada y acostumbrada a elaboraciones propias, y ya no a la simple repetición de opiniones ajenas.

Para Echeverría, como para muchos de los que en diferentes épocas se han interesado por el problema de la enseñanza pública, una doctrina educativa y moral vale sólo cuando hay maestros capaces de comprenderla y enseñarla: piensa que no es posible una reforma radical de la enseñanza si no se establece de antemano una *escuela normal* destinada a la instrucción y formación de maestros. Esto lo sustentaba en los mismos años en que Sarmiento fundaba y dirigía en Santiago de Chile la primera escuela normal de Sudamérica y formulaba métodos de enseñanza elemental. Que en la escuela lo fundamental depende del educador, es lo que impulsó a Echeverría a ofrecerse personalmente para ciertas enseñanzas, seguro de que otros lo imitarían y de que con ello se propagaría la instrucción.

Su criterio es más extenso aún; si se quiere completar la enseñanza moral primaria debe llenarse un vacío: el del *libro de la familia*, que inicie la transformación de las costumbres

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del hogar mediante la sugestión de los deberes, porque ése es el ambiente donde se reciben las primeras impresiones que habrán de convertirse, más tarde, en las ideas dominantes que presidan el curso de la vida. "¿Qué importa —dice— que el niño aprenda de la escuela buenas doctrinas, si al volver a su casa no oye del labio del padre, y especialmente del de la madre, palabra alguna que las fecunde, o si ve ejemplos que las contraríen?" Echeverría se coloca del lado de los que consideran que la mejor manera de educar a los hijos es educar primero a los padres.

En una época en que la educación de la mujer no había logrado aún arraigo en la conciencia colectiva, y parecía más bien un sueño de utopistas, como Rivadavia, Echeverría la propugna con fervorosa resolución por la influencia que ejerce en la reforma de las costumbres y creencias y en el bienestar del pueblo. Recuerda en sus páginas que Tocqueville atribuía la rápida prosperidad de los Estados Unidos y el vigor de sus instituciones a la inteligencia cultivada y a la superioridad de sus mujeres. Esta otra coincidencia con Sarmiento lo impulsa a decir: "Formad buenas madres si queréis tener buenos hijos; formad buenos ciudadanos si queréis tener patria: he aquí todo el problema de la educación".

Anticipándose a ideales educativos reiterados en nuestra época —tan fecunda en totalitarismos negadores de la libre formación humana— Echeverría considera que en una democracia el primer deber es educar para la libertad. Con Benjamín Constant cree que un pueblo que acaba de romper las cadenas de la esclavitud no puede afirmar la libertad si no se educan las generaciones sucesivas para ese fin; y la educación para la libertad implica la destrucción de hábitos y opiniones impuestos por el despotismo, suplantándolos con costumbres y creencias liberales. Tendía precisamente a este fin la preparación del *Manual de enseñanza moral:* aniquilar preocupaciones nocivas y despertar hábitos e ideales fecundos. Tal es el supremo objetivo de la educación popular que, si se extendiese, llegaría a modificar las tendencias dominantes de una época y a iniciar las transformaciones de un pueblo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Una multitud de problemas educativos de fondo y de mera

aplicación están contenidos en las páginas del *Dogma* como en otros de sus ensayos políticos, sociológicos y pedagógicos. Echeverría encomienda a la escuela la tarea de suscitar la conciencia del trabajo para impedir que el pueblo siga imbuído de la preocupación del antiguo régimen que sólo consideraba doctos a los doctores. Descubría únicamente en las vocaciones cumplidas los capaces y honrados servidores de la sociedad; y en los diplomados sin vocación veía mediocridades inútiles: problema éste de ayer y de hoy, acaso de hoy más que de ayer por la plétora, creciente cada año, de graduados sin fe y sin ideales, impulsados sólo por atracciones utilitarias. Quería Echeverría la dignificación de las profesiones ante los ojos de la niñez, a fin de estimular el trabajo y abrir caminos que condujesen al desenvolvimiento de los medios en la producción local. En esto encuentra el secreto de la superioridad y riqueza de las grandes naciones industriales: es también la respuesta al problema que se necesitaba resolver para dar a la incipiente economía de la época el impulso que sólo se logra mediante una eficaz dirección. Estas tendencias de sus preocupaciones en ningún momento aparecen reñidas con la necesidad de una formación general humana en la que sobresalga un alto sentido de moralidad privada y de ética ciudadana. La lectura de un corolario del *Manual* que lleva por título "Moralidad política" impresiona por la elevada sencillez y la patriótica inspiración de sus principios. En esas páginas arde una conmovida devoción por la causa de Mayo, es decir, por la causa de la democracia, por el destino de nuestro pueblo. Allí la juventud puede beber en toda su pureza el pensamiento moral de Echeverría, y, sobre todo, recoger una lección inextinguible: se traiciona a la libertad y a la Patria si se sacrifican sus intereses a las pasiones egoístas, si se abusa del poder para tiranizar, si en lugar de otorgar justicia a todos sólo se la prodiga a los favoritos, si se procura la glorificación propia y el provecho personal. Echeverría configura una doctrina que identifica la moralidad política con el patriotismo y a éste con la leal comprensión del pensamiento de Mayo. De esta fuente y criterio surgirá lo que se llama *opinión pública* que, generalizada, se convertirá en *opinión nacional*. "Y la opinión nacional —di-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ce—, omnipotente como debe serlo en las democracias, y profundamente moralizada, castigará al egoísmo y la indignidad con su reprobación infamante; premiará dignamente la virtud y el patriotismo, y hará a todos igualmente justicia".

Este gran moralista por su pensamiento y por su acción, casi místico de la moralidad ciudadana, con un "corazón de héroe", como dirá de él Juan María Gutiérrez,[12] cree en los hombres, pero mucho más en los principios que rigen la conciencia humana. Por eso hizo de la enseñanza moral, de la conciencia cívica y de la pasión por la libertad el núcleo vivo de la educación democrática. No hay en su *Manual* teorizaciones abstractas; todo está al alcance del que enseña y, sobre todo, del que aprende. A través de ese libro quiere comunicar a los niños conceptos del *Dogma* adaptados a su edad. Glosando a Saint Simon les dice: "Y entre los capaces y dignos, daréis solamente veneración a cada hombre según su capacidad, y a cada capacidad según sus obras".

El realismo de Echeverría, inseparable del idealismo que alienta con grandes esperanzas su vida de luchador, permite a su aguda inteligencia abarcar los problemas a un tiempo mismo en sus aspectos doctrinarios y en sus posibles realizaciones. Nunca se le ve hundirse en vagos principios. Como miembro del Consejo de Instrucción Pública de Montevideo prepara un informe sobre el objeto y fines de la enseñanza pública a través del cual destaca la significación y jerarquía

---

12. JUAN MARÍA GUTIÉRREZ, al incluir el "Discurso de introducción a una serie de lecturas pronunciadas por Esteban Echeverría en el Salón Literario en setiembre de 1837", tomo V de las *Obras Completas*, 1874, dice en un pasaje de la advertencia: "Otro mérito tiene Echeverría para sus compatriotas. Fué un hombre de mente privilegiada y de corazón de héroe. Escribía su *Dogma* rodeado de esbirros de una policía suspicaz, comprometiendo su existencia, desafiando, sin ponderación, la autoridad despótica reñida no sólo con la libertad más común, sino con todas las manifestaciones de la inteligencia. La resignación a la fatalidad de su destino es ejemplar. Vivió y murió en el destierro, pobre, sin quietud, pero como obrero activo y lleno de fe en que la iniquidad que se había convertido en gobierno en su patria, tenía días contados y que la doctrina, desentrañada por él de los propósitos de Mayo, había de convertirse en forma constitucional del pueblo argentino".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de cada etapa y la unidad de toda la organización educativa. Si bien considera a la instrucción primaria como el fundamento indispensable de todo sistema bien planteado, ve en la segunda enseñanza su desarrollo necesario y en la científica uno de sus complementos. Estas funciones son también reconocidas hoy, aunque dilatadas en su contenido y alcances; pero lo que sigue siendo una necesidad es la orgánica correlación y continuidad que Echeverría postula, porque "de lo contrario no hay sistema, no hay plan uniforme, ni concepción científica de la instrucción pública".[13]

El pensamiento de Echeverría sobre la educación popular no se circunscribe a la escuela que enseña a leer, escribir y nociones generales sin un propósito social y moral definido, porque lejos de ser útil "puede extraviar los ánimos, relajar las costumbres, fecundar el egoísmo sofocando el germen de las cívicas virtudes; puede, en una palabra, sembrar en las entrañas de las generaciones nuevos principios de desorden y de perpetua anarquía".[14]

Como sociólogo y pensador político, precursor de la organización nacional, tenía Echeverría la justificada obsesión de la educación pública. Su discípulo y compañero Juan María Gutiérrez escribirá más tarde: "Él, que se sentía morir «como una antorcha sin alimento», todo lo esperaba de lo futuro, sólo en el tiempo venidero tenía confianza, y una de las más serias y últimas preocupaciones de su espíritu fué la educación de la juventud, aurora de los días felices que deseaba para la patria".[15] En una carta que Echeverría le dirigió a Félix Frías en 1850, pocos meses antes de su muerte, le dice: "Trabaje, amigo, prepárese para el porvenir, porque el reino del mal no puede ser eterno. Sus temas favoritos, emigración, cristianismo, son también los míos; pero agregando —escuelas primarias, educación popular".[16]

---

13. E. ECHEVERRÍA, *Obras Completas*, tomo V. Carlos Casavalle, editor, Buenos Aires, 1874.

14. E. ECHEVERRÍA, *Idem*.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

15. *Noticias biográficas sobre don Esteban Echeverría*, por Juan María Gutiérrez, en el tomo V de *Obras Completas*, citado.

16. E. ECHEVERRÍA, *Obras Completas*, tomo V, citado.

Se puede decir que la doctrina de la educación popular argentina se elaboró en el destierro y a Echeverría tuvo como a uno de sus decisivos voceros y alentadores. Cuando se trataba de esta materia todo lo dejaba de lado, y exponiéndose a comprometer el buen éxito de sus trabajos literarios, "se entregaba —como lo señala Gutiérrez— con toda su fuerza a redactar en prosa humilde el credo social que debían aprender los niños de las escuelas primarias".[17]

Esa doctrina de la educación popular es una de las tradiciones progresivas aludidas en el *Dogma,* y tiene su raíz en la Revolución de Mayo, de un modo especial en el pensamiento democrático y la acción cultural de Mariano Moreno que, bajo la influencia de los filósofos franceses del siglo XVIII, reconoció la necesidad ineludible de la educación del pueblo. La democracia no podía fundarse en un pueblo enemigo de las luces y las virtudes. La renovación política y social que determinó la Revolución de Mayo hacía necesaria una intensa acción educativa para ilustrar a los pueblos en sus deberes y evitar —como decía el fogoso Secretario de la Primera Junta— "que nuestra suerte sea mudar de tiranos sin destruír la tiranía". El concepto de educación popular por él propugnado no se encerraba en el marco de las aulas escolares, sino que se abría

---

17. Aparte de consideraciones doctrinarias de educación formuladas en el *Dogma socialista,* se encuentra en los tomos IV y V de sus *Obras Completas* los siguientes trabajos de la materia, únicos que su compilador, J. M. Gutiérrez, ha podido recoger entre otros deteriorados que no han permitido su reproducción: *Mayo y la enseñanza popular en el Plata, Manual de enseñanza moral para las escuelas primarias, Informe al Instituto de Instrucción Pública sobre los "Elementos de Lectura" del doctor don Luis J. de la Peña, Objeto y fines de la instrucción pública, Análisis de la obra "The training system, established in the Glasgow normal seminary, and the model schools" by David Stove.* Además, dejamos constancia en esta nota de tres actuaciones de Echeverría en el campo de la enseñanza, en Montevideo, que le permitieron mostrarse como un educador de ideas y de experiencia: 1º El general Melchor Pacheco y Obes fundó y dirigió una escuela de niños emigrados en la que admitió, después, a todos aquellos para quienes sus padres solicitaron inscripción (alcanzaron a ser 500). En carta del 25 de agosto de 1844 reconoce que Echeverría fué uno de los que colaboraron con sus "luces, celo y patriotismo". 2º En 1847, durante la administración de Suárez, se creó

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ampliamente por la vía del libro y del periodismo. Por ello funda la Biblioteca Pública y la Gaceta de Buenos Aires, convirtiendo de este modo en realidad una de sus convicciones democráticas: "Todo pueblo tiene el derecho de saber y de analizar la conducta de sus gobernantes". Junto a su obra inspirada hay que mencionar la acción e ideas fecundas de Manuel Belgrano sobre la necesidad y el poder de la educación, la gratuidad de la enseñanza, la educación de la mujer, la educación del indio, la morigeración de los medios disciplinarios, como también sus fundaciones escolares antes y después de 1810 y la elevada consideración social que asigna al maestro. Esta tradición de educar al pueblo tuvo en Rivadavia a uno de sus fervorosos propulsores. El valor que atribuía al hombre moral determinó en sus actuaciones de gobernante un gran movimiento de cultura y educación en todos sus grados y alcances, para el varón

---

el Instituto de Instrucción Pública con el objeto de "promover, difundir, uniformar, sistematizar la educación pública", el que fué integrado por Echeverría, Castellanos, Juanicó, Lamas, Ferreyra y Peña. 3º En ese mismo año forma parte del primer Consejo de la Universidad de Montevideo, juntamente con José Luis de la Peña, Fermín Ferreyra, Alejo Villegas y Florentino Castellanos; y al constituirse, en 1849, las comisiones internas, Echeverría es designado para la que tenía a su cargo el estudio de los asuntos correspondientes a las Facultades de Jurisprudencia y Teología, estudios preparatorios y parte reglamentaria. Su estado de salud no le permitía concurrir con regularidad a las reuniones. *Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Instituto de Investigaciones Históricas. Documentos para la Historia de la República Orïental del Uruguay.* Tomo I, *Actas del Consejo Universitario, 1849-1870,* Montevideo, 1949. Algunos antecedentes a este respecto, ver: Arturo Ardao, *Espiritualismo y positivismo en el Uruguay. Filosofías Universitarias de la segunda mitad del siglo XIX,* Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1950.

Las cuestiones relativas a la educación del pueblo preocupan de tal modo a Echeverría, que cierra la segunda edición de 1846 del *Dogma* con algunas consideraciones acerca de su primera aparición en un periódico. Cree que en lugar de esa forma, generalmente tomada como simple curiosidad o pasatiempo, debe adoptarse como vehículo el libro, porque es lo que más se presta para la difusión de las ideas. "La prensa doctrinaria —dice— la prensa de verdadera educación popular debe tomar la forma de libro para tener acceso en todo hogar, para atraer la atención a cada instante y ser realmente propagadora. Así quisiéramos que, en vez de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

como para la mujer, en la ciudad y en el campo. Vió en la ignorancia el primer enemigo de los pueblos, porque los adormece en los usos y costumbres y sofoca sus posibilidades de mejoramiento. Pero como ya lo hemos señalado en un trabajo anterior,[18] en el destierro es donde se elabora y adquiere forma orgánica una vigorosa doctrina de la educación para nuestro pueblo. Tres pensadores y hombres públicos, en primer término —Juan Ignacio de Gorriti, Esteban Echeverría y Domingo Faustino Sarmiento— nos han dejado obras escritas en el exilio en cuyas páginas exponen la doctrina democrática de la educación y constituyen uno de los más grandes aportes de ese período preconstitucional de nuestra historia. Cada uno desarrolla al respecto criterios y visiones con alcances propios,

---

muchos periódicos, se escribieran muchos *Manuales de enseñanza* sobre aquellos ramos del saber humano cuyo conocimiento importa popularizar entre nosotros. Una *Enciclopedia popular*, elaborada en mira del desenvolvimiento gradual y armónico de la Democracia en el Plata, llenaría perfectamente las condiciones que nosotros concebimos para la prensa progresista del porvenir en nuestro país. Si quiere Dios que alguna vez volvamos a poner el pie en la tierra natal, no echaremos en olvido este pensamiento: hoy carecemos absolutamente de medios para ponerlo en planta".

Acerca del pensamiento educativo de Echeverría puede verse: Alberto Palcos, *Echeverría y la democracia argentina*, cap. XVI "El credo de Mayo en las escuelas primarias"; Abel Chaneton, *Retorno de Echeverría*, volumen XV de la Biblioteca de la Sociedad de Historia Argentina, Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1944. Ernesto Morales, *Esteban Echeverría*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1950, cap. XVI "El educador". Acaba de aparecer la importante obra de Alfredo L. Palacios, *Estevan Echeverría. Albacea del pensamiento de Mayo*, editorial Claridad, Buenos Aires, marzo de 1951. Constituye un estudio completo del pensamiento del prócer y su relación con nuestra historia. Para ello divide su extenso volumen en dos partes: 1ª "El pensamiento revolucionario de Mayo", y 2ª "El albacea del pensamiento revolucionario de Mayo". El capítulo XV de esta segunda parte está dedicado a la concepción educativa de Echeverría, bajo el título de "La educación democrática". No pueden exponerse ni aclararse las ideas sobre educación del autor del *Dogma* sin mantener un estrecho enlace con su pensamiento político y sociológico, tal como aparece en esta obra y en las anteriores citadas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

18. JUAN MANTOVANI, *Épocas y hombres de la educación argentina*, El Ateneo, Buenos Aires, 1950.

pero los tres coinciden —Echeverría y Sarmiento de un modo más cercano entre sí, por razones de edad y mentalidad liberada de la colonia— en que, para remediar los males materiales y morales de estos países, derivados de la ignorancia y desarreglo de las costumbres, no había que apartarse de los principios liberales de la Revolución, como algunos entendían, sino fundar y extender una educación que afianzase en el espíritu del pueblo los ideales de Mayo. De las tres obras, las *Reflexiones* de Gorriti, escritas en su proscripción de Bolivia y publicadas en Valparaíso en 1836, tuvieron escasa influencia; ya en nuestro siglo, ha comenzado a interesar históricamente su estudio. En cambio el pensamiento de Echeverría y Sarmiento sobre educación popular lo hicieron suyo los organizadores de la nación después de la caída de Rosas. El autor del *Dogma* muere antes de Caseros sin poder participar de un modo directo en la por él vislumbrada empresa organizadora, en la que influye con sus ideas liberales de reforma a través de sus discípulos y continuadores. Sarmiento, en cambio, fué más afortunado porque le sobrevive treinta y siete años, y con su genio y pujanza se erige en uno de los constructores de la República. Es el verdadero fundador de la escuela popular en nuestro país, soñada y predicada por Echeverría, sin presentir acaso que en los mismos días Horacio Mann, el gran educador de Massachusetts, levantaba esa bandera de redención social de la que Sarmiento, después de su primer viaje a la República del norte, se haría partidario y admirador. Sarmiento vuelve realidad entre nosotros el pensamiento de la escuela popular, común, única, gratuita, obligatoria, legalmente organizada, sostenida por el Estado, pero no al servicio de ninguna parcialidad sino del pueblo y de la cultura de la Nación. Es que "la escuela —como decía Sarmiento— dejará de ser la patria de todos, si se propone hacerla expresión del espíritu de algunos". En su ansia de forjador de nuestro pueblo quiso que la República toda fuese una escuela, y su apóstol Juan —como le llamó a su ministro de instrucción pública, Nicolás Avellaneda, hijo de un mártir que fué discípulo y amigo de Echeverría— formuló este principio: "Es preciso difundir la escuela prima-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ria hasta que llegue a ser en la República, como el aire y la luz, un don gratuito, universal".

Entre sus grandes legados Echeverría nos dejó una clara idea de la nación como continuidad histórica, es decir, como un proceso que se elabora en el tiempo, se nutre de pasado y de porvenir, de experiencia y de esperanzas. Entendió a la nación como un espíritu y una fe, como una ley universal de los argentinos hermanados en la tradición democrática de Mayo, fuente de nuestra vida histórica, y en la ley del progreso que se cumple en el seno de nuestra concreta realidad nacional. Éste es el espíritu que en primer término debe penetrar en el alma de los niños a través de la escuela, y perdurar en la de los hombres.

Concordante con la actitud de los románticos de su época, no sólo de nuestro país sino de la América hispana, Echeverría enjuició severamente a España: a la España reaccionaria que percibía a través de las perdurables tradiciones coloniales, cuya subsistencia era contraria a la ley del progreso histórico. Acaso exageró su aversión a la herencia española, como todos los de su generación; pero su actitud tiene sentido en su tiempo y se explica ante la imperiosa necesidad que había de edificar material y espiritualmente el país, la sociedad, la nación. En una obra de tanta responsabilidad nunca se encontró nuestro pueblo con una generación más capacitada y que le haya podido rendir un aporte mayor que la de los románticos o proscriptos, pronto convertidos en los constructores de la República. Esa generación estudió hondamente los problemas y forjó el pensamiento organizador. Por eso a la caída de Rosas surgió armado de todas sus luces el núcleo de hombres formado en el padecimiento y la expectativa del destierro, en el estudio y la meditación. Preparados para afrontar la inmediata tarea constructiva —jurídica, económica, política y educativa—, de sus manos brotó sin demora el país organizado. Pobre, sin tiempo para la explotación de sus riquezas naturales y el desarrollo suficiente de su economía, pero con una Constitución bien pensada ante los contrastes y oposiciones de nuestra realidad histórico-geográfica, con instituciones que superaron las viejas disputas entre federales y unitarios y conciliaron el espí-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ritu local o provincial de los primeros y el espíritu centralista o de unidad nacional de los segundos; y con la adopción de principios, derechos y garantías adelantados, comenzó una etapa de progreso bajo la conducción de muchos de aquellos que se iniciaron en la asociación de jóvenes inspirada por Echeverría y que llegaron a ser prohombres de la República. No está de más repetir que aquella romántica generación del 37 dió al país el pensador que trazó los fundamentos institucionales y jurídicos de su organización, uno de los redactores de la Constitución del 53 que fué, a la vez, el luminoso informante de la Convención, los dos primeros presidentes de la Nación constituida, los dos grandes historiadores de la Revolución y de la Independencia, parlamentarios, codificadores, ministros, magistrados de la justicia, rectores universitarios, escritores y educadores.

Después de la oscuridad de la anarquía y el despotismo, ese grupo ilustre trajo la seguridad que dan las ideas sobre cuya base se sancionaron las leyes que afianzarían el espíritu liberal de la nación nacida en Mayo. Esos hombres, al mismo tiempo que construyeron, prepararon la disposición para el progreso. Por eso es un deber honrar con el recuerdo y el estudio al iniciador de esa generación, Echeverría, cuya acción sostenida en el pensamiento sirvió de enlace al credo de Mayo con la organización nacional. Porque nunca le faltó fe en su causa, aun en medio de las adversidades, fué siempre un maestro para la juventud a la que supo identificar con patrióticos y humanos anhelos. En su encendida proclama de agosto de 1837 incita a los jóvenes con estas palabras: "No os echéis a dormir bajo la tienda que vuestros padres levantaron; porque en ella se alberga la tristeza, y la tiranía acecha vuestro reposo". Y como romántico, devoto de la ley del progreso historicista y del principio de perfectibilidad humana, les dice: "El mundo marcha: marchad con él si queréis elevaros a la dignidad de hombres libres".

Conferencia pronunciada en el Colegio, el 27 de marzo de 1951.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas

por EMILIO RAVIGNANI

Las dos disertaciones que dedicaré al *Pronunciamiento de Urquiza contra Rosas,* del 1º de mayo de 1851, además de su aspecto evocativo, serán un tanto analíticas, en cuanto se proponen explicar un proceso trascendental de la historia argentina. En la primera, me ceñiré a demostrar cómo el episodio central, con que daré término a la segunda, surge de la entraña misma de la nacionalidad argentina, de acuerdo con aquel concepto de Echeverría expresado en su *Ojeada retrospectiva;* y cómo Urquiza —al encaminar los destinos de la patria hacia el orden legal ausente, y preparar así la estructura institucional para el progreso de la Nación— debe ser destacado y señalado como uno de los creadores de la evolución ascendente de nuestra historia patria.

No es ésta la recordación de un hecho que pueda separarse como episodio, sino que pertenece a la categoría de sucesos encajados perfectamente en el devenir permanente de una nación. A medida que pasa el tiempo, rememorar un hecho centenario, de la índole del pronunciamiento de Urquiza, es afirmar una vez más, como argentinos, que estamos dispuestos a seguir construyendo la grandeza nacional siguiendo el itinerario que el destino nos ha dado entre las naciones.

Como punto primero nos plantearemos lo siguiente: ¿Cuáles fueron los fines de la revolución; de una revolución que pareció surgir sin programa, pero que Moreno, poco a poco, al iniciarse el primer decenio, se lo traza? ¿Cuáles son los dos ele-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mentos básicos que deben imponerse en el país durante los diez primeros años de su emancipación? Hay dos expresiones conceptuales, perfectamente claras, que definen este período de crisis y de lucha: Independencia y Constitución. Desde un comienzo veremos cómo se realiza una y cómo no se alcanza la otra.Más, cuando he dicho Independencia y Constitución, aludo por igual a algo que será el punto inicial del pronunciamiento que hoy celebramos.

¿En qué forma debe encararse este hecho de la formación nacional argentina? Porque, insisto: el acto de Urquiza pertenece a la esencia de la argentinidad, y las recordaciones se realizan para contribuir a formar la conciencia histórica de las generaciones, que reciben la herencia para acrecentarla.

Dentro del itinerario del proceso histórico de más de medio siglo, que nos conduce del estado colonial al estado constitucional definitivo independiente, advertimos cómo el país avanza a tropezones, a veces, estático a menudo, retrocediendo otras, y ensangrentándose en determinados momentos. Antes que nada, afirmamos: el *pronunciamiento* no es acto revolucionario contra el orden y las autoridades constitucionales. Hay muchas revoluciones en el país encaminadas contra el estado institucional del momento, contra un determinado gobernante o contra todo un régimen; pero entre todos los movimientos revolucionarios, este que nos ocupa fué dirigido contra un estado inconstitucional para poner término a un período de la guerra civil y alcanzar el orden y la libertad. Hé aquí una caracterización esencial que debe comenzar por destacarse a fin de juzgar la actitud y conducta histórica de Urquiza. Al movimiento lo inspiraron causas políticas, entendiendo la palabra *política* en su sentido constructivo de la vida social ordenada. Lo inspiraron causas complejas, a fin de llegar a un ordenamiento institucional que se hallaba demorado con el abuso del poder, nacido de las facultades extraordinarias y de la suma del poder público sin limitaciones constitucionales, ejercidas por Rosas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Se trata, además, de un pronunciamiento netamente federalista, dentro del proceso federalista contra la dictadura de Rosas, que abusó de las delegaciones de poder, las que ya habían excedido en el tiempo, si se considera que la ley de la Su-

ma debió durar, solamente, cinco años, o sea de 1835 a 1840. Era, pues, como lo demostraré, un movimiento legítimo, consistente en hacer cumplir el pacto federal del 4 de enero de 1831. No es una revolución contra las instituciones, sino una revolución para que se cumpla un compromiso interprovincial violado por Rosas, representante de los intereses porteños y centralistas que venían a favorecer a los hacendados de la provincia de Buenos Aires, que, con el puerto único, en la práctica, estaban impidiendo el progreso económico y financiero de las demás provincias. Bastará recordar cómo la resistencia de Corrientes, cuando no quiso suscribir el pacto en un comienzo, aunque después lo aceptó, reside en el problema de la libre navegación de los ríos y de las aduanas fluviales, anuladas por la de la ciudad de Buenos Aires. Las palabras tienen un sentido histórico vital; por algo se usaban las expresiones *porteños* y *provincianos*, y por eso, en 1880, se liquida la crisis permanente mediante una sangrienta guerra civil a la que le pone término la federalización de Buenos Aires, ciudad, como capital definitiva de la República.

Tres son los momentos cardinales de la formación histórica argentina que, saliendo del Estado Colonial, alcanza soberanía económica y política plena. Soy de aquellos que no creen que la emancipación americana sea un mero capítulo de guerra civil española; es, para mí, una guerra de liberación de una sumisión política para crear un nuevo Estado, sacudiendo la tutela de una autoridad que está fuera del Continente, para crear autoridades propias nacidas de la voluntad de los pueblos de América.

Las etapas fundamentales son: Revolución de Mayo, Independencia, y Estado Constitucional definitivo. Las dos primeras se liquidaron en la década inicial; la tercera costó medio siglo resolverla. La Revolución de Mayo planteó el Congreso constituyente, en su resolución del mismo día 25, mediante la circular al interior, a las provincias, en la que las invitaba a enviar diputados. Recuérdese bien que la Junta es provisional y se requiere la representación auténtica de los pueblos del interior, de los cabildos o de lo que se quiera. Moreno, con su gran visión del porvenir y sentido constructivo, en el escrito

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Miras del futuro Congreso hace estos tres planteos: emancipación, constitución, confederación. Es decir, que por grados irá cortando el vínculo que nos subordinaba a la Madre Patria, reemplazándolo por un nuevo estado institucional, el cual, por la experiencia de lo que se practicaba en otra parte del Continente, consideraba que debía ser un estado de confederación o federativo. Y así surgen las primeras controversias internas que ocupan el período que va de fines de 1810 a comienzos de 1820, es decir, desde la incorporación de los Diputados a la Junta hasta la batalla de Cepeda (febrero de 1820).

Buenos Aires, sede del gobierno central, pasa de la Junta al Triunvirato, del Triunvirato al Directorio, pero siempre con un gobierno de tipo centralizado. Y tendrá que sobrevenir la crisis, como es lógico. Buenos Aires ejerció, indudablemente, un predominio de fuerzas: fué el lugar en donde durante las invasiones inglesas se movilizaron unos diez mil hombres. Esto le da cierta preponderancia hasta el momento en que las provincias van adquiriendo conciencia de su personalidad y su fuerza en la lucha por la independencia y en la consecución de triunfos, como ser Las Piedras, en la Banda Oriental, y Tucumán y Salta en el Norte. La movilización interna se va acrecentando contra Buenos Aires y la lucha culminará con la derrota de Cepeda, en que los porteños pasaron a la defensiva. Si se enfoca así el problema, fácil es darse cuenta de la prepotencia del centralismo surgido como herencia de la capital del Virreinato. En el año 1811 no se pudo reunir el Congreso; se hizo la tentativa de la Asamblea de 1812, que dió lugar a la revolución de octubre de ese mismo año, en la que participaron San Martín, Monteagudo y otros, de la que nació la Asamblea de 1813 con un programa de acción e ideas fundamentales —ya definidas en 1812 y que coinciden con las previstas por Moreno—; aparecen claramente adoptadas por la segunda Sociedad Patriótica y la Logia Lautaro: Independencia y Constitución.

Todo esto acaecía en Buenos Aires. ¿Mas qué ocurría en el interior, en las provincias? Terminemos un poco con la historia netamente porteña y ocupémonos de la historia nacional, para explicarnos cabalmente las diversas crisis de la historia argentina. En Buenos Aires se reunió la Asamblea de 1813,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

en momentos en que iban naciendo corrientes políticas definidas en los ambientes provincianos. Comencemos por el Litoral, que debemos integrar, territorialmente, con las siguientes jurisdicciones: Provincia Oriental del Uruguay, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes y Misiones. En esta forma asistiremos a la primera etapa, de 1813 a 1815, en que se expande el federalismo. El crecimiento del litoral federalista es de suma importancia y se impone su comprensión para explicarse la crisis de 1820 y hasta para entender las cláusulas esenciales del pacto de 4 de enero de 1831; porque sin tener presente la esencia de aquel movimiento es imposible penetrar en el Pacto Federal. El movimiento de 1813 a 1815 se origina en la desobediencia de Artigas al convenio firmado por el Triunvirato con portugueses y españoles sobre Montevideo y la Banda Oriental. Artigas surge así como primer caudillo, acreditado con anterioridad cuando levantó al pueblo oriental de la campaña y derrotó a los españoles en Las Piedras. Esta victoria, como es sabido, arrojó a los realistas dentro de los muros de Montevideo y dió comienzos al sitio; acción importante, porque si Buenos Aires no vence a las autoridades españolas, la revolución pudo correr peligro, ante las circunstancias de que los españoles, con la base de Montevideo, tenían el dominio de los ríos.

Artigas, cuando se opone al pacto de octubre de 1811, que suspendió el sitio del baluarte español, lo hace porque consideró el acto como una traición a los ideales revolucionarios. La consecuencia de su actitud fué trascendental, por cuanto tropas y ciudadanos, el 10 de octubre de 1811 investían al caudillo con el título de Jefe de los Orientales. En adelante se le reconocerá como Jefe de la Provincia de Oriente, investidura que siempre invocó el prócer uruguayo. En cuanto al título militar no le dió mayor importancia, y lo renunció más tarde ante las autoridades de Buenos Aires.

Los hombres de Buenos Aires se dieron cuenta del error que importaba el convenio resistido. Sobreviene el año 1812, en que se van definiendo las ideas emancipadoras y las tendencias constitucionales. Hé aquí cómo se origina el movimiento que aflorará pujante en 1815. A raíz de la revolución de octu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

bre de 1812 nace la Asamblea de 1813, en virtud de la elección de los diputados resuelta. El Cuerpo Soberano debía integrarse con un diputado por cabildo, dos por cabecera de intendencia y cuatro por la capital de las Provincias Unidas. Instalada la Asamblea, se manda reconocerla y jurarla por las provincias interiores.

A raíz de todo esto se producirá el primer episodio federalista de gravedad. En el campamento de Tres Cruces, frente a Montevideo, tendrá lugar la asamblea de abril; en ella se plantea el problema de si se reconoce o no la asamblea constituyente que funciona en Buenos Aires. Como hay coincidencia en las ideas de Independencia y Constitución, por el momento la Asamblea es reconocida y jurada. De inmediato debe producirse la designación de los diputados del pueblo oriental y aquí se inicia la primer discrepancia, acentuada por el capital asunto de las instrucciones que deben darse a los diputados.

Conviene recordar que en el año 1811 había sido traducida la obra de Thomas Paine, *La Independencia de Costa Firme,* traducción que había llegado a las regiones del Plata; por otra parte, la organización del Estado de Massachusetts y de la Confederación americana no era un misterio para los criollos revolucionarios. A esto debe añadirse la coincidencia con el ideal de Moreno y con la prédica revolucionaria de 1812. Todo, todo formaba un conjunto de ideas que debían inspirar el contenido de las instrucciones.

A la par de lo que acaecía en la reunión de abril, se producía dentro de la Asamblea una crisis de carácter personal y de tendencias divergentes: una, la de los lautarinos o sanmartinianos, y otra, la de los alvearistas. Ambos coincidían en que era necesaria la independencia, pero la discrepancia residía en que los primeros consideraban indispensable la sanción de una constitución. Los alvearistas se inclinaban a un compás de espera, que explicará el planteo de negociaciones diplomáticas con Fernando VII y el origen de las misiones de Belgrano y Rivadavia. Cinco eran los diputados sanmartinianos, y si se hubieran incorporado los cinco artiguistas, la tendencia avanzada hubiera llegado a contar con diez representantes contra seis de los pertenecientes a la corriente alvearista. Este juego

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de predominio originará el rechazo de los diputados de la Provincia Oriental y, por ende, la imposibilidad de hacer cumplir sus instrucciones. Sobrevendrá la ruptura y se iniciará el proceso que culminará en 1815. De aquí se infiere, además, que San Martín no resistió a los movimientos populares de tipo democrático y federalista, y sí puede afirmarse que concentró toda su actividad en la guerra de la emancipación, sin inmiscuirse en los desaciertos de los Directorios.

El recordado rechazo de las Instrucciones, como dijimos, planteará la gran crisis de 1815. La Asamblea contra la cual se alzará el artiguismo no declarará la independencia, pero la cantará en el Himno; romperá el vínculo con España mediante el escudo; dictará una legislación fundamental, reformando instituciones coloniales con respecto a la condición de las personas, pero se detendrá en la puerta de la declaración de la independencia, que era el anhelo del movimiento del año 1812 y que había tomado estado en los pueblos. Y así llegaremos al año 1814, cuando ya se definen negativamente las negociaciones diplomáticas. La revolución avanza en la opinión pública y se detiene en las esferas del gobierno, entablándose una lucha, cuyo síntoma más evidente lo tenemos en el conflicto entre Artigas y el Litoral contra Buenos Aires, sede del Directorio. El sitio de la plaza de Montevideo, entretanto, progresa; y en junio de 1814, después de la rendición de los realistas, la ciudad es entregada a los orientales. Parecería que todo va a terminar tranquilamente, pero no será así; se producirá la gran crisis de 1815. El descontento cristaliza en Buenos Aires y aumenta en el Litoral. Rondeau se rebela en el Norte, y Posadas se ve obligado a renunciar. Artigas penetra en Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe. El federalismo se hace grande; y frente a tantas amenazas, Alvear resuelve asumir la responsabilidad del mando, precipitando, así, los sucesos. En Cuyo, San Martín se ve obligado a retirar su renuncia de gobernador intendente, porque toda su comprensión (Mendoza, San Juan y San Luis) está contra el Directorio. El desenlace sobrevendrá merced a dos episodios fundamentales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Dorrego va en busca de las fuerzas artiguistas; es derrotado en Guayabo (10 de enero de 1815) y tiene que retirarse.

El director Alvear resuelve continuar la acción enviando a Alvarez Thomas, quien se alza en Fontezuelas; y cuando pretende contener el movimiento, el Cabildo de Buenos Aires asume la actitud autonómica y expide el famoso Bando en el que trata de conciliarse con Artigas. Éste había sido declarado traidor a la patria; el Cabildo manda quemar el Bando del Directorio en la plaza pública y restablecer las relaciones con el Jefe de los Orientales. El movimiento de 1815 es de carácter nacional y denota que algo se ha avanzado en el triunfo de la idea federal.

De inmediato se dicta en Buenos Aires el Estatuto que manda establecer un nuevo Congreso: el de Tucumán. Artigas, de su lado, plantea una reunión de las cuatro provincias litorales a las que se agrega Córdoba, que entra en tratos con él. En Córdoba se produjo un cambio fundamental de gobierno y como prueba de ello se asigna una espada de honor al Jefe Oriental. En vista de la convocatoria de éste, se realiza una reunión en el Arroyo de la China —y no un Congreso en Paysandú como se ha sostenido por historiadores argentinos—, adonde concurren los diputados del Litoral y de Córdoba. Todo parece activarse hacia una solución, especialmente a raíz de la misión de Cabrera a Buenos Aires y los propósitos de firmar pactos que restablezcan las relaciones armónicas entre las fuerzas en lucha.

En la ciudad porteña se produce un episodio sintomático: la presentación al Cabildo de dos pedidos de vecinos, consistentes en crear la Provincia de Buenos Aires con sus instituciones permanentes de carácter local. Como se advierte, el federalismo cuajaba también en el espíritu de la ciudad metrópoli del antiguo Virreinato. Mas los directores Álvarez Thomas y Balcarce enervarán el movimiento y con ello se esfumará todo entendimiento con el Jefe de los Orientales. Sobreviene el Congreso de Tucumán, al que no concurrirán las provincias que debían reunirse en el Arroyo de la China, con excepción de Córdoba que lo hará dificultosamente.

A partir de este instante entramos en la segunda etapa: la declaración de la Independencia. Con este acto pareciera detenerse un tanto la agitación federalista, y en efecto algo de ello sucede. El director Pueyrredón, en ejercicio del gobierno,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se cruzará a dicho movimiento, en tanto que a Artigas se le presentará un nuevo problema en el Litoral: la invasión lusitana. Se verá obligado a defender la integridad nacional contra dicha usurpación que, si bien lo vencerá en combates memorables, no logrará dominarlo (1816-1820).

Pueyrredón, mientras tanto, se afirmará en el gobierno, siendo factores de ello las dos victorias fundamentales de San Martín en Chile: Chacabuco y Maipú. Pero cuando en 1818 ya no existen operaciones militares, sino preparativos para la expedición al Perú, entonces la situación irá cambiando gradualmente, cambio que se precipitará al dictarse la Constitución antifederalista de 1819. La crisis fermentará incontenible y en diciembre del año 1819 se precipitará cuando Artigas planteará al gobierno de Rondeau, o mejor dicho al Congreso nacional, la integridad y reincorporación de la provincia usurpada por los portugueses. Al mismo tiempo, dicho Congreso cometerá el desacierto de enviar a Valentín Gómez a Europa a fin de negociar la coronación de un príncipe para las Provincias del Río de la Plata.

En cuanto a la Constitución de 1819, jurada mas no reconocida ni practicada, hará fracasar todos los posibles entendimientos, y llegamos así al año 1820.

Los dos caudillos litorales —Ramírez de Entre Ríos y López de Santa Fe— entran en conflicto con el Directorio. La batalla de Cepeda arrastrará la caída del gobierno centralista y la disolución del Congreso. Así nace la Provincia de Buenos Aires en febrero de 1820, mediante la elección de sus primeros representantes, que formando Junta elegirán gobernador a Sarratea, quien con los dos caudillos citados firmará el Pacto del Pilar de 23 de febrero de 1820. ¿Qué se establece en dicho pacto sobre la forma de gobierno y con qué sentido se la acepta? El federalismo ya no será sinónimo de desorden, y en cuanto al Pacto tendrá carácter interprovincial. En él se dice que cada uno de los signatarios enviará a la localidad de San Lorenzo diputados, a fin de echar las bases de un Congreso que dictará la Constitución al país. En fecha subsiguiente, noviembre de 1820, se suscribe un nuevo Pacto en donde interviene Córdoba y por su contenido surge el compromiso de reunir di-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cho Congreso en la Ciudad mediterránea, cabecera de una nueva provincia ya constituída y de tendencia federalista. Córdoba abarca una influencia mayor que el Litoral; viene a ser algo así como el corazón de la República, por su posición estratégica con relación al Norte y al Oeste.

El movimiento federalista crece y se inicia el envío de diputados a Córdoba; pero Buenos Aires, que entra a un período de organización político-administrativa con Martín Rodríguez y Rivadavia, se resiste a concurrir al Congreso y aspira a tomar la dirección política del país. Así es cómo la influencia porteña hará fracasar el Congreso proyectado y a causa de este propósito, a fines de 1821, los Diputados de Buenos Aires reciben orden de retirarse y regresar.

En las demás regiones de nuestra Nación se producen movimientos federalistas que se concretan en pactos. En enero de 1822, Buenos Aires, por la orientación rivadaviana, firmará el tratado Cuadrilátero, en el que se hallará ausente la Provincia Oriental debido a que se halla ocupada por los portugueses. El Congreso Nacional de 1824-1827, convocado y patrocinado por Buenos Aires, se inicia dando la ley fundamental de enero de 1825, en donde se reconocen las instituciones provinciales, respondiendo a las exigencias de un derecho público local en todos los ámbitos del país.

El centralismo porteño sigue operando; y así como Rivadavia tuvo acertada visión política al comienzo, la va perdiendo por ceder a las influencias de quienes lo rodean.

En efecto, los unitarios se proponen asumir nuevamente la dirección y obligan al Congreso a desviarse de su trayectoria inicial, incurriendo por este motivo en errores irreparables. La crisis del predominio unitario se acentuará en el seno del Congreso durante el año 1826; Córdoba se alzará ostensiblemente contra el Cuerpo nacional y las provincias que se han manifestado por el sistema federalista la apoyarán. La situación se agravará a raíz de la guerra con el Brasil, que no pudiendo sostenerse, precipitará el primer tratado de paz, calificado como ignominioso. Rivadavia renuncia y la ley de julio de 1827 traerá la disolución del Congreso. Se reinstalan las instituciones de Buenos Aires, se llama a elecciones de Gober-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nador, durante la presidencia provisoria de Vicente López y Planes, y triunfa uno de los paladines del federalismo: Dorrego. Los unitarios no quieren ceder, en tanto que el Gobernador de Buenos Aires inicia otro período de pactos interprovinciales. Se firma la paz con el Brasil en 1828. En Santa Fe se halla reunida la Convención Nacional que casi no sesiona, en espera de circunstancias favorables. El descontento crece y da lugar a la reacción militar del 1º de diciembre de 1828, de la cual se hace responsable el general Lavalle, aunque justo es decir que fué la logia unitaria la que impulsó toda la acción. El 13 de diciembre se produce el fatal fusilamiento del gobernador Dorrego.

El movimiento revolucionario de 1828 queda completamente terminado con los dos pactos que Rosas impone a los vencidos después de Puente de Márquez: Cañuelas y Barracas. El interinato de Viamonte termina con la elección de Rosas, en diciembre de 1829. Los federales han triunfado y en toda esta acción se han destacado tres grandes caudillos: Estanislao López, Juan Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas. De los tres, Rosas es el que tiene más fuerza económica y sabrá aprovechar la preeminencia que le dan las riquezas de su provincia y el puerto de Buenos Aires. A partir de este instante la política nacional se irá desplazando hacia esta parte de los ríos. Existe una provincia, Corrientes, que es federal; en ella actúan Pedro Ferré y Manuel Leiva, quienes van en busca de un entendimiento con las demás provincias litorales, prescindiendo del Estado Oriental; pero esto no quiere decir que dicho Estado se desligue de los intereses rioplatenses argentinos, porque no cabe duda que se halla constantemente ligado a sus destinos hasta el pronunciamiento de 1851, inclusive.

Estamos en 1830: Paz ha triunfado sobre Quiroga en Tablada y Oncativo; de aquí va a nacer el supremo poder militar en el centro de la República. Mas no debe olvidarse que Paz es provinciano y su Liga de 1830 no es unitaria cerrada. En forma paralela las provincias litorales procuran un entendimiento: Corrientes toma la iniciativa firmando pactos aislados con Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos; es así cómo, en 1830,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

se firman estos convenios preliminares a fin de estructurar uno de carácter definitivo del que Leiva y Ferré son inspiradores. Éstos quieren resolver, en él, problemas de índole financiera y económica como ser: el régimen aduanero, libre navegación de los ríos, rentas nacionales, etc. Así surgirán puntos de discrepancia y de discusión entre correntinos y porteños, aunque existen cláusulas fundamentales en las que Rosas está de acuerdo. Conviene señalar dos cuestiones de trascendencia en el Pacto proyectado: una, que las demás provincias podrán ir, gradualmente, adhiriéndose al compromiso de las litorales de manera que éste pueda convertirse en un pacto nacional; el otro punto consiste en la creación de un organismo interprovincial que eche las bases del futuro Congreso. Las cláusulas económicas y financieras de los correntinos no son aceptadas y de aquí se origina la conocida polémica de Ferré y de Leiva con los porteños.

En otro ámbito de la Nación, la liga del general Paz avanza, lo que impone apresurar la unión de los deferales. Rosas decidirá la firma del Pacto definitivo sin la concurrencia de Corrientes; hé aquí cómo nace el compromiso de 4 de enero de 1831, mal llamado Tratado Cuadrilátero —hasta Urquiza se equivoca al recordarlo— por cuanto al comienzo sólo lo suscriben Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires. El artículo 16 establece una Comisión representativa de las Provincias litorales de la República Argentina, con un diputado de cada provincia. ¿Qué atribuciones tiene esa Comisión? Declarar la guerra, celebrar la paz, aceptar la incorporación de las otras provincias al Pacto y reunir un Congreso constituyente federativo. Ésta era la creación de los correntinos; ya no se trataba de imponer la forma federativa o de unir las provincias en una Confederación, sino de dar forma constitucional definitiva a los principios políticos triunfantes.

A mediados del año 1832, con la adhesión de Catamarca, el Pacto de 4 de enero se ha convertido en el estatuto de la Confederación. Empiezan a reunirse los diputados de la Comisión representativa, encontrándose al comienzo los de Corrientes, Entre Ríos, Santa Fe y Buenos Aires; después se agregarán los de Córdoba, Santiago y Mendoza. A poco andar, Leiva

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

plantea la necesidad de echar las bases para la convocatoria del Congreso General Constituyente. Rosas, conforme a su concepto político del momento, interviene para cruzarse en la iniciativa y le hace presente a Estanislao López que toda reunión es prematura y que se impone la disolución de la Comisión. Este plan no tardará en triunfar. A partir de este instante la inconstitucionalidad del país es evidente y sólo existe un pacto de confederación que es un compromiso, y un encargado de las Relaciones Exteriores y negocios generales del país —título que se le da por delegaciones sucesivas al Gobernador de la Provincia de Buenos Aires—. Esta situación la conservará Rosas desde 1831 hasta 1851, salvo el pacto de 1832 a 1835.

Cuando recorramos, más adelante, el texto del Pronunciamiento del 1º de mayo, apreciaremos mejor, con estas explicaciones, el sentido histórico de sus cláusulas, y nos convenceremos de su legitimidad, si se considera que las catorce provincias argentinas habían olvidado, por influencia del Dictador porteño, las obligaciones contraídas.

Con lo expresado anteriormente entramos en pleno período de la *inconstitución argentina,* definición conceptual que usé por vez primera en uno de mis trabajos publicados en la *Historia de la Nación argentina,* que patrocinó la Academia Nacional de la Historia. Conviene insistir en esta expresión, porque ella da más realce al acto del Pronunciamiento de Urquiza, que fué conducente a implantar un régimen constitucional frente a la ausencia del mismo que había impuesto la larga dictadura rosista.

En el Pacto de 1831 hay que distinguir, antes que nada, los artículos 1º y 12º. Por el 1º, los gobiernos de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos "ratifican y declaran en su vigor y fuerza los tratados anteriores celebrados entre los mismos gobiernos en la parte que estipulan paz firme, amistad y unión estrecha y permanente". Recuérdense bien estas expresiones para tenerlas presentes al analizar el texto del pronunciamiento. En el artículo 12º se estatuye que "cualquier provincia de la República que quiera entrar en la liga que forman las litorales, será admitida con arreglo a lo que establece la segunda base del artículo primero de la citada convención preliminar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

celebrada en Santa Fe a veintitrés de febrero del precedente año, ejecutándose ese acto con el expreso y unánime consentimiento de cada una de las provincias federadas".

El precedente artículo imprime originalidad al Pacto; es la base para la estructuración del Estado. Pero esta reunión, que es la ratificación de los pactos preliminares, tiene un complemento que, como dije, fué una exigencia de la provincia de Corrientes ante el Gobierno de Buenos Aires, representado en la negociación por Anchorena.

Por la atribución quinta del artículo 16º, que es totalmente nuevo en el régimen de pactos argentinos, se constituye antes que nada un organismo interprovincial denominado Comisión representativa, cuya existencia fué negada por historiadores como Estrada. En mis investigaciones he tenido la fortuna de encontrar las Actas de dicha Comisión en el Museo Mitre; las di a conocer, por vez primera, en colecciones documentales que he dirigido.[1] Por la atribución quinta, que quiero destacar, se establece que esta Comisión representativa tiene la facultad de "invitar a las demás provincias de la República cuando estén en plena libertad y tranquilidad a reunirse en federación con las tres litorales hasta que, por medio de un Congreso general federativo, se arregle la administración general del país bajo el sistema federal, su comercio interior y exterior..."

Hé aquí la parte vital del Pacto con relación al futuro, previendo el desarrollo histórico ulterior. Después de la lucha decisiva de 1831 contra el unitarismo, y a partir del año siguiente, Corrientes quiso poner en marcha la referida atribución quinta, mas Rosas, de acuerdo con su concepto —que desarrollará ampliamente en carta a Quiroga en 1834— consideró prematuro e inconveniente poner en movimiento lo previsto. ¿Cuáles fueron los motivos? Hélos aquí: en la Comisión se planteaba la necesidad del Congreso constituyente, porque se consideraba triunfante el federalismo en toda la República y que las provincias lo habían definitivamente aceptado.

No existían ya los problemas que perturbaron la Asam-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

---

1. Más tarde, las reproduje en *Asambleas constituyentes argentinas*.

blea de 1813, el Congreso de Tucumán y el Congreso de 1824-1827. Leiva y Ferré estaban de acuerdo con la orientación triunfante y el mismo Estanislao López no estaba muy convencido de que se postergara el plan constitucional; Quiroga se inclinaba a idéntica política. Se contaba, pues, con la anuencia de los dos caudillos más representativos del interior de la República. Leiva se propuso aprovechar las circunstancias favorables, en virtud de que la Comisión representativa aumentó de cuatro a siete miembros. Rosas advirtió el momento peligroso para su predominio personal como Gobernador de la Provincia de Buenos Aires. Además, en este último, se estaba realizando una campaña periodística por hombres de pluma, como Pedro Feliciano Cavia, en *El Clasificador*, la cual sostenía que Rosas debía devolver las facultades extraordinarias. No está demás recordar que Cavia se hallaba en buenos términos con Quiroga. Pronto el periódico será suspendido y su redactor, Cavia, puesto aparte. Pronto el país presenciará cómo Rosas devuelve las facultades extraordinarias; parecería que todo iba bien encaminado para normalizar la vida ciudadana. Dentro del grupo federalista había una fuerte corriente partidaria de la organización constitucional. Anoto este síntoma por cuanto Urquiza será el brote más vigoroso de esa fuerza tan combatida por Rosas, quien torpedeará a la Comisión representativa, haciendo retirar a los diputados mediante hábiles maniobras. La prueba del episodio la tenemos en la revelación de la correspondencia de Leiva, Marín y Acuña, que Quiroga denuncia como una intriga. El hecho es aprovechado por Rosas para decidir a López a que, bajo ningún concepto, apoye la Comisión representativa que, como dije, cesa en 1832. Así se origina el período de la inconstitución.

Llegamos a fines de 1832 en que expira el primer período de Rosas; siendo reelecto rechaza su designación, arguyendo que está próximo a realizar la campaña al Desierto. Mas éste no era el motivo real; será el ministro Anchorena quien, en sesión secreta, afirmará que es imposible gobernar sin facultades extraordinarias dada la situación política del país. Hé ahí el secreto. Rosas reclama la "autoridad robustecida"; no puede ser un gobernador de orden común sujeto a los reatos de la ley

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

constitucional. La Junta de Representantes elevará a la primera magistratura de la Provincia al ministro de la guerra, general Juan Ramón Balcarce.

Durante el año 1833 chocarán restauradores y lomos negros y se producirá, como consecuencia, la renuncia del nuevo Gobernador. Le sucede interinamente Viamonte, a raíz del triunfo de los restauradores o rosistas netos. A poco andar Viamonte expresa a la Junta de Representantes que le es imposible seguir gobernando, porque pronto advierte que no es más que un instrumento subordinado a los vaivenes de la política rosista, en pleno dominio de las fuerzas populares.

La Junta de Representantes, ante la crisis tremenda que amenaza llevar al caos no sólo a Buenos Aires sino al resto del país, elegirá reiteradas veces a Rosas, infructuosamente. De inmediato pretende elegir a los Anchorena, a Pacheco —compañero de Rosas en la expedición al Colorado— y al socio y amigo íntimo del futuro Dictador, Nepomuceno Terrero. Todos renuncian y la única solución momentánea está en que permanezca como Gobernador provisorio Manuel Vicente Maza, presidente de la Legislatura. Cuando Arana y otros amigos lo visitan a Rosas ante el estado de acefalía, éste les hace presente que no está dispuesto a gobernar la Provincia sin la "autoridad robustecida", porque la situación caótica del país lo impone. En realidad, el aserto no estaba desprovisto de verdad y Rosas aprovechó las circunstancias favorables para sus aspiraciones.

En efecto, en el Norte, se produce un choque entre los caudillos federales Latorre y Heredia, y da origen este episodio al envío de Quiroga como mediador, personalidad de gran influencia en la zona de Tucumán.

A fines de 1834 y ante la crisis provocada por Latorre y Heredia, algunos hombres políticos, entre ellos Quiroga, pensaron que había llegado el momento de organizar el país, disintiendo, así, con la tesis rosista. Es en este preciso momento cuando se producirá la famosa entrevista de Quiroga y Rosas, en momentos en que el segundo, triunfador en la expedición al Desierto, esperaba doblegar la voluntad de los diputados de su provincia en el sentido de que le acordaran facultades extra-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ordinarias más robustecidas aún que las del año 1831. Para honor de algunos hombres que actuaban en la Sala de Representantes, necesario es decir que decidieron resistir porque advirtieron el peligro.

Producida la referida entrevista de los dos caudillos, se convino en que Rosas asentaría en un documento sus opiniones. Hé aquí el origen de la carta del 20 de diciembre de 1834, escrita en la hacienda de Figueroa. Quiroga, en 1834, no es el mismo que el de 1831, cuando volvió derrotado por Paz en Oncativo y Tablada y se encaró airado contra Rosas en la célebre entrevista que recuerda Ferré en sus *Memorias*. Mas los triunfos de los federales en 1831 y 1832 convencieron a Quiroga de que Rosas había resuelto acertadamente el problema hasta que, en 1834, el caudillo riojano vuelve a pensar sobre la solución constitucionalista. Esto motivó, por parte de Rosas, la redacción de la mentada carta, cuyo contenido lo glosaremos teniendo en cuenta el Pacto de 4 de enero a fin de anotar las contradicciones más evidentes. De paso, haremos presente que la carta la llevaba Quiroga en el bolsillo cuando fué asesinado en Barranca Yaco, y fué retirada por Rosas del inventario de sus papeles y objetos, inventario publicado, en parte, en el Registro Oficial de la Provincia de Buenos Aires. La carta ostenta manchas de sangre, que pueden advertirse en la reproducción facsímile hecha por Saldías. Rosas se la envió, en préstamo, al diplomático inglés Mendeville, que era su amigo —porque bueno será hacer notar que Rosas tuvo vinculaciones amistosas con los ingleses. Mendeville la conservó hasta 1839 en su poder, año en que el Dictador le reclamó la devolución.

Dedicaremos algunos párrafos a este documento capital por contener las ideas básicas rosistas en materia constitucional y, además, porque de su contenido surge la violación patente del Pacto federal. Entre otras cosas, expresábale Rosas a Quiroga que debía hacer presente, a los gobiernos y personas influyentes, el paso retrógrado que había dado la Nación. Dada la situación en que se encontraba la República, consideraba necesario que los pueblos alejaran tristemente el suspirado día de la gran obra de la Constitución Nacional. Ni que otra cosa importa el estado en que hoy se encuentra la República?"

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Considera indispensable que los pueblos se ocupen de sus constituciones particulares para que después de promulgadas entrásemos a trabajar los cimientos de la Constitución Nacional. Afirma que ejercerá su influencia cuando llegue la verdadera ocasión de cumplir el programa. Ante la realidad histórica, la verdad es que durante todo su gobierno, entre los años 39 al 52, no reveló el más mínimo intento de cumplir dicho programa. Cuando en 1833 se proyecta la constitución de la Provincia de Buenos Aires ¿qué influencia ejercitó Rosas? Ninguna. Olvidaba el Dictador que en el lapso de 1819-1825, casi todas las provincias se habían dado sus constituciones, empezando por Santa Fe y terminando por San Juan. Prosigue diciendo que era imposible realizar nada por el estado peligroso del país "cuyo cuadro lúgubre nos aleja de toda esperanza de remedio". "¿Quién forma un ser viviente y robusto con miembros muertos o dilacerados y enfermos de la más corruptora gangrena, siendo así que la vida y robustez de este nuevo ser complejo no puede ser sino la que reciba de los propios miembros de que haya de componerse?" Preconiza el sistema federal. Acusa a los unitarios de haber destruído todos los vínculos, incluso los de la religión, y añade: "que una república federativa es lo más quimérica que pueda imaginarse toda vez que no se componga de Estados bien organizados en sí mismos, porque, conservando cada uno su soberanía e independencia, la fuerza del poder general, con respecto al interior de la República, es casi ninguna".

Hay que celebrar "pactos de federación, primer paso que debe dar el Congreso Federativo". Rosas olvidaba, por completo, el Pacto de 4 de enero de 1831, cosa que, a mi juicio, hace de intento. A continuación, después de analizar el aspecto financiero, se pregunta de dónde se sacarán los hombres para el gobierno general de la República, si apenas los hay para las provincias, a no ser que se "admita entrar al gobierno a toda clase de bichos". En este plano entra a criticar la elección de Rivadavia y sus ministros, personalizándose con el "cura" Julián Segundo de Agüero y Salvador María del Carril *(Lingotes)*, que no entendían de nada". Adviértase el uso del apodo despectivo que emplea para del Carril, olvidando —segura-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mente— que a él lo habían llamado *Ancafilú,* nombre de un cacique indígena. Introducir motes despectivos en una carta de tanta importancia respondía al fin de influir sobre el espíritu de Quiroga, que había estado en contra de Rivadavia y Carril. En síntesis: no se contaba con un solo jefe federal que pudiera hacerse cargo del gobierno de la Nación.

El Congreso General debía ser —añade— convencional y no deliberativo, adoptando, sin comprenderla, la teoría artiguista, porque una vez celebrado el Pacto de Confederación el Congreso no puede ser otra cosa que deliberativo. Rosas exhibe una cantidad de obstáculos, llegando hasta preocuparse de las comidas de los diputados y de los recursos del Congreso, que puede correr peligro de quedar reducido a un conjunto de imbéciles sin talento. Los diputados deben ser ilustrados y federales, moderados, circunspectos; hay que evitar que dicho Congreso se "convierta en una tanda de pillos... Sacrificando el país a beneficio particular... como lo han hecho nuestros anteriores congresos", llevando dichos diputados, por todas partes, el chisme, la mentira y la patraña. Parecía olvidarse del Congreso de Tucumán, que declaró la independencia, de la Asamblea de 1813 que había roto los vínculos con el sistema colonial, y del propio Congreso de 1824-1827 integrado por hombres ilustrados, algunos de los cuales eran eminentes federales. Rosas tenía que anular y destruír la conciencia histórica del pasado en materia de Congresos. Prosigue enunciando lo que era de incumbencia del Congreso a reunirse, desde la elección del Jefe supremo hasta las atribuciones, la Cuestión Capital, las rentas, el comercio, etc., etc.

Traduce Rosas ideas muy personales, sosteniendo que todo debe supeditarse a la elección del Jefe del Gobierno. Se exalta contra los "pérfidos y alevosos... que están alborotando a los Pueblos con el grito de Constitución para que jamás haya paz". Ostenta ideas propias sobre la forma federativa general y sobre los gobiernos particulares. La Constitución debe darse pero a su hora, cuando desaparezcan los inconvenientes "si no queremos mancillar nuestra reputación... para prestarnos al delirio de darnos una constitución".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La realidad histórica será más fuerte que las argucias del

Dictador. En el Pacto del 4 de enero se había convenido la instalación de una Comisión representativa. Urquiza se lo recordará mediante el uso de la razón y de la fuerza, alimentada esta última por un alto ideal político. Rosas demorará el cumplimiento del compromiso, pero no lo destruirá. Después del asesinato de Quiroga, obtiene la Suma del Poder Público y dejará transcurrir tres lustros sin que entre en vigor el Pacto Federal; lo olvida siempre, salvo una vez que lo utiliza para rechazar los tratados de Alcaraz entre Urquiza y Madariaga, del 15 de agosto de 1846, tratados que Arana, ministro de Rosas, califica de ridículos.

Los opositores a Rosas empezarán por su lado a sacudir los cimientos de la dictadura. En Montevideo y en otros países se empieza a comentar favorablemente las actitudes de Urquiza. En *El Comercio del Plata,* expresan los emigrados un nuevo ambiente de esperanza, consistente en que sobre la base de la fuerza se puede restablecer la libertad en el país. Mansilla, pariente político de Rosas, está sobre aviso y desde las islas próximas a la costa entrerriana hace espiar la conducta de Urquiza; tan cierto es esto que, en su correspondencia con Rosas, escribe, en 1846, acusando a Urquiza de "mozo vano y miserablemente alucinado".

Con un conocimiento más preciso de los hechos, se ha preguntado más de una vez si Rosas no habrá pensado que Urquiza podía ser un peligro. ¿Por qué no tomó una actitud, por qué no hizo algo por eliminarlo? A mi juicio, Urquiza fué más hábil en este juego político en que se enfrentaba el poderoso gobierno de Buenos Aires y su fuerza de caudillo ascendente en el Entre Ríos. Urquiza había demostrado sagacidad política y aptitudes de gobierno y de valor militar. Rechazados los convenios, mediante la minuta proyectada por Rosas, que Urquiza acata, Corrientes se reintegrará a la vigencia del pacto del 4 de enero. Triunfaba la tesis de Rosas y éste se aseguraba su posición como encargado de las relaciones exteriores y asuntos generales del país; Corrientes se sometería, así, de nuevo, a la tutela omnímoda de Buenos Aires. Recuérdese bien este aspecto. Ya se sabe lo que acaeció: Madariaga rechaza el contenido de la minuta y es derrotado en la batalla de Vences. A partir de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

este instante se inicia la hábil política de Urquiza con relación a Corrientes.

Entretanto, la pluma de los emigrados sigue ejerciendo su influencia. Sarmiento inicia una campaña en pro de la constitución nacional. Su tesis es muy sencilla: ya no hay más unitarios y federales, Rosas ha triunfado y es el dueño de la República; el federalismo se ha impuesto y se ha superado la lucha entre las dos formas de gobierno. El país quiere ser federal. Hay una circunstancia afortunada que facilita la solución: contamos con un pacto federal que es realidad y que trae la solución. ¿Cuál es el motivo en virtud del cual Rosas no lo cumple, por qué no pone en movimiento la estipulada Comisión representativa? Sin cesar trabaja la prédica de Sarmiento que, por medio de la prensa periódica, entra clandestinamente y se difunde en todo nuestro país. Los hombres de calidad la leen ávidamente y concentran su atención en la atribución 5a., del artículo 16º.

A la par de estos acaecimientos ¿qué hará Urquiza en el lapso 1846-1851? Conviene señalar ante todo su obra de gobierno promotora del progreso de la provincia de Entre Ríos. Me guiaré para ello con un trabajo de Serrano intitulado *Riqueza entrerriana,* de donde entresacaré las siguientes noticias. En el momento del Pronunciamiento contra Rosas, Entre Ríos contaba con doce pueblos en pleno progreso, dividida la provincia en diez departamentos en los que se desarrollaba una eficaz acción administrativa. Su comercio exterior se hacía mediante nueve puertos, en los que se practicaba un activo intercambio con Montevideo, Buenos Aires, Brasil, etc. En el aspecto industrial contaba con 17 saladeros, con abundante producción derivada de la ganadería, y con 16 curtidurías, transformadoras de los cueros. Existían 17 hornos de cal, 30 hornos de ladrillo y 12 molinos de harina.

La riqueza ganadera entrerriana constituía la base de su economía, con 4 millones de vacunos, 1.800.000 cabezas equinas, 2 millones de lanares y mucho ganado menor. La industria se había perfeccionado mediante el progreso en las construcciones como ser abrevaderos, tajamares, etc. Existían cultivos de algodón y de trigo con semillas especiales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En el año 1849 habían entrado a los puertos 1.281 buques y salido 1.200. En 1850 la importación ascendió a 940 mil pesos y la exportación a 970 mil pesos. Como se ve, estaba equilibrada la balanza comercial. En 1850, Urquiza cuenta en caja con 546 mil pesos fuertes; es decir que económica y administrativamente, Entre Ríos es una provincia rica, fuerte y capaz de sostener una lucha contra Buenos Aires.

En el orden de la cultura, recordaré que editaba tres periódicos, ninguno de carácter oficial. Había escuelas primarias en casi todos los pueblos: 48 eran del gobierno y las demás particulares. La escuela de artesanos contó entre 1849-1850 con 175 jóvenes, y en la escuela pública de Concordia, egresaron 51. En Concepción del Uruguay se construyó el edificio para el Colegio de Instrucción, que en 1850 albergaba a 99 internos. Buenos Aires estaba lejos de presentar un cuadro de cultura análogo. Además, en 1850, Entre Ríos construía escuelas y varias obras públicas. Como se ve, el pronunciamiento del 1º de mayo se respaldaba en una acción de sólido progreso.

Urquiza, en el orden político, realizó una hábil gestión diplomática en Montevideo, Río de Janeiro y Asunción del Paraguay. En los años 1850 y 1851 se producirá la feliz circunstancia del retiro de los franceses e ingleses como interventores en las regiones del Plata, intervenciones peligrosas para nuestra soberanía nacional. Con ello se robusteció la acción del Brasil, sobre la cual los revisionistas rosistas hacen tanto hincapié para atacar la reputación patriótica de Urquiza, con un olvido total de que éste luchó por la libertad de todos los argentinos al concluir con la dictadura destructora de la personalidad humana. Es sospechoso el silencio sobre la conducta de Rosas, que violó permanentemente sus compromisos interprovinciales y persiguió la cultura y la civilización.

El 5 de enero de 1851, apareció en el diario *La Regeneración*, de Concepción del Uruguay, un artículo en donde se asentaba: "la organización de la República se resolverá por medio del gran principio del sistema federal, consagrado por la victoria, consolidado en una asamblea de delegados de los pueblos, saliendo de su seno un mandato de fraternidad". Esta clarinada provocó una carta de Rufino de Elizalde a Cipriano Urqui-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

za, en que se atacaba el artículo citado y en donde se decía: "La convocación de un Congreso en estos momentos es un delirio, un crimen aun pensarlo" (expresiones coincidentes con las rosistas de 1834). Urquiza, que abrió la carta al hijo, replicó diciendo que ansiaba la llegada de una época postergada.

El Jefe entrerriano en una circular polémica, diré, ataca a Rosas, el 5 de abril de 1851; dice a los Gobernadores de provincia que hay que poner "coto a las temerarias aspiraciones del Gobernador de Buenos Aires... que pretende ahora prolongar indefinidamente su dictadura odiosa, reproduciendo sus farsaicas renuncias". Entre Ríos aspira a ver constituída la República, siendo Rosas el único obstáculo. Él, Urquiza, resuelve ponerse a la cabeza del movimiento de liberación "con que las Provincias del Plata deben sostener sus creencias, su principio político, sus pactos federativos, no tolerando por más tiempo el criminal abuso que el Gobernador de Buenos Aires ha hecho de los altos imprescriptibles derechos, con que cada sección de la República contribuyó por desgracia a formar ese núcleo de facultades, que el general Rosas ha extendido al infinito, desarrollando en su provecho, y en ruina de los intereses y prerrogativas nacionales". Después de una serie de consideraciones, anuncia que se pone al frente de las fuerzas de la Provincia y reclama la incorporación de las demás.

La circular recordada, extensa, era de tono beligerante; en cambio el documento inmediato es breve, y tanto es así, que el Pronunciamiento del 1º de mayo sólo cuenta con cuatro fundamentos y dos artículos en cuya parte dispositiva se estatuye: "1º Que es la voluntad del pueblo entrerriano reasumir el ejercicio de las facultades inherentes a su territorial soberanía delegadas en la persona del Gobernador de Buenos Aires en virtud del tratado cuadrilátero [sic] del 4 de enero de 1831". "2º Que una vez manifestada así la libre voluntad de la provincia de Entre Ríos queda ésta en aptitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del mundo, hasta tanto que congregada la asamblea nacional de las demás provincias hermanas, sea definitivamente constituída la República".

Archivo Historico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Desde el mismo día del Pronunciamiento se escuchan los gritos de "mueran los enemigos de la organización nacional".

Hé aquí la nueva afirmación que crea la mística institucional en el país.

En el orden interno faltaba otro pronunciamiento convenido: el de Corrientes. Es necesario hacer notar que esta última provincia cumple lealmente con el compromiso. De acuerdo con él, se pronuncia el 21 de mayo de 1851 y su Gobernador, Benjamín Virasoro, oficia a Urquiza participándole el acto, por el cual en masa los correntinos se disponen a constituir, bajo garantías y fundamentos sólidos y permanentes, la Confederación argentina.

Urquiza ha meditado su plan de campaña, contando, en primer término, con la acción del general uruguayo Eugenio Garzón, que ofrece sus servicios al gobierno de la defensa de Montevideo. Al mismo tiempo, el Brasil cumple el tratado suscrito y secunda eficazmente con sus fuerzas. Urquiza inicia su campaña en territorio oriental; Oribe, que estaba sitiando a Montevideo, capitula en octubre de 1851 y se adopta el aforismo "ni vencedores, ni vencidos". Gran parte de las fuerzas argentinas que cooperan en el sitio pasan a reforzar al ejército del Pronunciamiento.

Lo que sigue a esto es otro capítulo que culminará en Caseros el 3 de febrero de 1852. Por ahora me bastará decir que el jefe del Ejército Grande demostró, en la conducción de la campaña, condiciones militares muy superiores a las de Rosas, sobre todo después que éste prescindió de los servicios del general Pacheco, que era un experimentado y valiente guerrero. Mediante el Acuerdo de San Nicolás se cumplirá el Pronunciamiento en su primera etapa, ratificándose el olvidado Pacto del 4 de enero de 1831; sólo que se sustituirá la Comisión representativa por un acuerdo de gobernadores. En lugar de enviar diputados, son los propios gobernadores quienes *acordarán* convocar el Congreso Constituyente, que se instalará a fines de 1852 en la ciudad de Santa Fe.

El Pronunciamiento del 1º de mayo alcanza su realización plena en 1853, al sancionarse y jurarse la Constitución, dos años exactamente después del trascendental acto que recordamos. El movimiento federalista había triunfado. Forzoso es reconocer, a pesar de todos los desvíos dialécticos, que Urquiza puso

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su espada al servicio del derecho y que perfeccionó la Revolución de Mayo, asegurando el progreso de la Nación mediante instituciones que dan base firme a la libertad, a la vida y al patrimonio de todos los argentinos.

Versión de las clases dadas en el Colegio, los días 4 y 11 de mayo de 1951.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La interpretación histórica y sociológica de Ingenieros

por JOSÉ P. BARREIRO

En la vida de Ingenieros resaltan dos ciclos. Uno, el que acreditó magistralmente en las zonas de la literatura, de la psicología, de la medicina legal, de la filosofía, de la psiquiatría, de la estética. Ese que parece fundamental es, sin embargo, el ciclo perecedero. La etapa de la perennidad es la otra: la del ideólogo, la del sociólogo, la del investigador de nuestra historia, la del divulgador de nuestros clásicos, la del animador de la juventud. Éste es el Ingenieros que sobrevive, iluminado como el personaje de Bataille.

Antes que Wells hubiera creado a aquel profesor Huss de su fascinadora novela *La llama inmortal,* Ingenieros, como el mago inglés, había presentido "la salvación por la historia". En una faena de un cuarto de siglo, que se inicia en sus días de estudiante y que sólo se interrumpe con su desaparición, Ingenieros veló como nadie por reivindicar la tradición democrática argentina y señalar sus claros timbres. La mitad de su vida, la mejor parcela de su existencia, la del pensamiento, la del influjo espiritual, la del ensueño la puso al servicio de esa ilusión.

La vocación por la sociología, que con los años habría de convertirse en vocación por la historia, se revela en Ingenieros en los días de su romántica militancia socialista al lado de Juan B. Justo, de Roberto Payró, de Leopoldo Lugones, de Augusto Bunge. Es interesante fijar el itinerario que vincula al sociólogo juvenil con el historiador maduro.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Un artículo de estudiante, cuando Ingenieros recién había cumplido veintiún años, define ese aspecto precoz de su inteligencia agilísima. Se trata de un estudio sobre *Los sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas*, publicado en 1897 en las páginas apocalípticas de *La Montaña*, aquel periódico detonante que fundó con Lugones. Un año después, *L'Humanité Nouvelle* de París le acoge un ensayo titulado *De la barbarie al capitalismo*. En 1899 la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, dirigida por Estanislao Zeballos, lo reproduce. Es justiciero consignar cómo el criterio liberalísimo de los hombres eminentes de entonces acogía en sus publicaciones las expresiones intelectuales más audaces. En esos mismos días el diario *La Nación* del general Mitre permitía realizar sus primeras armas periodísticas a Juan B. Justo, con sus artículos sobre la nacionalización de los extranjeros. Pero es la aparición de *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía, en 1899, el acontecimiento que ofrece a Ingenieros, no obstante su juventud, la oportunidad propicia para exhibir los quilates de su talento. Es indudable que un problema, que un antecedente de carácter subjetivo, desempeña en la emergencia una función preponderante. Ramos Mejía atendía magistralmente la cátedra de enfermedades nerviosas. Ingenieros, estudiante de quinto año, lector infatigable, asimilador prodigioso, que ya había divulgado aquellos dos o tres ensayos y un pequeño trabajo sobre *Psicología colectiva*, y que además conocía ampliamente la producción intelectual del maestro, quiso mostrar su sabiduría ante el profesor insigne el día que le correspondía desarrollar un caso que había estudiado. Jactancioso, pagado de su erudición, el alumno comenzó a explicar: "Después de leer a Charcot, a Maudsley y a Morselli considero..." Ramos Mejía le impidió continuar: "No siga; usted no debe saber su "caso" leyendo libros. Estúdielo para otro día..." Ese episodio mortificó a Ingenieros. Pero la mortificación del estudiante adquirió mayor cuerpo cuando poco tiempo después, en vísperas de los exámenes, Ramos Mejía, protector, paternal, al encontrarlo en uno de los corredores de la Facultad, le aconseja que estudie únicamente el tema de la epilepsia. Cuando al otro día Ingenieros se presentó ante la mesa examinadora, de la que formaban parte

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Penna y Semprum, Ramos Mejía elimina para Ingenieros la extracción de la bolilla. "Vamos a ver —dice— si este señor sabe algo de la epilepsia". Ingenieros hizo una exposición brillante con sólo recitar lo que había estudiado intensamente en las últimas horas. Debía estar agradecido al profesor que había tenido con él esa condescendencia especialísima, pero quedó agraviado en su dignidad de estudioso, en su vanidad de erudito, en su gallarda rebeldía extremista y en su jerarquía de cabecilla estudiantil.

Así es que, cuando meses más tarde, las planas de Lajouane lanzan las trescientas cincuenta páginas de *Las multitudes argentinas*, Ingenieros se precipita sobre el libro para demostrar al autor las exactas dimensiones de su capacidad. ¡Lindo desplante! Con intención protectora habría de comentar en el severo juicio crítico que escribe: "La aplicación del criterio científico a la interpretación de la historia argentina debe ser saludada como un síntoma de progreso en la cultura del país, aunque sus primeros pasos sean inciertos y sus palabras suenen a balbuceo incipiente. Al mismo tiempo —agrega Ingenieros— que señala el comienzo de una etapa en nuestra producción intelectual, es índice seguro de que las jóvenes sociedades americanas se preparan a contar como iguales entre las naciones civilizadas, no solamente por su producción agropecuaria, sino también por las inclinaciones de su mentalidad primeriza".

Ramos Mejía, lejos de molestarse por el episodio, acentuó su preocupación benevolente para con el estudiante tan independiente, tan jactancioso que así juzgaba su obra. El episodio, por otra parte, no dejaba de poseer para el autor de *Las multitudes* cierto significado simbólico. Cuando a los veintinueve años él publicó *Las neurosis de los hombres célebres*, prologada por Vicente Fidel López, un anciano de sesenta y siete años hizo el elogio del primer volumen en las páginas de *El Nacional*. Ese mismo anciano, a los setentaiún años, escribió la apología del segundo tomo. El anciano se llamaba Sarmiento. En cambio, cuando dos decenios después, Ramos Mejía cargado de prestigios había cumplido ya el medio siglo de existencia, un jovenzuelo irreverente venía a realizar esa discriminación rigurosa, y en ciertos pasajes protectora, de su obra maestra. De

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esas incidencias nació la íntima amistad, la gran admiración que mantuvieron recíprocamente durante tres lustros el maestro y el alumno. Cuando en 1914, al regresar a Buenos Aires después de varios años de ausencia, Ingenieros supo la muerte de Ramos Mejía, no pudo contener las lágrimas y al escribir en su homenaje una de sus más hermosas semblanzas, precisamente la que prologa la edición que *La Cultura Argentina* hizo de *Las neurosis de los hombres célebres*, confesó: "Son las lágrimas más amargas que he llorado en mi vida". Ingenieros hizo bien en no ocultar esa emoción de su alma. Aunque su talento juvenil, aunque su genialidad poliforme le auguraban los más altos éxitos en la lucha por la vida, la amistad de Ramos Mejía fué decisiva para sus vocaciones. De haberla conocido, Ingenieros pudo repetir la hermosa frase del católico Mauriac: "**Todos nosotros hemos sido modelados y vueltos a modelar por aquellos que nos han amado y por poco que hayan sido tenaces somos su obra... No hay amor, no hay amistad que haya atravesado nuestro destino que no haya colaborado algo para la eternidad**".

En 1900 aparece *La ciudad indiana* de Juan Agustín García. Como en el caso de *Las multitudes*, Ingenieros realiza la exégesis en las mismas páginas prestigiosas de la revista de Zeballos. Señala las imperfecciones que hasta entonces había exhibido la historia argentina. En *La ciudad indiana* saluda "un libro de méritos nuevos y de índole muy diversa". "Sin creer que constituye una obra perfecta —subraya— cabe aplaudir en ella el espíritu coordinado y sistemático de nuestra vida nacional en su primera época. El coloniaje argentino —afirma— ha encontrado su anatomista".

La ciudad indiana le ha otorgado, pues, el material para un segundo ensayo de crítica sociológica. No hay duda alguna que la vocación del joven escritor por esta clase de estudios aumenta, pero la realidad intelectual del instante no le proporciona frecuentemente el tema ni los motivos para una faena más intensa en esa disciplina. Ingenieros se lamenta por ello. ¿Cuántos —se pregunta— se ocupan de estudiar sociología en general y, particularmente, la evolución del país? Apenas cinco, diez personas, y es de temer —comenta— que ante esta ci-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fra asome alguna sonrisa de incredulidad. El ejemplo de su labor —se refiere a García— no alcanzará a más de una docena de estudiosos, cuya producción es, por cierto, bastante escasa. Desde el libro de Ramos Mejía, ninguno importante se ha publicado sobre sociología argentina; y como se recordará —glosa intencionalmente el joven comentarista— *Las multitudes argentinas* eran la fantasía brillante compuesta por un hombre de talento sobre doctrinas equivocadas. Lamenta que después de la iniciación consagratoria que sugerían los primeros capítulos de *La ciudad indiana,* García, tan metódico, tan rígido, tan equilibrado, se interne muchas veces en temas y ciclos ajenos al libro. Ingenieros finaliza el comentario crítico con una sugestión al autor, para que con el mismo método de *La ciudad indiana* intente en un segundo, en un tercero, en un cuarto volumen la historia de *La Revolución,* de *La Organización* y de la vida de esos días. Juan Agustín García no lo hizo. Ingenieros, que vivía obsesionado por el tema, habría de intentarlo con los años, pero sin la satisfacción de ver totalmente coronados sus hermosos sueños.

Un año después es anunciado el Congreso Científico Internacional que habrá de realizarse en Montevideo. Han sido invitadas las figuras más brillantes de la sociología del mundo. Ingenieros, lleno de voluntad y de ilusiones, se apresta a participar en sus debates. Y realiza su ambición. Con su artículo de *La Montaña* sobre *Los Sistemas de producción en la evolución de las sociedades humanas* y con su ensayo de *L'Humanité Nouvelle* sobre *De la barbarie al capitalismo* prepara una ponencia sobre *El determinismo económico en la evolución americana.* Ingenieros estudia en su trabajo el papel que en acción sucesiva han desempeñado en el escenario continental los tres factores étnicos: el indígena, el conquistador y el colonizador. Esboza cuatro ciclos de evolución. Primero, la anarquía de los caudillos. Segundo, la formación feudal y el caudillismo organizado. Tercero, la formación de la nacionalidad y la formación agropecuaria. Cuarto, la formación capitalista y sus consecuencias políticas. El ensayo merece los elogios del gran periodista Juan Andrés Ramírez.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Aquella ponencia presentada al Congreso de Montevideo

"abre su carrera de pensador sistemático", como dice Agosti en su magnífico *Ingenieros, ciudadano de la juventud. El determinismo económico en la evolución americana,* que pronto aparece en un folleto de sesenta y cuatro páginas y que el ilustre Aquiles Loria mencionaría en *Las bases económicas de la constitución social,* es la célula primitiva de los ensayos que con los años darían vida a *Sociología argentina.* Es una síntesis tan original como la que Justo esbozó en 1898 en su resonante conferencia del Ateneo. El trabajo de Ingenieros es menos agudo, menos ortodoxo, pero más orgánico. En el aspecto de la aplicación del factor económico o del determinismo histórico en la interpretación de la política y de la historia, Justo, dueño de una fuerte cultura marxista, había desbrozado el camino. Justo tenía treintaitrés años cuando pronunció su conferencia. Ingenieros veinticinco años cuando presentó su ensayo al Congreso Científico Internacional.

Después del Congreso de Montevideo, el joven sociólogo queda en espera de mejores días. Mientras esos días llegan, Ingenieros ha impresionado a los núcleos intelectuales y científicos con sus primeros trabajos de psiquiatría y de medicina legal. Pero en 1903 Carlos Octavio Bunge publica *Nuestra América.* Ingenieros tiene oportunidad, entonces, para un nuevo ensayo sociológico más intenso y más agudo que los anteriores y, además, para una revelación trascendental.

Entre la crítica de *Las multitudes* que escribe en 1899 y el examen de *Nuestra América* que estructura en 1903, la visión de Ingenieros se ha perfeccionado y ampliado extraordinariamente. Al afrontar el primer trabajo crítico, al poner sobre la mesa de la autopsia el libro de Ramos Mejía, la exuberante erudición bibliográfica que pone de manifiesto es integralmente extranjera. Como en el día en que debió explicar su "caso" ante el profesor de enfermedades nerviosas, hay mucho de vanidad en esa erudición. Aquella vez eran Charcot, Maudsley, Morselli. Cuando se propone analizar *Las multitudes* son los doctrinarios socialistas, los economistas, los sociólogos, los psicólogos, los historiadores en boga, los que aparecen mencionados a cada instante. Ingenieros cita a Vico, a Spencer, a Renan, a Ardigó, a Le Bon, a Novicow, a Feullié, a Gumplovicz, a Kid,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a Tarde, a De Greef, a Giner de los Ríos, a Groppali, a Ferri, a Scipio Sighele, a Rossi, a Ricoli, a Ferrero, a Bossuet, a Carlyle, a Macaulay, a Buckle, a Taine, a Darwin, a Comte, a Guizot, a Thiers, a Schelling, a Hildebrand, a Quetelet, a Thompson, a Morgan, a Marx, a Engels... Pero para criticar, como critica, una obra sobre tan seductor problema vernáculo, nada menos que sobre las multitudes criollas, no encuentra una sola evocación nacional o americana. Pero en el lapso de cuatro años, Ingenieros en una interesante transformación, en una espléndida revelación, ha ampliado extraordinariamente su cultura sociológica e histórica. Esos años han sido fecundos para su mente. El joven marxista descubre que en el ambiente argentino existen grandes espíritus orientadores. La evolución que se produce en su mentalidad, aferrada a la ortodoxia internacional que en aquel entonces definía a nuestro socialismo, no puede ser más auspiciosa y hasta ejemplar. Desde entonces experimenta el orgullo de que la sociología argentina poseyera expresiones eminentísimas y se convierte en el fervoroso divulgador, en el exégeta, en el custodio de la doctrina de Echeverría, de Sarmiento y de Alberdi en una admiración que ya no habría de anochecer jamás en las preferencias de su espíritu.

Esa acción preceptora, Ingenieros la inaugura con el autor de *Nuestra América*. Por ejemplo, le reprocha que Bunge, no conociera un libro tan fundamental como *Conflicto y armonías de las razas en América*, ese libro que Sarmiento reconstruyó tres veces y con el que, anheloso de perfeccionarlo, deliraba en sus instantes postreros.

Igual severidad admonitoria, o mayor aun, usa Ingenieros con Lucas Ayarragaray cuando éste, un año más tarde, edita *La anarquía argentina y el caudillismo*. Convertido en el vigía de los méritos y de las glorias de los hombres que en el país iniciaron los ensayos sociológicos, Ingenieros, después de señalar que el autor no se había sometido al método de Taine y de Sarmiento, sobre todo del argentino, a quien consideraba un precursor, denuncia esa especie de "snobismo intelectual" que lleva al ensayista de *La anarquía* a citar infinidad de autores extranjeros, mientras no se ha inspirado, ni ha mencionado la primera etapa de la bibliografía argentina que ostenta precur-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sores tan eminentes como Mitre y López, Alberdi y Estrada, Paz y Sarmiento. Igualmente le reprocha la despreocupación por la bibliografía contemporánea donde actúan valores como Ramos Mejía, Juan Agustín García, Lugones, Groussac, Álvarez y el mismo Ingenieros. "Ayarragaray —dice el comentarista— parece ignorarlo, prefiriendo la solitaria composición de sus cuartillas a la fecunda confrontación del parecer propio con la opinión de los autores que antes han escrito".

En ese lustro de 1899 a 1904 la sociología argentina tiene, pues, varias revelaciones consagratorias. En primer término, cuatro contribuciones tan valiosas, tan originales, como los libros de Ramos Mejía, de Juan Agustín García, de Carlos Octavio Bunge y de Ayarragaray. En segundo término, la crítica sociológica de Ingenieros. Esos cinco años han permitido al joven médico producir cinco ensayos de una indiscutible jerarquía. En 1899, el comentario sobre *Las multitudes;* en 1900, la exégesis de *La ciudad indiana;* en 1901, la ponencia al Congreso Científico Internacional; en 1903, el examen de *Nuestra América;* y en 1904, el juicio sobre *La anarquía argentina.* Cada uno de esos trabajos es un ensayo magistral donde el inquieto, el talentoso intelectual se supera en forma notable. Apenas si al escribir el último de ellos tiene veintiocho años. De esos ensayos surgiría *Sociología argentina.*

Pero, para llegar al volumen que Ingenieros habría de entregar definitivamente en 1918 a la bibliografía nacional, el sociólogo necesita de varias etapas. Ese folleto de sesenta y cuatro páginas —*El determinismo económico en la evolución americana*—, que era algo más que una promisoria monografía juvenil, va experimentando con los años interesantes transformaciones y superaciones. En la ley de un perfeccionamiento constante el ensayo primigenio se enriquece sin cesar. Durante ciertos lapsos, Ingenieros parece abandonar esos apuntes y esos esquemas. Otras preocupaciones intensas y febriles reclaman su espíritu: los bellos ensayos de psicopatología, las crónicas de viajes, las historias médico-legales, los casos de criminología, sus cátedras, sus preocupaciones éticas, sus proposiciones metafísicas. Pero periódicamente, como al pueblo donde un día fué feliz, retorna al trabajo primitivo para pulirlo y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

para ampliarlo, sin darle, empero, su estructura definitiva. Es que Ingenieros se ha enamorado de su ponencia al Congreso de Montevideo. No pierde oportunidad propicia para difundirlo. Modifica constantemente el título. Aprovecha sus incursiones por Europa para divulgarlo en Italia, en Francia, en España. Por ejemplo, el *Avanti* de Roma lo publica en 1905. *Le Mouvement Socialiste* de París lo acoge en 1906 con el título *Las causas económicas de la evolución argentina.* El mismo año lo difunde *La España Moderna* de Madrid con el título *La evolución política argentina y sus bases económicas.*

En 1908 el ensayo vuelve a tener difusión bajo el título *La evolución sociológica argentina y sus premisas económicas.* El trabajo suscita el interés, el comentario y el elogio de los mejores núcleos argentinos y extranjeros. Lo prueban sus reediciones y hasta el hecho de que editores deshonestos lo lancen clandestinamente. Por fin, en 1910 el trabajo se convierte en un volumen de doscientas páginas. Tres años después la *Biblioteca Científica Filosófica* de Madrid, lo edita ya en cuatrocientas cuarenta páginas, con el título definitivo de *Sociología argentina.* Bajo el subtítulo de *Crítica sociológica* ha agregado los comentarios a *Las multitudes,* a *La ciudad indiana,* a *Nuestra América* y a *La anarquía argentina y el caudillismo.* En esa quinta edición sintetiza en el capítulo "Socialismo y legislación del trabajo" su ensayo sobre *La Legislation du Travail en la República Argentina,* que ha editado en 1906 en París, después de colaborar con Manuel Ugarte, con Enrique del Valle Ibarlucea y con Augusto Bunge en el Código que en 1904 remitió al Congreso el ministro González, y en el que Ingenieros, en una visible modificación de sus ideas sociales de 1900, se obstina en proclamar que era una experiencia de socialismo de Estado. También en ese trabajo Ingenieros, por primera vez, enuncia su tesis de los "sansimonianos argentinos". Al citar a Saint Simon, entre los animadores del socialismo utópico, "cuyas teorías de importancia suma no es posible mencionar sin respeto, pues fué un observador y un vidente", Ingenieros dice: "Sabido es que en el Río de La Plata el "sansimonismo" hizo escuela de 1835 a 1850". Esa brevísima enunciación, que nada sugería en aquellos instantes, habría de dar vida, un decenio después,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

a una de las más hermosas y felices interpretaciones que se han realizado en la historiografía patria sobre la evolución espiritual argentina.

La aparición de la sexta edición reclama un lustro. Ingenieros ha retornado de Europa con sus diplomas de Heidelberg. Como dijera Bermann, "cuando volvió en 1914 había quedado cerrado el ciclo de su producción científica... Eran otros sus destinos". En efecto, al cronista amable y dannunziano de *Al margen de la ciencia*, al psiquiatra, al criminalista, seguía el turno del sociólogo, del historiador, del filósofo, del maestro de grandes causas, del animador. Desde entonces la sociología y la historia casi monopolizan sus horas. Con ese retorno comienza su madurez fecunda y espléndida. Consagrado científicamente, serenado en sus expansiones juveniles, atenuadas las aristas desconcertantes de su vida inquieta, dueño de un prestigio que ya había traspuesto las fronteras de su patria, autor de quince libros fundamentales traducidos a diversos idiomas, casado y con hijos, recién el hombre se encontró a sí mismo.

Ese exilio que se planteó cuando el presidente Sáenz Peña, en una verdadera injusticia, le negó la cátedra de medicina legal a que Ingenieros aspiraba, le fué propicio. En aquellos días tuvo intención de "quemar sus naves" para no regresar a la patria. Había cerrado su consultorio, abandonado las demás cátedras, regalado su ya nutrida biblioteca. Pero el alejamiento neutralizó su exaltación. En París, en Lausanne, en Heidelberg, como un simple estudiante, como si quisiera practicar un voto de humildad, enriqueció el bagaje de su cultura filosófica. Volvió nostalgioso de Buenos Aires, con el fervoroso deseo de trabajar serenamente, lejos de Los Inmortales y de La Syringa, dispuesto a concretar dos o tres grandes proyectos en materia de cultura para poner una nota de inquietud y de emulación en el panorama espiritual del país, en el alma de las generaciones que se aprestaban a recoger la antorcha de los que caían o de los que desertaban.

Así resultó en verdad. Las expansiones afectivas con sus amigos, con sus inquietos camaradas de bohemia, no se prolongaron. Durante esos tres años de ausencia se había operado en él una transformación. A las pocas semanas de su arribo moría

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el gran Sáenz Peña y con ello se desvanecía uno de sus motivos de apasionamiento y de arrebato. Desaparecida la obsesión, se sintió tranquilo, pronto para la reflexión, para el trabajo, para la lucha. Se emancipó de su "dandysmo", abandonó los exóticos chalecos que usara en las épocas inmediatas al Centenario y dejó para el viejo Soussens la colección de sus "jaquets". Es que había llegado para Ingenieros la hora del aplomo, de la responsabilidad trascendente. Los éxitos continuos y deslumbradores con que había jalonado toda su juventud magnífica, y especialmente su tendencia idealista de los últimos tiempos, llena de chispazos "emersonianos" y de sugestiones morales, habían repercutido en sus compatriotas más jóvenes y en todas las latitudes de América.

En la frecuentación con el pensamiento argentino, tan lleno de vetas y de riquezas insospechadas, Ingenieros experimenta el afán de difundirlo para que llegue al pueblo, para que se arraigue en el alma de las masas, para que sirva de doctrina orientadora en la educación y en la política de la nacionalidad. Es la "salvación por la historia", como Wells habría de decir, con los años, a través de su imaginario profesor Huss. Para servir tan nobles propósitos, Ingenieros funda primero su *Revista de Filosofía* anheloso de imprimir unidad de expresión al naciente pensamiento argentino y continuar la orientación cultural de Rivadavía, de Echeverría, de Alberdi y de Sarmiento. La revista es para los núcleos superiores. Para el pueblo proyecta las ediciones civilizadoras de *La Cultura Argentina*, los libros monitores que en aquellos días, agotadas o diezmadas las ediciones príncipes, eran inaccesibles hasta para los estudiosos. Pocas veces una intención más noble. Dueño él de la clave, quería que todos sus compatriotas la compartieran.

Los primeros volúmenes aparecieron en 1915. Con ellos, Ingenieros dió forma a un ensueño que aleteaba en su alma desde hacía más de un decenio. Efectivamente, en 1904 había esbozado con José María Ramos Mejía la iniciativa de la BIBLIOTECA ARGENTINA DE CIENCIAS Y LETRAS. Los dos, el maestro lleno de sabiduría y de gloria, y el joven intelectual resplandeciente de ilusiones, habían aunado sus entusiasmos en ese plan civilizador. Todo parecía sugerir el desenvolvimiento triunfal

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del proyecto, pero un encadenamiento de obstáculos postergaron la realización del plan. Hasta 1915 la magnífica idea no pudo concretarse. Los años perdidos fueron recuperados. Las imprentas realizaron el milagro de entregar un título por semana. Comenzaron, así, a difundirse a un peso, a dos pesos, las obras clásicas del pensamiento argentino. Para algunos de los prólogos Ingenieros apela a la expresión de los inmortales, a los estudios ya realizados por Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Joaquín V. González, José Nicolás Matienzo, Norberto Piñero, etc. Él prologa *Conflicto y armonías de las razas* de Sarmiento y *La neurosis de los hombres célebres* de su entrañable Ramos Mejía. Pero en la ilusión de formar una escuela, de hacer discípulos, con esa generosidad espiritual que era uno de sus más bellos galardones, confía a sus amigos, a los espíritus que comenzaban a adquirir prestigio, la misión de explicar, de presentar las expresiones históricas. Con la delicada magnificencia del pescador de perlas de Ceylán, otorga ocasión a Julio Noé para explicar los *Viajes* de Sarmiento, a Nicolás Coronado para escribir el mejor ensayo histórico de su producción literaria con motivo de *El federalismo argentino* de Francisco Ramos Mejía; a Álvaro Melián Lafinur, a Juan Canter, a Horacio Ramos Mejía, a Carlos Muzio Sáenz Peña, para sus prólogos. Florecen así, o reflorecen cien volúmenes medulares. El autor de *Sociología* cumple lo que había vaticinado a Joaquín de Vedia: "perder como editor lo que había ganado en diez años de medicina". Pero los libros, esos libros que ya no era posible encontrar, llegan a los estudiosos, a los jóvenes, al pueblo. Con toda justicia Augusto Bunge, su camarada de los días juveniles, su amigo de todos los tiempos, ha dicho que LA CULTURA ARGENTINA es "el más durable monumento" de Ingenieros.

Mientras tanto, mientras redacta las primeras informaciones bibliográficas para las ediciones de LA CULTURA, mientras estructura las lecciones sobre Emerson y el eticismo que pronuncia en la Facultad de Filosofía y Letras, mientras cincela las *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, mientras finaliza ese libro admirable sobre *Las doctrinas de Ameghino*, no se otorga descanso en el propósito de ir preparando material para una interpretación novísima de nuestro proceso histórico.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En setiembre de 1915 pronuncia en el Instituto Popular su magistral conferencia sobre *La formación de la raza argentina.* Después, ya sin pausa, divulga ensayos, estudios tan magníficos como *Los sansimonianos argentinos, Las ideas coloniales y la dictadura de Rosas, El enciclopedismo y la Revolución de Mayo,* sus *Notas sobre la mentalidad colonial,* sus *Notas sobre los ideologistas argentinos, La influencia de Lamennais durante la emigración argentina,* su ensayo sobre *Otras influencias sansimonianas durante la emigración,* y en marzo de 1918 hace conocer , siempre en su revista o en las revistas estudiantiles del instante, su ensayo sobre *La filosofía social de Echeverría y la leyenda de la Asociación de Mayo.* El joven sociólogo que a principios del siglo había comenzado a exponer el influjo de los factores económicos en la formación nacional, ha entrado ahora e desentrañar el juego dialéctico de las tendencias ideológicas.

Sólo entonces, en 1918, al publicar la séptima edición, Ingenieros resuelve cerrar definitivamente el texto de *Sociología argentina.* Ha incorporado bajo el título común de *Los iniciadores de la sociología argentina* los tres intensos ensayos sobre *El pensamiento sociológico de Echeverría,* sobre *Las doctrinas sociológicas de Alberdi* y sobre *Las ideas sociológicas de Sarmiento* que escribiera en 1915 y en 1916; la conferencia sobre *La formación de la raza argentina* que leyó en el salón de *La Prensa* y, conjuntamente con las ya viejas críticas de principios del siglo, *La ética social de Agustín Álvarez.* Ya no tocará más el volumen. Con entonación de maestro auténtico declara: "Resuelto a consagrar su tiempo a la redacción de una sola obra ya bosquejada —habría de ser *La metafísica de la experiencia*—, el autor no cree volver a ocuparse de los temas no agotados en este volumen. Queda él —agregaba con simpática modestia— como un simple jalón en la historia de los estudios sociológicos de nuestro país, hasta que hombres de ciencia, más jóvenes y mejor informados, elaboren una síntesis definitiva".

¿Cuál era la intención recóndita que inspiraba a Ingenieros, siempre tan optimista, esas confesiones que parecían encerrar un dictado de última voluntad? Es que difundidas las doctrinas de los arquetipos, puesto al acceso de los estudiosos y del pueblo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

el ensueño que animó a los constructores de la nacionalidad, Ingenieros consideró impostergable esquematizar el itinerario de nuestro proceso histórico y sintetizar ese pensamiento orientador. Así como Echeverría, dueño de una espléndida capacidad crítica, de una maravillosa virtud profética —tan excepcional que permitió a su espíritu colocarse por encima de las pasiones, de los intereses, de las doctrinas, de las divergencias que separaban a unitarios y a federales para buscar la síntesis que inspiró el espíritu del 53—, ensayó en los días de la Joven Generación Argentina la codificación del pensamiento de Mayo que hasta entonces nadie había sabido realizar; así Ingenieros, ocho décadas después, en los momentos en que la verdad del sufragio era ya una realidad auspiciosa y en que la Reforma Universitaria iba a poner un resplandor luminoso en la Argentino y en el Continente, resuelve afrontar una faena tan difícil como la interpretación ideológica del siglo que había recorrido la patria, desentrañar la raíz originaria de su filiación histórica y fijar el juego dialéctico de acciones y de reacciones que había dibujado sus alternativas desde los días de 1810. Se proponía elaborar, siguiendo el curso de las grandes ideas, una interpretación democrática de nuestra historia para disciplinar espiritualmente al país en función de ciudadanía. Un libro que fuera un breviario de moral cívica, no la historia que suele confeccionarse para los niños. Sirviendo como cañamazo la historia, exponer las ideas en lucha, políticas, sociales, religiosas, filosóficas, educacionales, su genealogía, sus hombres representativos, su función militante, sus correlaciones invisibles. El instante nacional lo exigía. No sólo era necesario educar o reeducar a los núcleos nativos, olvidados de la esencia prístina del movimiento de Mayo, sino también encauzar las corrientes cosmopolitas para que las tendencias de izquierda incorporadas a la acción cívica del país pudieran alegar su identificación espiritual con las mejores jornadas del pasado. En fin, para que toda la nacionalidad, sin palabras vacuas, sin exaltaciones chauvinistas, comprendiera los diáfanos títulos del origen argentino.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Era menester, en verdad, un ensayo de ese aliento y de esas proyecciones. López, con su criterio filosófico de la historia, había intentado documentar la vida patria hasta 1852,

pero se había detenido en 1829. Con la elección de Rosas cerró la última página de su obra monumental. "Bosquejado el cuadro, esperaremos los hechos para darle su fondo, su movimiento, su colorido". Pero los capítulos prometidos jamás llegaron. López, por otra parte, tan caprichoso en algunas de sus tesis había sido superado en muchas de sus interpretaciones. Mitre, sobre todo en los últimos lustros de su existencia, pudo legar a la República quizás la más bella, la más exacta de las síntesis. Con ese dominio de la historia, con su método, con su serenidad para la exégesis, con la capacidad de reflexión llevada ya a sabiduría, estaba en condiciones privilegiadas para hacerlo. Desde los días juveniles había tenido la ilusión de realizar la interpretación de ciertas etapas de nuestro proceso histórico. Pero nunca alcanzó a dar forma a uno de sus planes más hermosos, el que esbozó en los días de su amistad con Echeverría, cuando con vistas a la biografía de Dorrego proyectó estudiar los antecedentes federativos y unitarios que el régimen colonial y la revolución habían dejado, la historia de los ensayos de centralización operados hasta 1825, para formar un cuadro histórico completo que abrazara todas las cuestiones vitales de organización que habían agitado a la República... Cuando ya en plena madurez estructuró las insuperables historias de *Belgrano y la independencia argentina* y de *San Martín y la emancipación americana,* circunscribió su faena al objetivo específico que el destino otorgó a ambas personalidades. La historia de la independencia argentina se cierra en 1820. La vida de San Martín se suspende en 1830, con el capítulo que Mitre dedica al apogeo, a la decadencia y a la caída de Bolívar. Los cronistas, los ensayistas, los historiadores, los maestros que trabajaron en la misma época, Domínguez, Fregeiro, Pelliza, Varela con su *Historia constitucional,* Estrada con sus maravillosas lecciones, Aristóbulo del Valle con sus exposiciones magistrales en la Facultad de Derecho, o se circunscribieron a monografías, o examinaron períodos fragmentarios, o se dedicaron a la redacción de simples manuales de carácter didáctico.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ingenieros se creyó habilitado para afrontar una empresa de tanta magnitud como era la síntesis de nuestra evolución

ideológica. Después de su regreso de Europa, salvo el libro sobre Ameghino, las lecciones sobre Emerson y las *Proposiciones,* los problemas del pasado nacional eran los que habían absorbido las preferencias de su espíritu. Las observaciones, muchas veces rigurosas en exceso, que había formulado sobre nuestra historiografía en sus críticas iniciales, se habían convertido en pragmáticas para su faena. La compenetración con la metodología moderna de la sociología y de la historia le daban la orientación, los instrumentos técnicos para el acierto de la interpretación que se proponía. Loria, de Molinari y Rodgers le enseñaban el influjo de los factores económicos. Gumplovicz y Lapouge, la clave de la raza y de la lucha por la vida. Desmoulins, la gravitación topográfica. Mitre y el francés Taine, le indicaban el método, la estética panorámica para presentar los hombres, las ideas, las cosas. Ramos Mejía, el ejemplo para diagnosticar los complejos de la multitud vernácula. Pero la esencia, el alma de sus tesis le era otorgada por los más bellos movimientos espirituales del mundo, por los hombres de Mayo, por las intenciones de Moreno, por el afán civilizador de Rivadavia, por los ensueños de Echeverría, por la genialidad profética de Sarmiento, por la visión de Alberdi.

En el diseño panorámico de cinco etapas culturales, la Escolástica, la Enciclopedia, el Ideologismo, el Sansimonismo y el Positivismo, Ingenieros se propuso hacer desfilar los tres ciclos que integrarían su obra. Primero, la Revolución. Después, la Restauración. Finalmente, la Organización. El gran viejo Korn, en sus capítulos magistrales sobre *Las influencias filosóficas en la organización nacional,* había circunscripto a cuatro esos períodos: la Escolástica, la Filosofía moderna, el Romanticismo y el Positivismo. Ingenieros, de acuerdo al corolario dialéctico con que quiere fijar nítidamente la intención de Mayo, presenta como primer capítulo de *La Revolución,* el obscuro ambiente espiritual que España impregna a sus colonias de América al consumar la conquista. La sinopsis sobre *La mentalidad colonial* es una de las xilografías más felices, más exactas que, en el afán de explicar la acción de antítesis a que estaba obligado el movimiento revolucionario, haya po-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dido escribir un hispanoamericano sobre la realidad de esos días. Tiene una virtud tan universal, tan americanista que, con esa sinopsis, puede abrir la marcha, para explicar las causas determinantes del proceso emancipador de su patria cualquier historiador del continente animado por convicciones democráticas auténticas. La mentalidad de los conquistadores, la escolástica hispánica, la decadencia de la cultura peninsular, el poder temporal de la Iglesia, el odio al libro esclarecedor, la persecución al pensamiento, el espíritu de la universidad colonial; en fin, todo el conjunto de factores que integran el feudalismo teocrático impuesto por España a sus vasallos criollos prosiguen, maguer las discrepancias filosóficas, como expresiones de difícil superación. "Pocas veces la leyenda negra de una España ignorante y tiránica —dijo el profesor Villoldo en oportunidad de la desaparición de Ingenieros— ha suscitado apóstrofes tan enérgicos como los suyos".

Dibujado ya el ambiente político-espiritual que la Revolución de Mayo se proponía rectificar, destruír, Ingenieros perfila su significado. La revolución no es el suceso de un día, ni de la jornada del Cabildo Abierto. "No consistió en el episodio substitutivo de autoridades que se operó el 25 de Mayo del año X; fué un largo proceso transmutador de instituciones". Para Ingenieros, la revolución, en su período más estricto, en su faz visible, en la materialidad de los hechos, se inicia en agosto de 1806 con esa expresión de capacidad heroica que exhibe la masa criolla al rechazar a los invasores ingleses, y se cierra en la asamblea del año XIII. Pero en su verdadera gestación histórica, es decir, en su plasmación biológica, el proceso revolucionario se inicia para Ingenieros con el movimiento enciclopedista, con el influjo de Locke y de Condillac en la hegemonía filosófica, de Quesnay en la economía social, de Montesquieu y de Rousseau en el derecho político, con el fugitivo resplandor renacentista que significó para España la extinción de los Habsburgo y el reinado de Carlos III, con el virreinato de Vértiz, para clausurarse en 1826 con la caída de Rivadavia. La esquematización de ese proceso explica la relativa trascendencia que Ingenieros asigna a la jornada del 25. Para Ingenieros lo importante en ella es la presencia, es

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

la aparición de Moreno a quien el destino confía la clave inmortal de la Revolución y la verdad de sus inspiraciones, exaltadas a legado histórico.

Después de esbozar las tendencias, las dos filosofías inconciliables que nacen para la Patria con el acontecimiento de Mayo, Ingenieros, en una síntesis certera, define el ensueño que animaba la juvenil minoría porteña que vió en la Revolución algo más que un simple relevo de elencos administrativos. Mientras para Saavedra, para el Deán Funes, para las oligarquías municipales de las provincias mediterráneas, el acontecimiento de Mayo sólo representaba una disgregación administrativa de la metrópoli, iniciada por gestos de autonomía semejantes a los habituales en España, para la visionaria minoría de Buenos Aires la revolución anhelaba una total transformación del régimen colonial. "Su programa político —dice Ingenieros— era el de la Revolución Francesa; su credo el *Contrato social* que Moreno se apresuró a reproducir; su doctrina económica, el liberalismo de los fisiócratas difundido por Belgrano; su filosofía, el enciclopedismo que Planes llevó a la cátedra; su método, la convulsiva expansión militar que aplicó Castelli". "En su conjunto, afirma Ingenieros, eso significaba soberanía popular, libertad de conciencia, igualdad ante la ley, supresión de privilegios, dictadura revolucionaria si fuese menester: todo lo contrario de la filosofía implicada en el régimen hispanocolonial".

Planteadas así gráficamente las corrientes, las fuerzas que quieren orientar el destino de la patria, ya todo el itinerario de nuestro proceso histórico habría de ser la resultante dialéctica de esas antonomías doctrinarias, espirituales y políticas. En Moreno tipifica la Revolución auténtica. Por eso, para Ingenieros, Moreno es el Revolucionario con mayúscula. En el Deán Funes, más que en Saavedra, encarna la tendencia conservadora y maquiavélica. Las semblanzas que perfila de uno y otro personaje, especialmente la del Deán Funes, con su juego desconcertante de luces y de sombras, hacen recordar ciertos capítulos que Saint Victor dedicó a los hombres y los dioses.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Con la fascinación de un *film* se deslizan, se suceden en

el tomo dedicado a la Revolución, los episodios más trascendentales del siglo. La Asamblea del año XIII, a la que Ingenieros llama "la Asamblea Revolucionaria", tiene en él un insuperable cronista. La mentalidad reaccionaria, las veleidades monárquicas de muchos hombres del Congreso de Tucumán promueven en Ingenieros una disección extremadamente rigurosa. Es cierto que la mentalidad del Congreso no era la de la Asamblea del año XIII, ni sus hombres invocaban a Moreno o *El contrato social,* pero es indudable que con la reflexión de los años, con las observaciones críticas que se formularon a algunas de sus interpretaciones, Ingenieros hubiera encontrado los grandes aciertos del cuerpo. No obstante la ausencia de fervor republicano predominante en los congresales, bastan dos hechos para reivindicar al Congreso. La declaración de la Independencia y el histórico Manifiesto que, redactado por Sáenz, dirige a los pueblos, y que constituye la más severa, la más documentada acusación que las Colonias que se liberaban formulaban ante la faz del mundo contra las injusticias, contra los agravios de la dominación española.

La intuición social y democrática que en el año XX revelan las fuerzas federales del Litoral encuentra en Ingenieros al intérprete agudo que explica los acontecimientos y los reivindica históricamente. No confunde, no podía confundir a la multitud del Litoral en función de ciudadanía, salvando a Buenos Aires de la regresión conservadora y monárquica, con las montoneras que años después habrían de surgir en la zona andina para enarbolar, sangrientamente, con Aldao y Facundo, la bandera de la intolerancia ultramontana. Pero los capítulos más hondos de la segunda parte de *La Revolución* son los que Ingenieros dedica al influjo de Rivadavia en los acontecimientos subsiguientes al año XX, y a la evolución que dentro de las tendencias democráticas experimentan las grandes ideas. Del jacobinismo crítico de Moreno, de Monteagudo, de los asambleístas del año XIII, la patria había pasado con Rivadavia al ciclo del liberalismo constructivo. De los enciclopedistas a los ideólogos. De la influencia de Rousseau al constitucionalismo de Benjamín Constant. Los capítulos de *La reforma educacional* y de *La reforma eclesiástica,* por su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

agudez crítica, por su estructura, por su documentación no han sido superados por los investigadores que han estudiado posteriormente ese brillante momento de la vida argentina.

El tomo dedicado a *La Revolución* aparece en 1918. El volumen destinado a *La Restauración* dos años después. La restauración es la contra-revolución definida por Echeverría en una expresión que prueba la genialidad de su visión; pero Ingenieros la amplía, la perfecciona, aplicando en la interpretación, por primera vez en los estudios argentinos de esta naturaleza, la ley de la universalidad o de la unidad general del fenómeno histórico.

Cuatro o cinco páginas bastan a Ingenieros para exhibir panorámicamente la situación europea, en plena restauración, después de los planes de la Santa Alianza. "La caída de Napoleón —dice el autor de *Las ideas*— cierra en Europa el ciclo de la Revolución. En España caen las Cortes de Cádiz. En Buenos Aires la Asamblea General Constituyente. En Francia inicia la restauración Luis XVIII. En España comienza la primera tiranía de Fernando VII.

Para entrar al examen de la restauración argentina, es decir de la tiranía, Ingenieros lo hace con intención serena. No venía a repetir, como lo dijera en oportunidad de un juicio sobre Ramos Mejía, las patrañas de los panfletistas unitarios, las disparatadas anécdotas inventadas por la imaginación febricitante de algunos proscriptos. Ciertas citas de Rivera Indarte le habían parecido siempre "recortes de crónicas policiales" destinadas a los folletines terroríficos de Eduardo Gutiérrez. Había leído con avidez la extensa obra de Saldías y el ensayo reivindicatorio de Ernesto Quesada, que era uno de sus amigos. Para Ingenieros, la época de Rosas, contemplada en el cuadro general de la Revolución, "era el episodio de un vasto movimiento internacional, lo mismo que la Revolución de la independencia americana". La única diferencia residía en sus matices propios, en los matices que le otorgaban el medio físico y el nivel de las poblaciones. Rosas era para Ingenieros la restauración de lo colonial contra lo europeo, del mestizo contra el blanco, de la clase feudal conservadora, contra el liberalismo naciente, de lo viejo español contra lo nuevo

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

argentino. Era un hombre a quien "el modernismo político y cultural de Moreno y Rivadavia le sonó a herejía, como a todos los señores feudales del interior". Esas expresiones maduradas mucho antes de entrar al diseñamiento de *La Restauración* explican la posición mental de Ingenieros y anticipaban la interpretación que habría de dar al personaje y a su ciclo. Las cien páginas que componen ese capítulo titulado *El Señor Feudal,* suman al acierto interpretativo, la belleza del estilo, la armonía de la forma.

Presentado el personaje, Ingenieros estudia, exhibe en aguas fuertes impresionantes, el espíritu de la Restauración, la complicidad de la Iglesia con los planes de la tiranía, la contrarrevolución en la enseñanza, el desamparo de la instrucción primaria, la disgregación de la Universidad, la decadencia intelectual, la proscripción del espíritu revolucionario, la extinción de las fuerzas morales. Para documentar el error de esa época, Ingenieros no necesita enumerar los fusilamientos, ni los crímenes de la Mazorca, ni reproducir las "tablas de sangre", porque lo que le preocupa, en la crueldad de ese interminable período, es cómo la Restauración asfixia el alma argentina, cómo destroza la intención de Mayo, como "degüella" las ideas. Por eso, a cada instante, con intención didáctica, para que el ejemplo no se atenúe en los que habrían de leer su obra, Ingenieros insiste en reencarnar en Rosas el espíritu contra el que se levantaron los revolucionarios de Mayo. El gobierno de Rosas —dice en otra de sus admirables síntesis— "fué la vuelta al orden de cosas vigente en la sociedad colonial y la derrota de todos los principios e ideales que habían inspirado la Revolución. El partido conservador y el partido católico fueron sus puntales, encubriéndose con la bandera federal de Dorrego, que había sido tan revolucionario como Moreno y Rivadavia. Rosas fué ante todo y sobre todo un restaurador del antiguo régimen contra el nuevo régimen propiciado por la Revolución de Mayo. Fué nuestro Fernando VII, con análogos cómplices y los mismos horrores".

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Pero no era posible que el desarrollo de los acontecimientos en todo el transcurso del segundo tomo de *La evolución de las ideas* estuviera matizado por los tintes sombríos de la restau-

ración que marca en Europa el plan de Metternich y que aquí, en el Río de la Plata, tiene a Rosas como personaje representativo. Los últimos capítulos de *La Restauración* poseen un resplandor luminoso. Es la aparición de los sansimonianos, de la Joven Generación Argentina, que se revela en medio de la noche obscura. Ingenieros, al referirse a la generación del año 37 y al explicar la continuidad del espíritu revolucionario, inicia el capítulo IV con este párrafo que tiene la entonación emocionada, la euritmia de sus mejores sermones laicos y de los más bellos apólogos de *Las fuerzas morales:*

"El sentimiento de la libertad —dice Ingenieros— nunca se apaga totalmente en los corazones que por él han palpitado, ni se tranquiliza jamás la inquietud de la verdad en quien la ha sufrido lealmente alguna vez. Aunque contenido por el abandono de los tímidos y por la confabulación de los satisfechos, ese sentimiento y esa inquietud siguen vibrando en las épocas de relajamiento; se concentran en pocos, en los mejores por la mente y por el corazón, en los más firmes por el brazo, en los más elocuentes por la palabra y por la pluma; y al fin, convertidos en ideal de una generación germinan con nuevas fuerzas, caldeando a los tibios, contagiando a los apáticos, arrastrando a los indecisos".

En los capítulos finales del libro, Ingenieros explica cómo Francia, con el sansimonismo daba una nueva bandera filosófica al espíritu argentino. A la generación de Moreno le había dado la bandera del enciclopedismo. A la generación de Rivadavia le había otorgado la bandera de la ideología. En la hora más tenebrosa de la Restauración entregaba a los perseguidos, a los proscriptos, con las doctrinas de Saint Simon, de Leroux, de Fourier, la insignia del sansimonismo. Esa parte de *La Restauración* no puede ser más brillante. Ingenieros utiliza los ensayos que años antes puliera con tanta delectación para integrar el desenlace del volumen y señala en hermosos parágrafos las creencias de la Joven Argentina, las primeras ideas de Alberdi, la esencia del *Dogma socialista,* el pensamiento sociológico de Echeverría, su interpretación de la historia argentina, la significación de sus doctrinas sociales y cómo Lamennais influyó en la juventud de Sarmiento, en la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

juventud de Vicente Fidel López y en la juventud de Mitre.

Los últimos párrafos de *La Restauración* son para anunciar el resurgimiento del espíritu argentino y destacar la jerarquía de la generación sansimoniana. "Ella —dice Ingenieros— dió al país sus más ilustres estadistas y pensadores. Desprendiéndose de romanticismos juveniles, se adaptaron a la realidad política y transfundieron el espíritu revolucionario y liberal de Moreno, de Dorrego y de Rivadavia a las luchas por la organización de la nacionalidad, que ocuparon lo restante del siglo XIX".

La evolución de las ideas argentinas fué para Ingenieros el libro de sus amores. Primero no se dió cuenta de ello. Muchas veces el hombre pasa junto al espíritu amado sin advertirlo ni presentirlo. "Cuando me puse a escribir ese libro —le confesó a Quesada en las vísperas de su viaje a México— no sospeché cómo me había de encariñar con él. A medida que he ido ahondando mi investigación, la vida nacional, desde nuestra independencia, me ha conquistado de tal manera que suelo mentalmente revivir las horas pasadas, penetro en la psiquis de entonces, siento como ellos, experimento sus mismas pasiones, comprendo sus odios y sus envidias, sus amores y sus entusiasmos; pero me encanta cómo la Patria sale incólume de todos los incendios, de todos los derrumbamientos, de todos los cataclismos".

Identificado con ese amor, que fué el amor de su crepúsculo, se había forjado la ilusión de revisar, pulir, reajustar, reconstruír su obra. Era la misma ansiedad que torturó a Sarmiento en los últimos años y que le hizo destruír y rehacer varias veces las páginas de *Conflicto y armonías de las razas*. Para la reconstrucción, Ingenieros había delineado su plan. Estaba cansado de trabajar febrilmente. Soñaba con un viaje plácido, sin apremios, sin bullicios para remodelar entonces *La evolución* y convertirla en un homenaje a la Patria como el que Taine ofrendara a Francia. En un rincón de Suiza, junto a un lago, con sus libros y sus apuntes, "con tiempo y con musa", coronaría su trabajo intelectual con una expresión que lo dejara sereno y orgulloso.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La evolución de las ideas reclamaba un reajuste. A través

de sus mil trescientas páginas junto al capítulo perfecto, de estilo armonioso e impecable, pugnan capítulos desaliñados, escritos en el vértigo de la inspiración, que exigían una revisión severa. Esas imperfecciones de forma en un escritor que legó a la literatura argentina páginas tan bellas, tiene su explicación, no sólo por el objetivo militante, impostergable, que Ingenieros asignaba a su obra, sino también por la modalidad que él mostraba cada vez que un reflejo de su espíritu estaba destinado a una intención de influjo. Ingenieros era así. Entusiasta, profético, iluminado, se entregaba a una faena y no retornaba al descanso hasta no verla epilogada. Trabajaba con cariño, con desesperación, con pasión singular. Entre los recuerdos de hace treinta años no se desdibuja jamás en mi memoria la noche que, con un manojo de apuntes en la diestra, nos decía: "Estos papeles se convertirán mientras ustedes duermen en veinte páginas de *La evolución de las ideas argentinas*". Por eso, a pesar de que tenía indiscutiblemente alma de artista, alma de esteta, como lo demostró al escribir aquellas finas páginas dannunzianas sobre las manos embrujadoras de Eleonora Duse, dejó de lado toda vanidad cuando se puso a la tarea de construír los tomos intensos de *La evolución*. Muchas veces hemos pensado si acaso no le asaltaba el presentimiento de que sus días estaban contados y su vida magnífica habría de cortarse de improviso, porque en la faena cotidiana de dar vida a su ensueño, parecía galopar, devorar distancias, con esa obsesión del jinete que por llegar a toda costa extenúa sus corceles.

Pero la acción, la función de animador, de consejero, esa irradiación misteriosa que brotaba de su consultorio de la calle Viamonte para repercutir espiritualmente en los más lejanos villorrios de América, demandó más jornadas que las imaginadas. Prueba de ello: la muerte lo sorprendió, siete años después de la aparición del primer volumen, con el tercer tomo, es decir, con el libro sobre *La Organización* recién esquematizado. Con la postguerra habían llegado para la humanidad, y sobre todo para la juventud de América, días de agitación intensa, y su espíritu armonioso experimentó de inmediato el influjo batallador de los tiempos nuevos. Cuando

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

lo interrogaban, Ingenieros respondía que el tercer tomo estaba por finalizar o en las linotipos. Pero no era así. Estaba íntegro en su mente. Plasmado imaginativamente, pensaba que sólo sería menester el esfuerzo material de cien noches insomnes para que adquiriera su forma imperecedera. Tampoco fué así. La meningitis se ensañó hace un cuarto de siglo con aquella cabeza gallarda y luminosa, y la obra que Ingenieros pensaba revisar, pulir, reconstruír para que alcanzara la jerarquía de *Los orígenes de la Francia contemporánea,* quedó trunca. Sólo podemos imaginarla y explicarla en símbolo a través de la columna tronchada de los mitos griegos. Allá en su mesa, como lo vió Ponce, los amigos hallaron apenas algunos borradores, el esquema del trabajo a seguir, varios apuntes, ciertos cuadros sinópticos y un importante material informativo, bien clasificado. La muerte lo sorprendió cuando iba a entrar en la parte culminante de *La evolución,* cuando se proponía explicar cómo triunfó con los estadistas del 53, es decir, con la generación victoriosa de los sansimoniamos, el sistema representativo asentado en la soberanía del pueblo.

Definiendo el papel que los dioses le asignaron a Echeverría, nuestro amigo, con palabras casi poemáticas, dijo: "La **estrella que marca a los pueblos el derrotero de su porvenir puede parpadear en ciertos momentos de su historia, pero un minuto, una hora brilla entre las nubes, bastando esa aparición fugaz para indicar el rumbo a los expertos. De igual manera** —agregaba Ingenieros—, **nace en cada generación algún hombre que encarna sus ideales y sintetiza sus aspiraciones; sabe hablar con la voz de su tiempo y por él podemos juzgar a todos los que vivieron animados por sus mismas creencias".**

Esa jerarquía histórica que en materia de influencia espiritual tuvo Echeverría, la alcanzó también Ingenieros. Él supo hablar con la voz de su tiempo, que fué la voz de nuestro tiempo. Esa voz ha quedado silenciosa, pero necesitamos su retorno.

Conferencia pronunciada en el Colegio, el 13 de octubre de 1950.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La novela Argentina en el siglo XX

por CARMELO M. BONET

1. El clima Social de Preguerra

Un estudio sobre la novela argentina del siglo actual, no debe partir del año 1900, porque sus raíces vienen de más lejos: no hay solución de continuidad entre las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del siglo XX.

Sobre la novela de esas últimas décadas se ha ocupado el más ilustre de los arquitectos de nuestra literatura, Ricardo Rojas, en su monumental *Historia*. Por eso, de esos años diremos sólo lo indispensable. Y lo que escribamos sobre la novela del siglo actual será esquema provisorio, sujeto a muchas revisiones y agregados. La obra literaria argentina suele nacer en ediciones reducidas y huérfana de todo apoyo. Agotada, más por regalo que por venta, no se reedita. De ahí que no sea fácil dar con los libros. Atribúyase entonces a esa dificultad y no a omisión maliciosa las muchas lagunas de este ensayo.

El punto de arranque de nuestro ciclo novelístico puede ser *La Gran Aldea* (1882), de Lucio V. López, "ensayo de novela", dice Rojas, serie de cuadros donde aparecen "las tiendas porteñas y el tendero de antaño; el baile de negros en el teatro de la Alegría; una noche de carnaval; las escenas del Club del Progreso; los episodios de la vida comercial y política; sus tipos, sus ideas, su lenguaje, todo ello visto con intención caricaturesca" y escrito en "prosa campechana". A falta de novedades de bulto en esa Buenos Aires pachorrienta, todavía semicolonial y provinciana, se magnifican hechos me-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nudos, se saborean chismes lugareños y asumen proporciones de acontecimiento fiestas sociales donde todo el mundo se conoce.

Apenas han trascurrido diez años ¡y qué cambio! Lo documenta *La Bolsa* (1890), de Julián Martel, seudónimo de José Miró. Buenos Aires, invadida por una babélica muchedumbre, está en plena efervescencia. "Toda esta farándula cosmopolita —agrega Rojas— muévese en un complicado enredo de negocios, fiestas y amores; subas y bajas del oro, matrimonios de conveniencia, venta de concesiones ferroviarias, cálculos sobre terrenos fantásticos, inconfesables usuras, galanteos venales, ilusiones, desastres, ambiciones, caídas; el espectáculo, en fin, de una sociedad delirante, súbitamente corrompida por las artes de la banca internacional y de las aventuras cosmopolitas".

Aparecen en este período otros novelistas de menor jerarquía: Eugenio Cambaceres, Martín García Mérou, Manuel Podestá. Novelistas en quienes se transparenta la influencia del naturalismo zoliano.

Época mala este fin de siglo para el escritor argentino. Falta apoyo popular y crítica orientadora. De ahí lo escaso de la producción y lo mediano de la calidad. *La Bolsa* fué una excepción, un impacto.

Después del ochenta la campaña ha ido cambiando de fisonomía como resultado de la inmigración europea y de la conquista del desierto, iniciada por Rosas y finiquitada por Roca hacia el ochenta.

La conquista del desierto terminó con la pesadilla de los malones e incorporó a la civilización un inmenso territorio y un apreciable caudal de sangre indígena. Los indios adultos murieron en su ley, pero los niños sobrevivientes y las mujeres, borrada la "frontera", se disolvieron por cruzamiento, en la sangre conquistadora.

Apaciguada la campaña, prospera la estancia. La estancia es toda una institución y teatro preferido de la novela campera, de la novela pampeana, brote muy importante de nuestro nativismo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El nativismo ha tenido —y sigue teniendo— cultores en

la esfera de la poesía, de la narración breve, del teatro y de la novela, y en todos los rincones del país. El de la pampa, en lo que va corrido del siglo, contó, como vehículo expresivo más importante, la novela.

A través de la novela campera puede seguirse el proceso de la vida en la pampa: puede verse cómo se ha pasado de la estancia primitiva (latifundio heredado o recibido del gobierno como retribución de servicios), estancia gaucha sin alambrados ni árboles (rancherío de adobe y paja, jauría cimarrona, hacienda baguala) a la estancia de transición de principios del siglo: infinitud acotada y domesticada por el alambre y embellecida por el molino; huerta, casas habitables, hacienda mestizada y monte con eucaliptus, paraísos, álamos, sauces, aromos y algún ombú (si el estanciero es criollo viejo y amante de la tradición); y puede verse cómo se ha llegado a la estancia moderna: potreros alfalfados, extensas arboledas —abundancia de coníferas— hacienda refinada con sementales traídos de Inglaterra, y casonas, a veces palacios, con todo el confort de la ciudad.

El escenario de *La Cautiva*, de *Santos Vega*, de *Martín Fierro*, de los folletines de Eduardo Gutiérrez, fué retomado por novelistas que florecieron en este siglo:

La primera etapa de la estancia, la época heroica del dramatismo salvaje, fué evocada por Eduardo Acevedo Díaz en *Ramón Hazaña* y en *Cancha Larga*. Aparece asimismo en *El gaucho de los Cerrillos* de Manuel Gálvez (época de Rosas).

La estancia de transición, la de principios del siglo, ha sido novelada por Ricardo Güiraldes en *Don Segundo Sombra* e inspiró toda la obra nativista de Benito Lynch, y también las vigorosas novelas del uruguayo Carlos Reyles, el famoso autor de *El embrujo de Sevilla*, de *El terruño* y *El gaucho Florido*.

La estancia rica actual asoma en *Zogoibi* de Larreta, en *La pampa y su pasión* de Gálvez, en *Los últimos Rosales* de Josué Quesada.

El estanciero, casi siempre hombre culto y educado en la ciudad, constituía lo más sólido de la clase dirigente. El país estuvo, hasta la sanción de la Ley Sáenz Peña, en manos de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una oligarquía de estancieros y de abogados. La mayoría de esos abogados eran hijos de estancieros y juntos formaron lo que hoy algunos resentidos llaman "aristocracia vacuna". Sin embargo, de esa minoría de privilegiados surgieron claras figuras de la política, del foro, de la magistratura, de la docencia universitaria y de las letras. Los novelistas más cotizados de la generación del Centenario fueron estancieros o hijos de estancieros, como algunos de los ya citados. La mayoría viajaron por Europa y se impregnaron de su cultura. Pero como llevaban la pampa metida en el alma, fueron, en cierto momento, la reserva argentinista de la nación, reserva que sirvió para contrapesar la tremenda presión del inmigrante.

La actual literatura pampeana entronca con la gauchesca del siglo anterior. Enfoca el mismo medio físico y presenta, como la gauchesca, al hombre de la llanura tal como es: con sus costumbres, sus diversiones, sus dramas, su lenguaje. Naturalmente, el cuadro no es idéntico, pues no en vano ha transcurrido más de medio siglo. La campaña ya no es el desierto de *La Cautiva,* de *Santos Vega,* de *Martín Fierro.*

En las etapas iniciales de esa literatura pampeana, las mieses no han desalojado todavía a los ganados. Todavía no ha llegado la invasión del gringo y de su chacra. La hacienda es el sostén de la estancia, su riqueza, como lo es del patrimonio nacional.

Innumerables vacunos, lanares y yeguarizos, pastan holgadamente en el latifundio. Su traslado a las ferias y de unos campos a otros para su engorde o venta, constituye una de las tareas principales de la estancia, y la ejecuta el resero, humilde personaje que adquirirá jerarquía estética gracias a Güiraldes.

La estancia, para su mejor gobierno, está dividida en "puestos". El puestero vive en su rancho, casi siempre con mujer e hijos, en forma poco menos que independiente. Es mediero: va a medias con el patrón en el negocio. Lo corriente es que cuide una "puntita" de ovejas.

En esos puestos sitúa Benito Lynch el foco de intensas turbonadas pasionales. Y en uno de esos puestos, es lícito presumirlo, nació el reserito de *Don Segundo Sombra.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

No sólo ha cambiado en poco más de medio siglo el aspecto de la campaña, sino también su poblador. El gaucho sarmientesco, ascasubiano y martinfierrista, ha desaparecido. Se lo tragaron las guerras y montoneras. Sólo se lo ve en el teatro o en las parodias de carnaval.

En la campaña de nuestros días, un hombre que vistiese a lo gaucho: con botas de potro, calzoncillo cribado y chiripá, llamaría la atención como un disfrazado. El hombre de campo, si puede, usa botas, pero de zapatería; si es pobre, alpargatas. Y todos bombacha, cinturón (a menudo un "chanchero"), blusa, pañuelo al cuello, chambergo. El poncho es prenda rural en todo el país.

Ya son personajes de leyenda el payador, el rastreador y aquel nómade que vivía sobre el caballo, sin ataduras femeninas, constante parroquiano de las pulperías, donde encontraba pendencia fácil, alcohol y juego. También la pulpería —el mesón de la pampa— con su mostrador de estaño protegido por una jaula de rejas, ha pasado a la historia. Aparece en *Don Segundo Sombra*, pero ya es anacronismo.

El heredero del gaucho es el paisano, hombre también de a caballo. Le place, como a su antecesor, la ginebrita, la caña y el juego en el boliche. Es, como el gaucho, imprevisor e incapaz de economizar un peso. Es el gaucho ya sin púas: se las ha limado el avance del progreso. Aquel personaje aureolado por la literatura, se ha convertido en un "mensual", en un peón de estancia, apegado a la querencia, a las casas y a las mujeres de las casas. La hacienda, ahora refinada, es menos chúcara. La doma y el arreo van perdiendo lo que tenían antes de hazañoso, y el habla, aquella sabrosa prosodia heredada de los conquistadores, pues el decir urbano poco a poco va penetrando en la campaña. El almacén de la "esquina" ha sustituído a la pulpería de la era gauchesca. Gallegos, italianos, turcos, han ampliado el surtido del modesto comercio. Ahora se bebe más vino y se consume más aceite y más galleta. Ese boliche es el embrión de un futuro almacén de ramos generales; y el bolichero el futuro acopiador de frutos del país.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

A menudo esta nueva estancia pertenece a un estanciero turista. Creada y sostenida por los "viejos" —auténticos

pioneros— a fuerza de sacrificios y amor a la tierra, los hijos van a ella a veranear; o de tiempo en tiempo a fiscalizar lo que ha hecho el mayordomo, casi siempre un gringo: un inglés, un dinamarqués, un alemán.

Estas visitas periódicas de gente culta, de gente que ha viajado por Europa, significa para la campaña incorporación de nuevos hábitos de vida, de vestimentas ciudadanas y a veces exóticas (como en nuestros días el uso de pantalones en las mujeres); de refinamientos en las comidas y en el arreglo; de palabras y giros que trascienden a libro, a tertulia mundana, a vida de ciudad.

Esta penetración de la ciudad en la estancia y su inevitable contraste con la tradición campesina, tiene en *Zogoibi* de Larreta una excelente versión literaria.

Del alud inmigratorio posterior al ochenta, nace la chacra, hecho trascendental. La chacra invade las tierras feraces de Buenos Aires, de Santa Fe, de Entre Ríos, del sur de Córdoba. La chacra civiliza el desierto y lo transforma en un venero de riquezas.

El más argentino de los poetas, Rafael Obligado, no se resigna a esta transformación galopante y lanza su lírica *Protesta:*

"La pampa de mis cantos ya no existe.
Con el salvaje se extinguió el desierto.
La majestad de esa llanura triste
Bajo el cuchillo del arado ha muerto".

La chacra es obra casi exclusiva del gringo o, más exactamente, del italiano. El criollo no es hombre de pala y arado. El vasco prefirió el tambo y el gallego el almacén.

La campaña se fué moteando de caseríos, embriones de futuras ciudades. Aquella pulpería de la época brava, la del mostrador de estaño protegido por una reja, con patio endurecido para la taba y dos o tres paraísos allí nacidos por milagro de Dios, se ha convertido en un almacén. El acordeón ha vencido a la guitarra, el vino a la caña y a la ginebra. En la fonda rivalizan churrascos y tallarines. En ningún poblacho falta el tenducho de un turco donde hay de todo: desde agujas hasta yerba mate y aceite de ricino.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Hubo, al principio, rozamientos. El nuevo poblador traía la religión del trabajo, la cual contrastaba con la indolencia del criollo, sujeto sin ambiciones y sin necesidades. Y traía espíritu de sacrificio, alentado por la codicia. Sólo le interesaba la riqueza, porque da dominio sobre los otros y bienestar físico. Todo su programa de acción estaba cifrado en el difundido *slogan:* "hacer la América".

Hubo rozamientos, pero luego se entendieron gringos y criollos. El amor entre los vástagos realizó el milagro. Y de ese entendimiento todos salieron gananciosos. La literatura, sobre todo la dramática de principios del siglo (obra típica: *La gringa* de Florencio Sánchez), explotó este conflicto.

También el tropel inmigratorio transforma la vida ciudadana. Colma los conventillos de Buenos Aires; se enquista en la Boca, en Barracas, en Boedo, almácigo de tangos y de sainetes. La Gran Aldea despierta de su siesta colonial, cambia de piel, rehace su edificación, va tomando aires de capital europea. Barcos venidos de todo el mundo fondean en el puerto Madero. La ola inmigratoria forma el plantel étnico de Rosario, de La Plata, de Mendoza. Es una conquista pacífica. Crece con ella la influencia de Europa, de las clases populares de Europa, que imponen sus costumbres, sus hábitos mentales, sus maneras de enfocar la vida, su folklore. Y así. poco a poco, va cambiando la fisonomía somática y espiritual del país. En las provincias andino-norteñas la penetración europea es más lenta y menos copiosa. De ahí que en ellas se conserve más pura la tradición española y la indígena.

El arribo de grandes masas europeas y su aclimatación y arraigo, acentuó el sesgo materialista de la época. Lo que perduraba del viejo romanticismo se desvaneció por obra del aluvión de forasteros que venían hartos de escaceses y penurias y sin otro norte que la conquista del bienestar.

Sin sospecharlo, esta gente práctica respondía a los principios de la filosofía imperante: el positivismo, cuyo trasunto estético era el realismo. Por eso dominó el realismo —con algunos brotes naturalistas— en la novela argentina desde el ochenta. Se escribieron, es cierto, novelas románticas, idealistas, fantasistas, pero fueron las menos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El inmigrante y el capital foráneo convirtieron el país desnudo de las montoneras y el caudillismo en un emporio de riquezas. La industria daba sus primeros pasos. El riel, extendido por llanuras y montañas, unía a Buenos Aires con los confines de la república. El comercio movilizó toda esa riqueza y empezaron a tallar los nuevos ricos, una burguesía de comerciantes e industriales adinerados.

En atmósfera tan metalizada, las actividades del espíritu se subestiman y languidecen ahogadas por la incomprensión de la masa, por su fría indiferencia y hasta por esa hostilidad sorda, más instintiva que consciente, que alimenta el zafio, el espíritu grueso, hacia lo que sospecha superior.

En atmósfera tan metalizada debían producir los escritores y artistas. De ahí que lo hicieran sin amor a su época y al medio en que les tocó vivir. Los más orgullosos se encerraron en su torre de marfil, en la "torre de los panoramas", como el montevideano ilustre.

Otros adoptaron aires de desafío vistiendo, igual que los románticos del año treinta, indumentos inusitados. Eran los bohemios que, por odio al burgués, usaban melena, corbata flotante, sombrero aludo.

En el café *Los inmortales* que con tanta donosura ha evocado Vicente Martínez Cuitiño, vivían esos bohemios sus inquietudes, sueños y angustias económicas. En la novela de Gálvez *El mal metafísico* ha quedado aprisionado ese momento de la vida espiritual de Buenos Aires.

La rebeldía del espíritu contra la platitud ambiental venía de años atrás. Dos acontecimientos de la última década del siglo pasado revelan cansancio de esa platitud y anhelo de renovación: el alborozo y la simpatía con que la pequeña *élite* intelectual recibe, en 1893, a Rubén Darío; y la fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, en 1896.

El homenaje de esa *élite* iba dirigido al hombre menos utilitario del mundo, al más despreocupado por las cuestiones de dinero ¡y tanto que lo necesitaba! Ese hombre olvidaba sus apremios económicos chapuzándose en su mundo poético, donde no escaseaban las riquezas: oro, plata, piedras preciosas, mármoles de Paros...

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Reciben al poeta de *Azul* espíritus selectos de dos generaciones: Guido Spano le da la bienvenida y Rafael Obligado lo invita a sus tertulias. Y lo rodean en la mesa amistosa del café, compañeros de *La Nación,* escritores ya hechos: Payró, Martel, Piquet, Becher... Y lo admiran, ya como maestro, muchos jóvenes poetas, entre los cuales se destaca Lugones.

Poco después el nicaragüense exhibe, ante el asombro de todos, esa nueva cosmética que se llamará modernismo, hecha verso imperecedero en *Prosas profanas.* América está ausente en la poesía de este poeta que lleva sangre india en las venas. El alquimista ha revuelto esencias de la dulce Francia con unas gotas de Poe y bastantes de Góngora. Y eso prende y gusta en seguida. Las fuentes francesas de Darío —sus parnasianos y simbolistas— se hicieron pronto familiares a la minoría ilustrada que venía afrancesándose desde el ochenta. ¿Qué persona culta no leía francés?

Al poco tiempo, en el mundo espeso de la Nueva Chicago entraban, como conquistadores, los abates perfumados, las princesas tristes, los cisnes eucarísticos, los centauros enamorados y todo el versallismo de Watteau. Ahora en el país de las vacas y de la alfalfa, como dirá Ingenieros, hay quienes miran las estrellas y profesan el culto a la luna.

El lector porteño de versos (lector de Bécquer, de Campoamor, de Núñez de Arce y de sus epígonos americanos), se entera, gracias a Darío, de la existencia de poetas que no sospechaba, de poetas "raros", algunos tan cimeros como Leconte de Lisle y Paul Verlaine. El poeta de *Cantos de vida y esperanza* muestra horizontes inéditos y enseña con el ejemplo, a payadores y milongueros, la devoción de la forma, la eficacia estética de las bellas palabras. Introduce un nuevo preciosismo, la lujosa tropología que va a ser una de las características de la nueva escuela.

Toda su obra es una lección, lección que completa el severo magisterio de Groussac: hay que cuidar la forma, terminar con la plaga del repentismo.

Lección escuchada: empiezan a abundar las obras bien escritas, las obras de estilo. Larreta da, con *La gloria de don Ramiro,* un espécimen insuperable de prosa repujada y lige-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ramente barroca. Lugones vuelca su opulencia verbal en las páginas macizas de *El imperio jesuítico* y de *La guerra gaucha*. Gálvez escribe *El solar de la raza* con un lenguaje de impecable factura clásico-realista. Leumann se inicia en la novela y hace gala de un estilo clásicamente pulcro. Y en la órbita del ensayo y del periodismo, manejan la pluma dos finos estilistas: Emilio Becher y Alberto Gerchunoff.

La fundación de la Facultad de Filosofía y Letras, prohijada por los valores intelectuales de más alta jerarquía en ese momento: Mitre, Bernardo de Irigoyen, Rafael Obligado, Carlos Pellegrini, Pablo Groussac, Lorenzo Anadón, Norberto Piñero, Joaquín V. González, Indalecio Gómez, etc., era una quijotada, un desafío al pragmatismo dominante. A los estudios interesados y profesionales, se enfrentaban otros que exigían vocación y desinterés. Por eso, en los primeros años el alumnado fué escaso. La Facultad, más que un instituto de altos estudios, era un cenáculo donde se encontraban periodistas, poetas jóvenes, escritores en potencia, y algunos estudiantes auténticos. Corrió peligro de desaparecer. Durante lustros fué una barca zozobrante, un islote en medio de un mar que lo sofocaba, una semilla que sobrevivía de milagro. Pero la circunstancia de no haber perecido denuncia la existencia de una fuerza de reacción, de reacción hacia lo espiritual, que confirmó, en los umbrales del siglo, el fabuloso éxito de *Ariel*, el hermoso mensaje de Rodó.

La reacción, con todo, fué epidérmica y sólo apreciable en círculos cultos de escasa irradiación: peñas, ateneos juveniles, tertulias de café. En lo sustantivo, el clima social durante los primeros lustros del siglo fué el mismo que privara desde el ochenta.

Hasta el estallido de la primera guerra mundial, continuó la incorporación de sangre europea, el irrestañable aporte inmigratorio. El país progresaba en todos sus órdenes y lo gobernaba, desde el Jockey Club, una minoría ilustrada, la ya citada oligarquía de estancieros y abogados. Las elecciones, una parodia.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Comenzaron a oírse voces contra el privilegio que detentaba esa clase social. Poco a poco iba cuajando una fuerte

clase media, constituída por modestos propietarios, pequeños comerciantes e industriales, empleados y burócratas. Los hijos invadieron colegios y universidades.

Esa clase fué vivero inagotable de gente culta, destinada a ocupar los puestos de mayor responsabilidad en las profesiones, en la enseñanza, en el periodismo, en el manejo de la cosa pública; ascenso que se hizo posible gracias a la Ley Sáenz Peña y a la Reforma Universitaria. Casi todos los escritores de la nueva promoción han salido de esta clase media.

El proletariado vivía sin protección legal y sin conciencia de clase, en momentos en que en todo el mundo se organizaba. Nació entonces el Partido Socialista para darle esa conciencia.

También aparecieron agitadores anarquistas que predicaban un sindicalismo libertario de tipo español (o, mejor, catalán), anarquismo que tuvo apóstoles dentro de la cofradía de las letras: poetas, dramaturgos, periodistas. El más definido: Alberto Ghiraldo. Y que tuvo manifestaciones trágicas cuando lo vivieron individuos fanatizados: bombas, atentados. Por eso el país festejó su primer centenario bajo el estado de sitio.

Los libros de la Biblioteca Blanca, editados por Sempere y Cía. de Valencia (ediciones avaladas por Blasco Ibáñez) inundaron las librerías. Por el equivalente de una peseta el estudioso de entonces podía leer, a menudo en traducciones irresponsables, a los jerarcas del positivismo y del cientificismo: Marx, Darwin, Spencer, Taine, Engels, Max Nordau, Renan, Haeckel, George, Sorel, Max Stirner, Bakounine, Kropotkine, Labriola, Malato, etc. Se leían con avidez sobre todo los libros que tocaban la "cuestión social", cuestión palpitante en todo el mundo.

Este clima, y el que provocaron las guerras mundiales, cuyas sacudidas llegaron hasta nosotros, fué reflejado por el arte y, muy especialmente, por la novela.

La novela ha sido siempre documento psicológico y sociológico. Refleja al hombre que la hizo y al medio que configuró el espíritu de ese hombre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Como documento social, la novela argentina de este siglo ha abarcado todo el ámbito de la república. De ahí que pueda

intentarse la confección de una geografía estética: verse a través de sus páginas la vida en la pampa, en la zona de los grandes ríos, en la selva norteña, en la montaña andina, en la serranía cordobesa y en Buenos Aires, la urbe tentacular.

Ello significa recorrer el país y penetrar en su alma —guiados a veces por espíritus de selección— por la vía más grata: la vía del arte.

2. La Pampa en la Novela Argentina. Ricardo Güiraldes.

La pampa, la llanura bonaerense, lisa, pareja hasta "los confines del curvo horizonte", como dijo Ortega y Gasset, escenario lírico en *La Cautiva* y épico en *Martín Fierro*, ha sido teatro preferido de algunos novelistas contemporáneos.

Estos novelistas de la pampa pueden clasificarse en dos grupos: militan en uno los que han hecho vida de pampa, sobre todo en la niñez y mocedad, y la llevan metida en la sangre; y en el otro, los que la han visto como espectadores. Pertenecen al primer grupo Ricardo Güiraldes, Benito Lynch, Eduardo Acevedo Díaz. Me ocuparé del primero.

La identificación de Güiraldes con su medio, con el medio pampeano, y con su poblador, ha sido confesada por él mismo en la Dedicatoria de *Don Segundo Sombra*: "Al gaucho que llevo en mí, sacramente, como la custodia lleva la hostia".

Güiraldes, como tantos mozos pudientes de su época, recibe su bautismo de Europa y, como todos, fondea en París. Allí, en esa atmósfera de cultura decantada, despierta su vocación literaria. Hombre joven, las novedades lo encandilan. El vanguardismo —eflorescencia estética de la primera guerra mundial— lo conquista. Escribe entonces versos ajustados a la flamante retórica, y también prosa. De esos años son: *El cencerro de cristal, Raucho y Xaimaca.*

Raucho (1917) es la historia del argentino rico de la preguerra que iba a París a divertirse y allí, enloquecido, quemaba su fortuna y su salud en un torbellino de goces: mujeres accesibles, champaña, juego y, en algunos casos, estu-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

pefacientes. La primera parte de la novela transcurre en una estancia y en ella están los embriones de *Don Segundo Sombra;* la segunda parte en Francia.

Raucho es novela inmatura: el planteo elemental, los personajes esbozados, el idioma no siempre seguro: aquí y allá vaguedades, imprecisión y un afán de originalidad expresiva muy propio de una pluma todavía juvenil.

Xaimaca (1923) es crónica de un viaje que termina en Jamaica: descripción de paisajes, manifestación de estados anímicos, una historia de amor y un estilo forzado por prurito de originalidad.

Pero él llevaba en la entraña todo un mundo que pujaba por salir: el pago, sus paisanos, una pampa gozada y sufrida en la infancia y en la adolescencia, una vida ya pretérita que se hacía más ensoñada y nostálgica en tierra extranjera. Y para dar expresión a ese mundo sobraba la retórica, la cosmética literaria aprendida en París. Afloró el realismo de la raza y nació *Don Segundo Sombra.*

La novela resultó, por ser realista, un documento social y psicológico. Dirá a las generaciones futuras cómo era, a principios de este siglo, la pampa y su morador. Lo imaginado ocupa en esta ficción el menor espacio posible.

El autor ha dicho con nombres y apellidos quiénes fueron los ejemplares humanos que le han servido de modelo, y los ha copiado con velazqueña maestría, como ha copiado con admirable fidelidad el escenario de sus andanzas. Se ha valido para ello de su cabal conocimiento de la psicología del criollo y de su lenguaje.

El reserito que cuenta su historia es un "guacho", fruto de los amores clandestinos del patrón de una estancia, don Fabio Cáceres, con una puestera, a la que el chico apenas recuerda; misterio que se aclara al final cuando el muchacho, inopinadamente, al heredar, descubre su origen.

El hecho era corriente y lo será todavía. El estanciero —sobre todo si solterón o viudo— gustaba defenderse de la soledad entreteniéndose con las chinitas de los puestos, y de esos pasatiempos venían al mundo los guachos, que casi siempre ignoraban quién era su padre.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En este muchacho, que apenas vemos físicamente, ha volcado el autor todo su saber campesino, sus experiencias y recuerdos de una vida intensamente vivida; y así ha creado un personaje tan viviente que se está saliendo del libro.

Este personaje, como el gaucho de la tradición, es andariego, amante de la vida sin maneas, estoico en el sufrimiento, corajudo, dicharachero, imprevisor, jugador; como que su ideal humano es don Segundo, un gaucho tipo.

El novelista ha tomado como "borrador" de este gaucho tipo a un hombre de carne y hueso. Su retrato físico es exacto, como puede verse cotejando la fotografía del paisano real y su trasunto literario.

En cuanto al retrato moral, debió responder a la realidad, con los retoques consiguientes a toda creación estética, pues es difícil no pensar, cuando se elabora un personaje, en los paradigmas literarios, en este caso en *Martín Fierro*.

Don Segundo no es étnicamente un gaucho puro, el andaluz trasplantado de Sarmiento, sino un criollo con sus gotas de sangre india. Hé aquí su estampa física: "El pecho era vasto, las coyunturas huesudas como las de un potro, los pies cortos con un empeine a lo galleta, las manos gruesas y cuerudas como cascarón de peludo. Su tez era aindiada, sus ojos ligeramente levantados hacia las sienes y pequeños".

Gente aindiada empezó a abundar después de la conquista del desierto. Don Segundo encarna atributos comunes al gaucho y al indio, atributos que provienen de la plasmación del medio físico: irreprimible proclividad hacia la vida sin coyundas, valor a toda prueba, estoicismo, resignación fatalista, indiferencia ante el dolor y la muerte. Mas no era taimado, ni traicionero, ni mendaz, como el indio.

La experiencia lo hizo desconfiado con las mujeres y la bebida, y prudente entre los forasteros. Prudente y reservado. Su reserva, hija de la meditación a que obliga la soledad pampeana ("las vastas meditaciones nacidas de la pampa", dice el autor), se traducía en un decir lacónico e intencionado de filósofo intuitivo. Güiraldes adosa a su personaje, y así lo ajusta a la tradición literaria, otra condición que no suele poseer el campesino de otras naciones, pegado a la gleba y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

esclavo del afán de lucro: sensibilidad artística, la cual se manifiesta en versadas, estilos, relaciones y en aptitud para la narración de cuentos.

El culto de la amistad es una de las más hermosas virtudes gauchas. El gaucho llamaba "hermano" al compañero o al amigo, y no era una simple palabra. Por chunga, alguna vez le decía "cuñao".

Esa amistad solía anudarse en parejas, como lo denuncia la literatura gauchesca. En los *Diálogos* de Hidalgo conversan dos aparceros: Chano y Contreras. En el *Santos Vega* de Ascasubi sucede lo propio:

> "Casualmente se toparon
> al llegar a una tapera
> dos paisanos que se apiaron
> juntos y desensillaron
> a la sombra de una higuera"...

Se toparon el viejo Santos y el santiagueño Rufo Tolosa y en seguida hicieron miga. En la obra de Hernández, Fierro y Cruz unen sus destinos. Y en el *Fausto* dialogan como amigazos Anastasio el Pollo y " un paisano de Bragao de apelativo Laguna".

Güiraldes, fiel a estos antecedentes, dispone que todo gire en torno a una pareja, la constituída por don Segundo y su ahijado postizo. Aquí la aparcería es amistad mezclada de respeto filial por parte del reserito y de protección paternal por el lado de don Segundo. Las viejas tías, don Fabio Cáceres, reseros, domadores, pulperos, chinas, etc. forman el coro, completan el elenco.

La conquista del desierto produjo la incorporación pacífica de muchos indios sureños. En la novela de Güiraldes este ejemplar humano está representado por el tape Burgos, por paisanos más o menos aindiados (como don Segundo, según se ha visto) y por las chinitas de los puestos: morochas de pelo lacio, de caras redondas, de ojos negrísimos, de cutis de galleta tostada y dentadura de animal carnívoro. No hay rubias ni para muestra. Gringos muy pocos: la ola inmigratoria no ha penetrado todavía por esos pagos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Como en *Martín Fierro,* en *Don Segundo Sombra* el erotismo apenas asoma. Y es que para el paisano errante y de vida a la intemperie, virilmente ruda, la mujer era tabú, o un accidente y nada más. El no frecuentarla lo hacía tímido y receloso. En dos ocasiones el reserito cae dentro de la órbita de la mujer, pero se zafa a tiempo y vuelve a su tranquilidad primera.

Una hábil estructuración de la obra permite al autor presentar, con toda naturalidad, una vasta zona de la campaña argentina: la llanura infinita, los caminos interminables, los pueblos grises; la pampa con sus misterios, supersticiones, entretenimientos y dramas. Todo esto con la complicidad de los fenómenos telúricos: fríos, calores, aguaceros. ¡Y qué aguaceros! "Primero lo apampan a uno por su violencia, para dispués dejarlo derechito como un pastizal naciente".

El libro, por tanto, puede desgranarse en una galería de cuadros, a los cuales acollara el relato de una vida: la del protagonista.

Vemos, en uno de los cuadros, la clásica pulpería: en un par de bancos largos, los feligreses se sentaban "como golondrinas en un alambre". "El pulpero alcanzaba las bebidas por entre una reja de hierro grueso que lo enjaulaba en su vasto aposento, revestido de estanterías embanderadas de botellas, frascos y tarros de toda laya"... "El suelo estaba poblado de cuartos de yerba, damajuanas de vino, barriles de diversas formas, cojinillos, matras, lazos y otros artículos usuales. Entre aquel cúmulo de bultos, el pulpero se había hecho un camino, como la hacienda hace una huella, y por el angosto espacio iba y volvía trayendo las copas, el tabaco, la yerba, o las prendas de ensillar". Afuera había una enramada, un patio de paraísos nudosos y una cancha de taba. Como en La Blanqueada, "sabía" moscardear algún parroquiano "mamao" y pendenciero. La pulpería, único solaz del paisano, lo hizo bebedor y jugador.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En otro aguafuerte muestra un baile campero. Se realiza en el galpón de una estancia. Los ranchos han quedado vacíos. Ha acudido, alborotado, todo el mujerío del pago.

Las mozas, morochas en su mayoría, se han puesto sus mejores pilchas. Ante semejante "siñuelo", los hombres se han amontonado "como queresas en un tajo". El recinto se ha preparado con "ostentación de lámparas, velas, candiles y banderitas". Las sillas, apoyadas contra la pared, forman cuadro. El centro, despejado y limpio, "asustaba y atraía como un remanso". En las sillas se han acomodado las mujeres. Según la edad, "vestían ropas oscuras o claras faldas floreadas". "Todas parecían recogidas en una meditación mística, como si esperaran el advenimiento de un milagro o la entrada de algún entierro". Dos guitarras y un acordeón quebraron esa tiesura. Empezó el baile con polcas y mazurcas. El hombrerío se fué arrimando a las polleras. Y paisanos "juertes" y grandotes, capaces de las mayores proezas camperas, se sentían cohibidos y torpes frente a las muchachas. Y no era para menos: "no era poca hazaña tomar a una mujer de la cintura, para aquella gente que vivía la mayor parte del tiempo separada de todo trato humano por varias leguas". Todos danzaban duros y serios, "sin que una mueca delatara su contento. Se gozaba con un poco de asombro, y el estar así, en contacto con los géneros femeniles, el sentir bajo la mano algún corsé de rigidez arcaica, o la carne suave, y ser uno en movimiento con una moza turbada, no eran motivos para reír".

Poco a poco aumentó la confianza. La chupandina hizo su obra. Empezaron a circular los frascos. La ginebra, el anís Carabanchel, la caña de durazno y el guindado, sirvieron para regar abundantes alfajores, bollos, tortas fritas y empanadas, y el infaltable trozo de carne asada. Al final, "las bromas se daban en voz alta y las muchachas reían olvidando su exagerada tiesura". Y asomó el ingenio gaucho en los versos del gato con relaciones y en dichos y guasadas de doble sentido.

Las supersticiones campesinas aparecen en los relatos de don Segundo, interpolados como las novelas cortas del *Quijote*. En uno cuenta la historia "de un paisanito enamorao y de las diferencias que tuvo con un hijo 'el diablo'". Es página de origen folklórico. El auditorio de reseros, "mateando en rueda después de la cena", escucha engolosinado

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

aquella narración fantástica con "brujas, aparecidos y más embrollos que negocio'e turco". La prosa, salpicada de comparaciones, de reflexiones agudas, de dicharachos pintorescos, huele a campo argentino.

En otra estampa muestra una de las diversiones más populares, diversión de pueblo chico: la riña de gallos, pretexto para dar alivio a una de las pasiones más fuertes del criollo: el juego. Se ve, a través de la pluma de Güiraldes, el redondel con sus "cinco anillos de gente colocados en gradería formando embudo abierto hacia arriba". En esa gradería se amontonan los parroquianos "como patos alrededor del bañadero" y se despluman en apuestas enardecidas, lo mismo que las dos pobres bestezuelas que en la infame pista se convierten en dos pingajos sanguinolentos. En las escenas de campo abierto: arreo y rodeo de hacienda vacuna, a menudo matrera, Güiraldes se encuentra en su elemento. Nadie como él ha pintado el espectáculo de una vacada en marcha, apretujada en callejones polvorientos o barrosos; el oleaje de lomos o paletas; el concierto de mugidos; la avalancha o dispersión de una tropa enloquecida por la sed o por el terror. Escriban otros sobre las dulces ovejas y los idílicos pastores.

Tiene del gaucho el culto del caballo, del caballo en la plenitud de su fuerza y de su belleza: pingos, parejeros y redomones de "mi flor", no jacas, mancarrones ni matungos. Desfilan de todos los pelos: bayos, gateados, cebrunos, alazanes, zainos, moros, colorados, oscuros, ruanos, lobunos, malacaras, picazos, rabicoles...

Despunta su ciencia campera, esa ciencia que nunca pudo dominar el gringo: "carnear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales y cabestros, lonjear, sacar tientos, echar botones, esquilar, tusar, bolear, curar el mal del vaso, el aba, etc."

Lo más teatral y macho de esa ciencia es la doma. La silueta del domador es digna de la estatua. Como en el toreo, luchan la astucia y la guapeza del hombre contra el "hermoso enojo del bruto". El domador va siguiendo tranquilo, seguro de sí mismo, la bellaqueada del potro. Hé aquí una estampa de esa lucha: "Sus ijares se encogían temblorosos de vigor. Su

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

cabeza rayaba casi el suelo en signos negativos y su lomo, encorvado, sostenía muy arriba la sonriente dominación del jinete".

¡Con qué gusto —se adivina— recuerda Güiraldes esa pampa que lleva metida en el alma y "su gran silencio de campo y cielo"! Desde su mangrullo de París la ve en sus amaneceres: "una luz fresca chorreaba de oro el campo". La ve en la melancolía de sus tardes, o en sus noches cargadas de misterios. Han quedado en su retina mil imágenes de esa pampa: el cielo aún "zarco de crepúsculo" que se reflejaba "en los charcos de forma irregular o en el agua guardada por las profundas huellas de alguna carreta, en cuyo surco tomaba aspecto de acero cuidadosamente recortado"... "El callejón que había sido una nota clara con relación a los prados, estaba lóbrego. Por delante de la tropa, la huella rebrillaba acerada: atrás todo iba quedando trillado por dos mil patas, cuyas pisadas sonaban en el barrial como masticación de rumiante".

Con nitidez admirable, con sobriedad horaciana, evoca hechos triviales de la vida rural, de una vida añorada: "Enderecé mis pasos hacia el pozo. El chirrido de la roldana, el culazo del balde en el agua, el canto de las goteras mientras recogía la soga, cuyos últimos tramos me enfriaron de agua las manos, me cantaban familiares palabras de optimismo. Me enjuagué bien la cabeza, el pescuezo, los brazos hasta el codo. En seguida sentí mejor el viento y el sol. Mi fuerza de siempre corría a grandes impulsos por mis miembros".

No podía omitirse en esta presentación global de la vida pampeana, uno de los espectáculos más típicos y de más fuerte colorido: las cuadreras que aprovecha el paisano para lucir su "crédito" y para satisfacer su hambre de juego. Güiraldes traza el cuadro con enérgicas pinceladas.

Por ahí anda el paisanaje apelotonado sobre los andariveles cruzando apuestas. En ese toma y daca los jugadores se calientan y pierden los estribos. Así el reserito, a "quien la plata le andaba incomodando en el bolsillo", cegado, liquida en minutos el esfuerzo de meses. La juega todita y también la tropilla. El único que no se marea en ese cardumen de pai-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sanos, platudos o pobres, unidos por una misma pasión, el juego, es el gringo: "Ya un gringo había instalado una carpa con comida, masas y beberaje". Allí van a morir muchos de los pesos ganados en las apuestas.

No falta para completar este lienzo a lo Figari, la china pastelera ni el "mamao" latero y cargoso. Veamos, finalmente, a los corredores presentados con cuatro rasgos quevedescos: uno "era un tipo flaco, de bigote entrecano. Se había puesto vincha y miraba para todos lados, como si le fueran a pegar un cascotazo".

El otro "no era más alto que un muchacho de doce años, hocico pelado y hosco como un pampa". Terminada la fiesta, cada uno a su rancho: el campo los fué "tragando en su indiferencia".

Güiraldes al componer esta novela tiene presente a los escritores nativistas, e inserta, él también, la clásica pendencia de pulpería que termina en tragedia. Como en el *far-west* el alcohol solía ser cómplice de estas escenas brutales. Lo dijo Hernández:

> "Como nunca en la ocasión
> por peliar me dió la tranca".

A menudo la causa era una simple cuestión de prestigio. Se tenía el culto de la guapeza física. El orgullo del gaucho se llenaba con las mentas que de esa guapeza se hacían en los corrillos de boliche o de fogón.

Y por mantener ese prestigio se jugaba la vida. Güiraldes quiso dar al choque de sus dos paisanos agauchados una razón más humana: pelean por culpa de una mujer, de una mala hembra en este caso.

El gauchito Antenor, provocado por un forastero, lo mata, en duelo criollo, de una feroz puñalada: "Un encontrón y vimos al forastero levantado hasta la misma altura de Antenor, para ser tirado de espaldas como un trapo". Escena que recuerda una similar de *Martín Fierro:*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

> "Por fin en una topada
> en el cuchillo lo alcé
> y como un saco de güesos
> contra el cerco lo largué".

El autor se inclina más hacia el pasado que hacia el presente. Hay tendencia a preterizar: se usan botas de potro, hay cinchas y chiripaes, boliches enrejados y un lenguaje acentuadamente criollo, más que extraído del habla viva, aprendido en los clásicos gauchescos.

El poblado apenas figura: San Antonio de Areco, patria del autor, Navarro... La estancia todavía "baguala" y en esa estancia la cocina, con su fogón humoso, centro de reunión. En materia de diversiones, no aparecen aún las romerías españolas, el frontón, la cancha de bochas.

Campo ganadero. La agricultura, si asoma, es un pañuelito verde, un modesto maizal, y el chacarero no un gringo sino un criollo. De esta vida ganadera hay incidencias en el lenguaje: la tierra es "baya", la madrugada "barcina", la barba del patrón "tordilla".

En las comparaciones —tan abundantes en el habla gaucha— el símil ganadero es constante: "desnudo y lamentable *como una oveja cuereada*"... "tenía reseco el cuerpo *como carne de charque*"... "un tropel se desparramó hacia las sillas (un tropel de paisanos en la sala de baile) *como hacienda sedienta en una aguada*"... el paisano "*quedó como borrego* que ha perdido el rumbo de un golpe"... "estás sumido y triste *como lechón* que se ha dejado quitar la teta"... "cayó al suelo y quedó largo a largo, más estirao *que cuero* en las estacas"... "el caburé cayó p'atrás *como gringo voltiao de un corcovo*"... "más sumida *que mula de noria*"... "arrugado *como lonja del rebenque*"... "la galleta era *como poste de quebracho* y gritaba *a lo chancho* cuando le metíamos el cuchillo"... "su caballo era espantadizo *como pájaro de juncal*"... "era una viejita *seca como tasajo*"...

No sólo la hacienda da símiles y epítetos, sino también la fauna pampeana: pájaros, batracios, reptiles, alimañas: "hinchando la voz y el cuerpo *como un escuerzo*"... "las manos gruesas y cuerudas *como cascarón de peludo*"... "nos sentamos *como golondrinas* en un alambre"... "nos bajamos del caballo, caminando *como patos recién desmaniados*"... "había conocido una mocita con *más coqueterías que un jilguero*"... "soltó una carcajada como para espantar *todos los patos de*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una laguna"... "el corazón le corcoviaba en el pecho *como zorro entrampao*"... "abrió los ojos *a lo lechuza* porque no quería perder ni un pedacito"... "tenía pecudas las manos y la cara *como huevo de tero*"... "nos acodamos en el redondel *como patos alrededor del bañadero*"... "el giro *cloqueó como una gallina cascoteada*"... "el pulpero se agachaba para escuchar el pedido *como perro frente a una vizcachera*"... hacía gárgaras *"como sapo en el barro"*... "nos fuimos a *trote de zorrino*"... "se puso más amarillo *que patito recién salido del huevo*"... "yo conocía esas cosas desde chico, y me movía en ellas *como sapo en el barro*"... "la lonja del rebenque, más floja *que moco de pavo*"...

Naturalmente, en este derroche de comparaciones, se echa mano de símiles de otro linaje, si bien todos de índole popular: "tenía una garganta *como trompa'e línea*"... "el callejón se ensanchó *como un río que llega a la laguna*"... "los candiles temblaban *como viejas*"... "el susto crece con la escuridad, *lo mesmo que las arboledas*"... "el giro había caído ladeadas las alas *como un chambergo de matón*"... "los ingleses, afeitados, rojos y gordos *como frailes bien comidos*"... el puesto blanqueaba *"como un huesito* en la llanura amarilla"... "el barro negro parecía *como picado de viruelas*"... "esta playa había sido *como jeta'e comisario*"... "todo andaba *como reló de rico*"... "me removía *como churrasco sobre la leña*".

La metáfora enjoya de vez en cuando la elocución llana, metáfora cifrada, a menudo, en un sustantivo, en un adjetivo, en un verbo: "mis ojos se llenaban *de cristales*"... "respiré hondamente *el aliento* de los campos dormidos"... "atrás de los junquillales vimos azulear una *chapa* de agua como de tres cuadras"... "una fresca luz chorreaba *de oro* el campo"... "las lechuzas empezaron a jugar a las escondidas llamándose con gargantas *de terciopelo*"... "el gallo había caído "firme en el enemigo la pupila *de azabache*"... en la cabeza carmínea del gallo había desaparecido el pequeño *lente* hostil de su mirada"... "brillaban las cabezas *barnizadas* de sangre"... "oímos unas espuelas *rascar* los ladrillos de afuera"... "me fuí hacia adelante *mascando* rabia"... "en los zanjones esgrimía yo el instrumento (la horquilla) que luego venía *matraqueando* de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

una manera ensordecedora sobre las tablas del carro vacío".

Como contraste, frases de un realismo de fuerte expresividad popular: "Me encaminé arrastrando las alpargatas hacia la cocina"... "Los novillos empezaban a babosear largas hilachas mucosas. Los caballos estaban cubiertos de sudor y las gotas que caían de sus frentes salábanles los ojos"... "A los mancarrones les sonaba el agua en la panza"... "En un gran salón desamueblado, frente a un enorme mapa de la provincia, estaba sentado el comisario, panzón y bigotudo".

Gauchismos, giros populares, dichos, frases pintorescas, riman bien con ese lenguaje realista. El léxico abunda en ruralismos: cuzco, chuciar, charabón, chapetón, chifle, chucho, gualicho, macuco, pilcha, tumbiar... Y en vulgarismos de distinto origen: atorrante, pajuerano, mamado... y palabras sucias que no hay necesidad de trascribir.

Pero no en balde nuestro autor anduvo por París, vivió en París. Allí asimiló, junto con algunos galicismos, novedades retóricas que el grupo de la revista *Martín Fierro*, del cual fué centro, procuró difundir entre nosotros. Sin abusar —fué gran acierto— emplea recursos estilísticos caros al modernismo y a la retórica vanguardista. Pueden espigarse ejemplos de animismo: "Un charco bajo sus patas se despedazó *chillando* como un vidrio roto"... "Por la casa soñolienta *arrastrábanse* los últimos ruidos"... La noche empezaba *a desmayarse*"... "Los postes, los alambrados, los cardos, *lloraron de alegría*"... "En el vasto recinto *bostezaba* una desesperante atonía" ..."El cielo *tendió* unas nubes sobre el horizonte, como un paisano acomoda sus coloreadas matras para dormir"... "El desierto se *alegraba* de su descanso fresco"... "Mi caballo resbaló y me fué como *chupado* por los infiernos"... "Y mis ojos empezaron *a acostarse* en lo conocido, como en un sueño evocado de intento".

Formas alusivas, maneras indirectas de expresarse embellecen el estilo: "La noche iba dando importancia al viejo campanario de la iglesia"... "La hora iba despertando la desconfianza de los perros"... "Los novillos parecían haber vestido ropas nuevas"... "Fué sentada en la silla donde quedó en

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

postura de retrato"... "¡Si ya me estaba doliendo la plata en el tirador!"

Hay objetivos novedosos, buscados, elegidos, que denuncian la nueva cosmética: "Un *pálido* escalofrío me castigó la médula"... saboreaba "el aire *joven* de la mañana"... "El bayo se arrimó al agua que tocó con *cauteloso* hocico"... "No dejaba de anegarme en sus ojos *chispones* y en la risa *carnosa* de sus labios"... "Un vientecito *tierno* se colaba entre las ropas"... Pasaba "una mano *pensativa* sobre su bigote". Y este ejemplo de proyección sentimental: "calles *aburridas*".

Hay sustantivos inconcretos usados como concretos: "El *sueño* cayó sobre mí como una parva sobre un chingolo"... "Mis *pensamientos* no mellaban mi resolución"... "Yo vi la hoja cortar la *noche* como un fogonazo"...

La novela termina con la separación del binomio. El guacho, de la noche a la mañana, se ha convertido en Fabio Cáceres. Ha heredado un nombre y una estancia. Su gauchismo se irá cubriendo con atavíos de ciudad. Asimilará nuevos hábitos y nuevo lenguaje y llegará hasta tomarle gusto a la literatura. De este modo el autor justifica el hecho extraño de que un resero pueda escribir su historia.

Don Segundo lo ha acompañado durante tres años, pero un día siente "sed de camino" y corta las amarras. Se despide de su protegido. Es una despedida a-lo gaucho, sin efusividad meridional; una despedida viril, sin palabras, sin lágrimas, pero hondamente sentida. Apareados los caballos, el muchacho acompaña una legua al hombre que respetó y consideró como padre adoptivo. Lo ve alejarse al tranco. La silueta se recorta, escultórica, en la lejanía; luego se desvanece poco a poco hasta que se pierde tragada por la pampa. El muchacho regresa. Regresa con una profunda dejación física y espiritual: "Di vuelta a mi caballo y lentamente me fuí para las casas. Me fuí como quien se desangra".

Don Segundo Sombra obtuvo el primer premio nacional de literatura correspondiente a obras aparecidas en 1926. Fué premio póstumo. Cuando se expidió el jurado, el autor había

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

fallecido. Terminó sus días en París en 1927, a los cuarentaiún años de edad.

Clases dadas en el Colegio, los días 7 y 21 de mayo de 1951.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Maimónides

por JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA

El problema de la valoración de la filosofía de Maimónides, rabí Moisés ben Maimón, interesa tanto a la historia de la filosofía hebraica como a la universal, porque la figura gigantesca de Maimónides rebasa el ámbito de la filosofía hebraica.

Para valorarla de un modo adecuado hay que tener en cuenta que Maimónides es personalísimo; en esto se diferencia mucho de su contemporáneo y coterráneo Averroes. Éste es famoso por ser el autor del comentario de Aristóteles, en tres órdenes: el grande, el medio y el pequeño comentario. Es, indudablemente, una obra magna, inmensa. Lo que hizo él es seguirlo de un modo muy prieto a Aristóteles, y así como algunos comentaristas no lo entendieron claramente, él lo esbozó claramente. En cambio, no sabe él enfrentarse con independencia y quedar personal ante la gran figura de Aristóteles. Maimónides sabe retener el índice de personalidad. Contraría, refuta; recaba su independencia.

Maimónides tiene doble mérito: por la manera enciclopédica de su obra, y por el índice de personalidad, independencia, con que la realiza. Esta posición de independencia en el siglo XII parecía imposible. Era tal el prestigio, la fama de Aristóteles, que parecía totalmente imposible discutirlo, enfrentarse con él. Maimónides se anticipa a su época y así prepara la Sorbona, a Alberto Magno, a Santo Tomás de Aquino. Éstos siguieron a Maimónides, comenzaron a sentirse independientes y a limitar aquel imperio de Aristóteles.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Daré unos cuantos datos biográficos porque siempre la vida, la persona está en relación con la obra.

Nació en Córdoba en 1135, de una familia de rabinos. Su padre había estudiado en la celebérrima escuela de Lucena, población totalmente judía. Pero les esperaba a los judíos de Andalucía una crisis. Fué la avalancha de una raza invasora que cercenó la vida judía y cristiana de Andalucía. Los invasores almohades negaron toda tolerancia a los judíos. Maimónides y su familia emigraron, y según parece, simularon profesar otra fe que la propia. Pasó una época de su vida en Fez. Algunos dicen que jamás simuló su judaísmo. Pero tuvo que hacerlo, porque Fez pertenecía a los musulmanes. Durante una breve época de su juventud, de doce a trece años, él tuvo que esconder su judaísmo. Luego dejó aquel imperio almohade y emigró hacia Egipto, gobernado por Saladino, príncipe humanista y tolerante. Allí, donde vivió con su padre y su hermano David, pudo trabajar. David se dedicó al comercio, pero naufragó en una expedición a las Indias. Maimónides se hizo cargo de la viuda y los huérfanos. Pero nunca abandonó los estudios.

Su formación era enciclopédica: formación filosófica, teológica, médica —pues profesó la medicina—, astronómica, botánica. Una formación global. Pero emerge, resplandece en él la calidad del filósofo; un espíritu realista, logicista, un afán de análisis, un prurito de racionalización.

El ansia de racionalidad es la nota característica de nuestro Maimónides. Hasta entonces, no había sido lo corriente: había imperado la corriente neoplatónica. Ésta no peca de racionalizadora, de intelectualista; tiende más al misticismo. Todos los neoplatónicos eran fieles al ideal extático, intuitivo, de los neoplatónicos orientales.

Esta búsqueda de racionalidad, este afán de análisis ya se encuentra, en parte, en un antecesor de Maimónides, un español: Abraham ben David de Toledo, que hizo una obra teológica, *La fe sublime*, y otra histórica. En la teológica combate a los neoplatónicos. Él fué uno de los primeros que rompió lanzas con los neoplatónicos; estaba en la corriente aristo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

télica, conoció la enciclopedia lógica de Aristóteles. Esto explica su ansia de racionalidad.

Ese designio encuentra en Maimónides su máximo coeficiente. Su vida filosófica es un voto en favor de lo racional, de lo lógico. En Egipto tiene que cuidar de su familia, y dedicarse a la medicina. Tuvo un gran éxito, descolló entre propios y extraños, judíos y musulmanes. Fué nombrado médico del visir de Saladino. Vivía en un barrio cercano; llegaba en las primeras horas de la mañana al palacio del visir, cuidaba del visir y los parientes, y volvía a su casa después de mediodía, sin haber comido aún. Allí se encontraba con una turba de enfermos que habían invadido su casa y necesitaban de su cuidado. Y a ellos se dedicaba, cansado y famélico como estaba.

Esto tiene doble mérito. Alterna la medicina con la filosofía. Fué Maimónides un gran médico. Se cuenta que Ricardo Corazón de León, que estuvo en la Tercera Cruzada en lucha con Saladino, sabiendo la gran fama de Maimónides, le requirió que fuera su médico, pero él se negó.

Como médico escribió varias obras. Rabí Kroner publicó algunas de sus obras sobre el asma, la dieta, comentarios a los aforismos de Hipócrates. También un médico, el doctor Max Mayerof descubrió y publicó, en el Instituto de El Cairo, una obra donde se estudian las aplicaciones terapéuticas de las plantas. Es, quizás, dentro de la bibliografía, que hace selva, de tratados de terapéutica de la época, de los más completos.

Junto con esta afición médica y farmacéutica, se distinguió en astronomía y cálculo del calendario.

Luego, como espíritu rector de su época, tuvo una abundante correspondencia. Le caen por docenas las consultas. Los rabinos tienen mucha correspondencia. Nuestro Maimónides, más que consultas de carácter jurídico o ritual, tiene consultas de carácter teológico y filosófico. Entonces en el Yemen había antisemitismo y los judíos creían que esa persecución era un presagio del Mesías. La apocalíptica de los judíos los llevaba a esa interpretación. Maimónides, racional, ecuánime, sereno, procura deponer la desazón y consolidarlos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Maimónides generalmente escribía en árabe, lengua científica de la época. En hebreo sólo escribió para cuestiones

internas de la sinagoga. Los judíos cuidaron de traducir sus obras del árabe al hebreo. Tuvieron una gran escuela de traductores, en el Languedoc, con la familia de los Ibn Tibbón.

Una cuestión importante entonces era la de la compatibilidad entre la astrología y la Biblia.

En toda la antigüedad pagana, incluso Ptolomeo y sus discípulos, aunque fueron ellos un gran ejemplo de razonamiento, todos estuvieron dedicados a las mánticas. Ptolomeo, autor del *Almagesto*, suma de astronomía, es también autor de una suma de astrología. Toda la antigüedad clásica profesó de un modo constante la astrología y las otras pseudociencias: nigromancia, oneirocrítica, etc. A Maimónides llegaba ese acervo de obras de la antigüedad; en esas obras, profesen o no los autores la teoría de la astrología, nuestro albedrío depende del horóscopo. Pero, ¿cómo se compagina esto con la Biblia?

Ésta fué la consulta que propusieron los traductores del Languedoc que cuidaban de la traducción de sus obras. Maimónides les contestó en términos categóricos. Él niega la valencia de la supuesta astrología, de las supuestas mánticas.

La tradición viva de la sinagoga es fiel al mensaje de la Biblia de que hay albedrío. El dios bíblico nos requiere el albedrío. Hay un postulado bíblico que dice: "Todo depende de dios menos el temor de dios". Esto es un axioma que parece aliteración y juego de palabras; pero ahí tenemos los dos polos en que se movía la inteligencia, entonces. En la paganía todo dependía del curso de los astros; en la Biblia todo depende de dios, de la providencia, menos el temor de dios: la sumisión que hacemos de nuestra persona a él depende de nosotros, porque él nos lo requiere, como el padre concede a su hijo cierta libertad.

Maimónides tenía antecedentes. El presentar esa posición libérrima de independencia frente a la tradición pagana aristotélica ya tenía antecedentes en la tradición bíblica. Aristóteles era el coloso de la ciencia, que nadie osaba discutir: el imperio de Aristóteles fué enorme en la Edad Media; era sagrado. Es mérito de la tradición bíblica haber bregado en bien de la independencia y la ciencia. La posición de independencia no era frecuente; la moda, lo que se aceptaba, lo que

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

deleitaba, era esa secuencia, esa dependencia. Maimónides se manifiesta con admirable independencia y consecuencia racional.

En la Edad Media la filosofía casi se confundía con la teología; la filosofía era la criada, la doncella, en función de la teología. Maimónides intenta la armonía entre la revelación y el raciocinio.

Una de las obras que hizo desde este punto de vista fué *Sirach,* comentario al Talmud. Éste era el fruto de largas generaciones de maestros que procuraron ilustrar la ley bíblica y oral; quieren dilucidarla para comprenderla mejor, ver sus aplicaciones, etc. Cada rabino agregaba comentarios con cierto designio filosófico abstracto, pero la forma de ese comentario no era nunca aristotélica. Esos rabinos que vivieron en Babel, la antigua Babilonia, no siguieron la lógica de Aristóteles, el *Organon.* Hay cierta lógica envuelta, quizás, en el lenguaje oriental. El Talmud, por su forma, es oriental. Pero nuestro Maimónides, occidental, quiso iluminar todo ese bagaje del Talmud según esa lógica nueva; veía que era farragoso y quiso transformar el caudal enorme de la exégesis talmúdica en una cosa más ordenada, más sistemática: esto es el *Sirach,* escrito en árabe. Se sitúa en una posición de exigencia filosófica, lógica, organizadora, que es al mismo tiempo asequible: estamos en terreno occidental.

En esa obra, al comentar una parte del Talmud, halla las sentencias de los rabinos; esas sentencias son apotegmas, reflexiones, proverbios. Él escribió, para proceder al comentario de los aforismos de los rabinos, unos capítulos esquemáticos. En esta forma, pone un prólogo a todo ese libro oriental, lo precede de un prólogo sistemático, que es una especie de esquema de ética. En ese libro de ética habla de qué es la naturaleza del hombre, de la naturaleza del alma. Y luego habla de los defectos, de las transgresiones éticas. Es decir, primero habla sobre el alma y sus facultades, que entiende son cinco, siguiendo el sistema aristotélico: el alma es virtus vegetativa, virtus sensitiva, virtus imaginativa, virtus apetitiva y virtus intelectiva. Luego habla de las caídas, fallas, perturbaciones, transgresiones. Luego de las enfermedades morales y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su terapéutica: cómo se puede corregir a un avaricioso y hacerlo caritativo. Y todo esto lo presenta con un bien marcado sentido realista. Pues bien, el realismo no parece cosa oriental. En Maimónides siempre hay un sentido de realismo respecto a las cosas. Luego habla del libre albedrío.

Los aristotélicos, los averroístas, negaban la libertad: todo dependía de las estrellas, del movimiento de las esferas.

Maimónides dice: (del capítulo VII: *De lo natural en el hombre.* Me valgo de la selección de la obra de Maimónides, en la excelente edición de la Sociedad Hebraica Argentina, realizada en Buenos Aires, en 1935; tiene un apéndice donde está este prólogo de Maimónides).

"Tú, lector, sabe que el punto sobre el cual concuerdan a la vez nuestra doctrina religiosa y la filosofía griega y que corroboran pruebas perentorias es que todas las acciones del hombre surgen de él mismo, que ninguna necesidad pesa sobre él a este respecto, y que ninguna fuerza extraña le obliga a atender a una virtud o a un vicio, a menos de una predisposición de temperamento que, como lo hemos explicado, le hace una cosa fácil o difícil; pero, de ninguna manera que sea en ello constreñido o impedido. Por otra parte, si el hombre fuese constreñido para sus acciones, los mandamientos y las prohibiciones de la ley divina se tornarían sin objeto, y toda la legislación mosaica sería absolutamente vana al no poseer el hombre la libre elección de sus acciones; y semejantemente, resultaría de ello la inutilidad de la enseñanza y de la educación, como del aprendizaje de las profesiones; todo esto sería vano, por no poder el hombre absolutamente, según los partidarios de esa opinión, resolverse, estando constreñido por una causa exterior a cumplir tal acción, a adquirir tal ciencia y a contraer tal o cual manera de ser. Además, la recompensa y el castigo serían entonces una pura injusticia de parte de los hombres entre sí y de parte de otros respecto de nosotros, pues si Simón mata a Rubén, debiendo el primero necesariamente matar y debiendo el segundo necesariamente ser matado, ¿por qué razón castigaríamos a Simón?; y ¿cómo (dios) que es justo y leal, podría castigarlo por un acto que ha debido cumplir necesariamente y del cual no habría podido dispen-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sarse, aunque lo hubiese querido? Y serían igualmente sin objeto todas las disposiciones, cualesquiera que sean, como la construcción de casas, la adquisición de víveres, la fuga ante un peligro y otras cosas análogas, por deber cumplirse inevitablemente los acontecimientos pre-decretados".

Su estilo es claro, contundente.

Lo general, lo corriente en los medios intelectuales de entonces era profesar el fatalismo. Era lo normal entre los árabes. Recuerdo una escena típica: en un dibujo de una escena del siglo XI, aparece el Rey de Taifas de Toledo, un pobre infeliz, el cual tuvo que abandonar la ciudad de Toledo, su capital, que iba a ser conquistada por los cristianos. Le aconsejaban trasladarse a Valencia. El dibujo es la explicación de lo que dicen los cronistas; afirman que salió de su corte el infeliz príncipe con un astrolabio, para ver si la hora de su partida era propicia.

El profesar la astrología era lo corriente. Por ello el mérito de la posición de Maimónides hay que cotizarlo en grado sumo.

Es evidente que la ciencia europea ha progresado de modo asombroso. En tres siglos hizo Europa lo que no hicieron casi en tres milenios los orientales, los egipcios, los griegos mismos. Es muy posible que ese salto, ese milagro se deba a haberse emancipado de la astrología y otras falsas ciencias; de las mánticas, de aquellas que atribuían influencias especiales a las vísceras, a las piedras preciosas, etc.

En ese comentario hay también otra posición que nos revela esa ansia de intelectualidad, de racionalidad de nuestro Maimónides. El clima europeo de racionalidad se conquista poco a poco, y él es uno de los principales iniciadores. Esto hay que dejarlo bien sentado: es uno de los que principalmente influirá en el medio ambiente europeo con ese sentido, esa ansia, ese designio de racionalidad. Pues bien, él ya procura esquematizar, organizar todo lo anterior. Lo organiza de un modo muy sistemático, y de ahí hace emerger las líneas principales del edificio de la teología judaica de su época.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Fué combatido con intensidad, pero el mérito que le corresponde a Maimónides nadie puede refutarlo. Él convirtió

aquel caos del Talmud en un edificio con sus líneas organizadas; los trece dogmas tienen verdades fundamentales a modo de puntos de referencia directrices. Hay cinco referentes a dios, al ser primero, insistiendo sobre su existencia personal. El neoplatonismo lleva casi fatalmente, en general, al panteísmo, a la confusión entre criatura y creador. Los neoplatónicos dicen que hay emanación, que hay irradiación, no creación. Él sienta como primera base la existencia de un dios personal. Unidad, sentido de simplicidad, es la segunda. El panteísmo oriental carecía de unidad, era algo borroso. Maimónides reclama, exige unidad, simplicidad interna. Luego, espiritualidad. Así como en el sistema neoplatónico se hace una confusión entre lo corpóreo y lo incorpóreo, y se atribuye a los ángeles materia, él reclama para ese primer ser simple, único, la espiritualidad y la eternidad.

Y luego también se opone a los neoplatónicos diciendo que no ha menester de intermediarios. Los neoplatónicos, para llenar el abismo que hay entre la primera causa y lo causado, apelaban a los intermediarios: no es posible poner la causa simple y de inmediato lo compuesto. Él dice que no, que aquel primer ser no ha menester de intermediarios. Es una réplica decidida al sistema neoplatónico.

Luego de haber sentado estos principios en relación a dios, que forman como un tratado *De deo*, habla de otros cuatro.

Habla de la relación entre esta causa primera, dios, y el mundo de los humanos. Él también reclama una providencia omnisciente. Esto estaba negado por muchas escuelas; Aristóteles no lo admitía; tampoco lo admitía Averroes. Los averroístas fueron serviles en esto a Aristóteles. Dicen: ese ser causa primera, pura y simple no puede enterarse de lo compuesto; por el simple hecho de percibir lo compuesto se le atribuye composición. La providencia omnisciente, la ciencia divina de lo complejo —suponen— daría a la causa primera, composición. Por eso niegan la providencia omnisciente: dios, ese primer agente que impulsa la primera materia, no se ha enterado ni se entera, está en las tinieblas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bien, Maimónides defiende la providencia omnisciente. Esto no supone en dios composición —afirma—. Sentado esto,

la providencia omnisciente, ya es posible la retribución. Es una marcha sistemática. Aceptada la providencia omnisciente es posible la retribución, el Mesías, y por último la piedra de escándalo para los aristotélicos, la resurrección de los muertos. Maimónides defiende la posibilidad de la resurrección de los muertos.

De la providencia pasa a algo bíblico: la profecía. ¿Es posible la profecía como una gracia de lo sobrenatural?

Para muchos, la profecía era una cosa natural, una sublimación de las facultades, un éxtasis, un rapto natural. En la Biblia hay otros profetas, aparte de los israelitas: Balaam, por ejemplo.

Maimónides sostiene la posibilidad de que dios conceda la facultad de profetizar, pero que no la otorga a quien tiene sus potencias descuidadas, viciosas. Luego afirma que la profecía bíblica es la primera entre todas las posibles. Define la profecía y luego su perennidad. Aquí conviene destacar la forma, la gradación. Se respira un ansia de estructuración sistemática: éste es su valor filosófico y tuvo influencia marcada.

Escribió otra obra en hebreo: *Mischné-Torá* (*Segunda Ley*). Pudo apreciar que sus correligionarios no podían enfrascarse en obras tan largas como el Talmud y les dió un resumen, escrito en hebreo. También a este resumen lo precede un prefacio donde resplandece el designio lógico, filosófico, intelectual.

Por fin llegamos a la obra ingente, la principal, la *Guía de los vacilantes*, escrita en árabe, luego traducida al latín. Fué una fuente formal, no de datos sino de estilo, de manera de educación. Esa obra educa en buena parte a los escolásticos, les infunde el designio de organización.

A fines del siglo XII había espíritus que tenían sus crisis, que no sabían compaginar la ciencia alejandrina con la tradición bíblica. Él procura armonizar, poda ciertos elementos; concede que hay pasajes de la Biblia que no deben tomarse al pie de la letra, que hay expresiones metafóricas. Maimónides purga, elimina mucho. Los tradicionalistas seguían punto por punto sin aceptar la más ínfima variación. Él hace un estudio gramatical y hasta lógico; valora, aprecia el contenido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

real de los giros y expresiones. Luego pasa revista a teólogos y filósofos árabes de los cuales discrepa. Estos teólogos *mutakalimes* árabes tenían el mismo designio que Maimónides: concertar el legado alejandrino con la revelación. Establecen que en la vida no hay ley. Todo es pura apariencia y costumbre. Cuando cae una piedra es dios quien la va guiando y haciendo caer. No hay causas segundas, no hay ley física, química, biológica. Dios es el único actor.

Esto resulta terrible, es completamente acientífico; es ponerse en el polo opuesto a lo griego: no cabe ley alguna y todo se reduce a estadísticas. Con todo ello profesaban teorías atómicas: dios creaba átomos cada momento, pues él era el único actor de la existencia.

Maimónides no puede admitir eso. Para defender máximamente el monoteísmo no admite que se apliquen a dios atributos positivos. Dios es infinito, increado, simple, no compuesto. Lo que predicamos de dios lo hacemos, gracias a nuestro criterio analógico, por analogías. La misericordia que atribuímos a dios es diferente de la nuestra.

Maimónides era tan estrictamente intelectual, que tenía resquemor de los poetas que juegan con las palabras. El poeta tiene intimidad excesiva con dios y esto rebaja a dios. Hasta llega, a veces, a criticar la libertad de expresión metafórica; esto es un peligro.

Maimónides no admite totalmente la física de Aristóteles, que retrasó en grave manera el avance de la física. Él dice que el fin de la creación es la perfección formal; lograr el máximo de perfección de un ser humano, arquetipo de la creación. Como Maimónides cree que lo específico en el hombre es el alma intelectiva, para él la meta es lograr el máximo rendimiento de nuestra intelectualidad. A veces es demasiado intelectual, rígido.

Debemos reconocer que su influencia fué enorme y específica. No fué influencia de detalles sino de forma, de estilo, de manera. Santo Tomás de Aquino lo cita frecuentemente y lo sigue; lo tiene sobre su mesa de trabajo. También Leibniz y Spinoza en gran parte, pero Spinoza cae en el panteísmo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Podemos afirmar que la valencia de esta figura, su significación ha llenado toda una época en la vida filosófica de Europa.

Versión taquigráfica de la conferencia pronunciada en el Colegio, el 4 de mayo de 1951.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Gregorio Halperín

El 6 de junio falleció en Buenos Aires el doctor Gregorio Halperín, profesor del Colegio Libre y miembro de su Consejo Directivo.

"La Nación" del día siguiente lo evocó con ajustados rasgos:

"Sin hurtar su esfuerzo a las empresas de bien colectivo, sin sustraerse al cumplimiento de lo que conceptuaba su deber en los dominios de la cultura o del civismo, Gregorio Halperín había buscado, sin embargo, en el retraimiento de las grandes manifestaciones exteriores, el ambiente propicio para su trabajo metódico, para el desarrollo de su clara enseñanza, para su frecuentación deleitosa —y siempre tan benéfica para todos— de los grandes maestros y de las obras señeras. Era, esencialmente, un estudioso; un infatigable estudioso. Poseía una cultura densa y vasta en las más diversas disciplinas. Del educador auténtico tenía la sólida doctrina, la concepción rápida, el conocimiento íntimo del alma de los adolescentes, y una preparación que, sumada a su vocación entrañable, le permitía suscitar la admiración, el afecto, la simpatía de sus alumnos. Se lo advirtió cuando, a fines de 1944, dejó, tras veinte años de labor afanosa, sus cátedras del Instituto Nacional del Profesorado Secundario. Experto latinista, había creado allí discípulos hechos a su imagen y semejanza. Pero, sobre todo, había formado espíritus, alentado anhelos, creado en muchos la devoción por las grandes y nobles cosas que animaban la suya. Y todo ello con cierta lejanía aparente, que le hacía hablar poco de sí mismo pero mucho y con sabiduría de todo aquello que despertaba su interés o alumbraba su pasión. Porque era, en efecto, capaz de apasionarse por la defensa de una idea, o por la afirmación de un principio de buen gobierno educacional, como lo demostró en su desinteresada campaña de la Liga del Profesorado Diplomado. Pero la biblioteca y el aula eran sus naturales centros de actuación, y cuando se vió en la necesidad de dejar la cátedra oficial, todavía siguió vinculado al Instituto Libre de Segunda Enseñanza, actuó como secretario de la Cátedra Sarmiento del Colegio Libre de Estudios Superiores, fué miembro del consejo directivo de éste, dirigió en él seminarios en que se ahondaron problemas fundamentales de lengua y literatura latinas, o dictó cursos o escribió libros que vinieron a sumarse a sus ediciones críticas de los años mozos —tal la del *Romancero del Cid*—, a sus cuidadas versiones del latín, como la de los *Principia*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

philosophiae de Descartes; o del italiano, como los *Ensayos críticos*, de Francesco De Sanctis.

"Gregorio Halperín se extinguió así, marcado ya desde hace algunos años por un sino implacable, entre sus libros predilectos, con la pluma en la mano: preparaba su segundo curso de latín, para completar el primer volumen, valioso de contenido y de método, editado en 1950, a poca distancia de su *Manual de latín para juristas*.

"Había nacido en 1894, y se había graduado en 1918 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Durante dos largas décadas enseñó latín y literatura latina a los futuros profesores de castellano y de historia en las respectivas secciones del Instituto Nacional del Profesorado Secundario, y dictó las cátedras de castellano y literatura en la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini. Fué presidente del primer congreso de profesores diplomados (1932), coautor de los programas de castellano y literatura para la enseñanza media (1937), comisionado por el Ministerio de Instrucción Pública para estudiar en Francia e Italia la orientación y los métodos de enseñanza de la lengua materna y su literatura (1930)".

Con motivo del fallecimiento del profesor Halperín, el Colegio suspendió sus clases del 6 de junio, invitó a profesores y alumnos al sepelio, y nombró para hablar en ese acto al doctor Roberto F. Giusti. En el cementerio de la Chacarita se reunieron colegas, ex alumnos, amigos del profesor Halperín, que despidieron sus restos en conmovido recogimiento. Habló en primer término el doctor Giusti, expresándose así:

"La muerte de Gregorio Halperín, demasiado temprana por lo que prometía su madurez laboriosa, contrista hasta las lágrimas. Los que fueron sus discípulos y todos sus amigos hemos seguido con angustia las alternativas de su larga y cruel enfermedad. Quizás el más sereno era él. El conocimiento de hombres como nuestro amigo devuelve la fe, aun al más pesimista, en la condición humana. Sin énfasis, sin dejarme transportar por las efusiones del corazón, digo que era un dechado de perfección moral. A una extremada delicadeza de sentimientos, nunca ostentada, siempre probada, unía una rectitud de conducta que hacía de él el varón probo retratado por los antiguos. Yo no sé si fueron las letras latinas por él estudiadas con tanta devoción, las que le ofrecieron el modelo de vida al que conformó sus actos, o si éstos fueron natural proyección de su íntima belleza moral; me inclino a creer que su noble carácter fué puliéndose a través de los años en la contemplación de ese espejo hasta alcanzar el ajuste del ser a la imagen ideal formada sobre Livio, Cicerón, Séneca y Horacio. Todo ello manifestado sin ninguna rigidez libresca, con la naturalidad con que da las más bellas flores la planta de sana raíz cultivada por el sabio y celoso jardinero. Sin ceño ni aspereza perteneció a la escuela estoica. Fué sereno, valiente y sufrido. Dueño de sí mismo por su esforzado ejercicio de la voluntad,

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

gobernaba y enfrenaba sus más intensas emociones sin dar jamás una nota disonante; y tratándose de sus personales disgustos y penas, los escondía púdicamente, trasparentándolos apenas en la melancólica, resignada sonrisa, sin ofrecerse nunca como espectáculo a la compasión ajena, tampoco cuando se le clavaban en el pecho las agujas lancinantes del dolor.

"Su mente fué tan hermosa como su corazón. La ponderación y la probidad de su juicio formaban un conjunto armonioso con el equilibrio y la rectitud de su conducta. Poseía una inteligencia clara y aguda. La ironía era en sus juicios sobre los hechos y los hombres, no una áspera arista sino el exacto complemento impuesto por la visión perspicaz de las cosas, las cuales suelen siempre mostrar ambas caras opuestas al lúcido observador. En cualquier circunstancia en que se le pidiera consejo, podía fiarse en su tino. Lo mismo ocurría cuando se le consultaba sobre las materias de su especialidad, que eran muchas: letras, filología, historia, derecho. Era el hombre que sabía siempre con rigor y precisión. Iniciado en el estudio de las letras antiguas bajo la dirección de un gran maestro, Francisco Capello, y de un profesor docto y exigente, Rómulo Martini, él también fué ambas cosas. El calificativo de humanista, en su cabal acepción, no le viene ancho, por más que su modestia pareciera esquivarlo. Naturalmente y sin contradicción aparente ni íntima, la cultura latinocristiana habíase fundido en su mente y en su alma con la heredada, de estirpe hebrea, la cual sin duda le había prestado su fervor por el estudio, su tenacidad en el trabajo, su vasta curiosidad intelectual, su espíritu de independencia. Duele pensar que nuestras facultades universitarias pudieran privarse tan despreocupadamente de su enseñanza. Pero en las aulas del Instituto Nacional del Profesorado él formó una legión de alumnas y alumnos de tal competencia, que dudo hayan salido mejores latinistas que ellos de otra ninguna escuela superior argentina en el último cuarto de siglo. Era exigente porque su ciencia no era de bambolla y porque tenía el concepto profundo de la seriedad de la cultura; exigente con severidad pero sin desabrimiento, a veces también irónicamente indulgente con los flojos; pero pronto la tenaz labor daba sus frutos, que eran el entusiasmo parejo con que sus discípulos acompasaban el paso con el suyo, acompañándolo atentos y comprensivos, y haciendo tesoro de su enseñanza. Ésta ya comenzaba a dar otros frutos sazonados, sus libros, el *Manual de latín para juristas* y los dos excelentes textos de latín compuestos para la enseñanza secundaria, en los que trabajó heroicamente durante su enfermedad. Todavía en el umbral de la muerte, martirizado por los espasmos del pecho, corregía anteayer las pruebas del segundo curso. Pero los libros no fueron para él letra muerta, no lo confinaron espiritualmente en el cerrado recinto de las bibliotecas. También le interesaban la vida que pasa, la cultura activa, los destinos de su país y de la humanidad. Cuando creyó que era su deber no permanecer indiferente ante el derrumbe de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

nuestras instituciones libres, él, apasionado por la justicia y la libertad, se afilió al Partido Socialista y lo sirvió con dignidad y sin ninguna ambición. Además se retiró, callada pero significativamente, de las cátedras oficiales, sólo continuando en las del Instituto Libre de Segunda Enseñanza y abriendo aula de latinidad en el Colegio Libre de Estudios Superiores, a cuyo Consejo Directivo pertenecía. En éste su voz era de las más escuchadas. Solamente nosotros sus compañeros podemos medir cuánto perdemos con su desaparición, que constituye una verdadera desgracia para el Colegio. Es ese sentimiento unánime de gratitud y de pesar de mis colegas el que se ha expresado en mis palabras. Pero yo le debía este testimonio de amigo al hombre bueno, afectuoso, afable, servicial, abnegado; y el de la justicia a sus admirables prendas intelectuales y morales. Su recuerdo nos será siempre dulce y alentador."

Por el Instituto Libre de Segunda Enseñanza habló el doctor Oscar Enrique Andrieu; en nombre de los profesores del mismo establecimiento, el doctor Leopoldo Garcés Castiella; por el Centro de Profesores Diplomados de Enseñanza Secundaria, el doctor Juan S. Valmaggia; por los ex alumnos del Instituto del Profesorado Secundario, el profesor Salvador R. Vicini; por los que colaboraron más íntimamente en la acción del profesor Halperín al frente de la Liga del Profesorado Diplomado, el profesor Esteban F. Rondanina. Todos exaltaron los singulares valores morales e intelectuales del maestro desaparecido.

El Consejo Directivo del Colegio, reunido en sesión especial, resolvió rendir homenaje al doctor Halperín, en un acto que coincidirá con el cierre de las clases del año.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Francisco de Aparicio

En su quinta de José C. Paz (Provincia de Buenos Aires), murió el 22 de junio el profesor Francisco de Aparicio. Geógrafo y arqueólogo, en libros, folletos y comunicaciones describió sus viajes por todo el país y enunció sus hallazgos. Había nacido en 1892, en la Capital Federal. Fué profesor de arqueología americana en la Universidad Nacional del Litoral y en la de Buenos Aires; también enseñó su especialidad en Brasil, Chile y Perú. Presidió la Sociedad Argentina de Antropología y dirigió prestigiosas publicaciones especializadas. En el Colegio dió varios interesantes cursos; el último, en 1950.

En el cementerio de San Miguel, donde fué sepultado, hablaron los profesores Julio E. Payró, en representación de la Academia Nacional de Bellas Artes, y Fernando Márquez Miranda, por la Sociedad Argentina de Antropología.

Dijo al comenzar el profesor Payró: "Don Francisco de Aparicio ocupaba su sitial en la Academia desde hace casi diez años. Su vigorosa y seductora personalidad le conquistó muy pronto, con la admiración y la simpatía de los miembros del Cuerpo, un poder de gravitación considerable en las deliberaciones y realizaciones académicas". Después de refirmar estos conceptos, continuó: "Dondequiera tuvo oportunidad de actuar, como profesor querido de los estudiantes secundarios, como catedrático de dos universidades, como director del Museo Etnográfico, como conferenciante, investigador, descubridor, escritor erudito y elegante, se destacó su figura de singular relieve intelectual y humano. En el terreno artístico tuvo larga y fecunda actividad: como crítico agudo y valiente en sus mocedades; como gustador y asiduo estudioso del desarrollo del arte en su edad madura; también como afectuoso animador de los jóvenes talentos".

Resumió así el profesor Payró las múltiples actividades de Francisco de Aparicio: "Podría decirse que fué, esencialmente, un gran historiador. Y lo fué porque, amando la vida en todas sus manifestaciones, sintiendo ávida necesidad de conocer y comprender las manifestaciones vitales más diversas en todos los ámbitos, todas las épocas y todos los individuos más singulares del pasado y del presente, se dedicó a la historia sin encerrarse en una angosta especialidad, sino convirtiéndola en algo así como el núcleo central de amplísimos estudios humanísticos y fué un gran historiador de América porque amaba extraordinariamente a su patria y de ella quiso saber todo lo que le era posible descubrir, hurgando en su historia y su prehistoria, relacionándola con el resto del Continente, buscando en los libros y los archivos, en la superficie de la tierra y hasta bajo tierra los datos, los documentos, los signos, los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

rastros, las reliquias que le permitieran determinar la realidad americana de ayer. Y no menos pasión sentía por conocer y juzgar su realidad de hoy. Tenía el orgullo de ser argentino, la profunda satisfacción de subrayar en todo momento, hasta en sus hábitos, sus actividades, su acento mismo, su condición de criollo".

"Era Francisco de Aparicio uno de los más reputados exponentes de la que he llamado la tercera generación de los arqueólogos argentinos", principió afirmando el profesor Márquez Miranda, y continuó: "puede afirmarse que el conjunto de sus trabajos proseguirá siendo consultado con provecho y que algunas de sus obras constituirán jalones en el conocimiento de nuestro pasado más remoto". Citó entonces sus monografías sobre la edad de piedra de los aborígenes cordobeses y sobre la vivienda natural de la región serrana, así como sus estudios sobre el litoral paranaense y la provincia de los comechingones. Recordó los años de la niñez y de la adolescencia luchadora, mientras leía y meditaba, y lo situó entre los jóvenes que se agruparon en torno de la revista *Ideas*, donde hizo crítica literaria. Luego su contacto con Ambrosetti y con Outes, en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, le mostró el camino, y la designación de profesor titular de arqueología en el Instituto del Profesorado de Paraná definió su vocación. Vino después "una década de trabajos, de estudios, de investigaciones fecundas". Luego el Congreso de Americanistas de Sevilla, seguido de un viaje por España. En la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid trazó un panorama de la arqueología argentina, conjuntamente con el profesor Márquez Miranda. Recordó éste las circunstancias de ese viaje, que le permitió intimar con el profesor Aparicio, y más adelante los años en que presidió la Sociedad Argentina de Antropología, desde donde provocó un acercamiento general entre quienes cultivan las disciplinas antropológicas. "Su buen gusto innato, su escrupuloso cuidado de los detalles, su fino sentido de la medida crearon el modelo de los pulcros volúmenes de *Relaciones* de la institución." Recordó después su labor de organización del Museo Etnográfico, sus trabajos en Gaea y en la Academia de Bellas Artes, y comparó todos estos trabajos serios con la expresión de otra faz del espíritu del profesor desaparecido: "tenía Aparicio una visión humorista del mundo, que su palabra sabrosa sabía traducir donosamente, para deleite de interlocutores". Recordó por fin que en los últimos años de su vida "con generosidad intelectual de gran maestro, dedicaba mucha parte de su tiempo a crear discípulos, a enseñarles el oficio de arqueólogo". Así, los jóvenes solían invadir la quinta de José C. Paz. De ahí nació el centro juvenil Akida, que los ha agrupado con lazos científicos cordiales.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Las palabras finales del profesor Márquez Miranda fueron una evocación de Francisco de Aparicio en su hogar, trabajando ya en su rica biblioteca, ya en su quinta.

Vida del Colegio

ACTIVIDADES DE ABRIL, MAYO Y JUNIO

JOSÉ BABINI: **Curso de matemáticas**, los miércoles, de 16 a 18. Desde el 4 de abril al 16 de mayo.

Historia de la ciencia, los miércoles, a las 19. Curso anual; comenzó el 4 de abril.

La ciencia en la Argentina en las últimos cincuenta años, el viernes 22 de junio, a las 19. Conferencia correspondiente al balance del medio siglo.

GUIDO BECK: **El desarrollo de los conceptos de la física teórica durante los últimos cincuenta años**, el viernes 27 de abril, a las 19. Conferencia correspondiente al balance del medio siglo.

CARMELO M. BONET: **La novela argentina en el siglo XX**, los lunes a las 19. Desde el 7 de mayo al 25 de junio. Se reanudará en setiembre. Curso correspondiente al balance del medio siglo.

JORGE LUIS BORGES: **Herman Melville**, los viernes 6, 13 y 20 de abril. Cursillo dado en el centenario de la publicación de **Moby Dick**.

Franz Kafka, los viernes 4, 11 y 18 de mayo. Cursillo correspondiente al balance del medio siglo.

James Joyce, viernes 8, martes 19 y lunes 25 de junio. Cursillo correspondiente al balance del medio siglo.

PATRICK O. DUDGEON: **Lecturas comentadas de poesía inglesa**, los lunes, a las 19. Curso anual; comenzó el 7 de mayo.

VICENTE FATONE: **El medio siglo de filosofía.** Ciclo de conferencias en colaboración con Francisco Romero y José Babini. **El neoidealismo**, el martes 3 de abril, a las 19; **El irracionalismo y el pragmatismo**, el jueves 5 y el martes 10 de abril, a las 19; **El neotomismo**, el jueves 19 de abril, a las 19; **El neorrealismo**, el martes 24 de abril, a las 19; **El existencialismo**, el jueves 26 y el lunes 30 de abril, a las 19. Ciclo correspondiente al balance del medio siglo.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Lógica moderna, parte I, los jueves, a las 18; del 5 al 26 de abril. Curso anual en colaboración con Rolando V. García y Gregorio Klimoski.

Filosofía comparada, los martes, a las 18; del 8 de mayo al 26 de junio. Curso anual; se reanudará en agosto.
Filosofía y poesía, los martes, a las 19; del 8 de mayo al 26 de junio. Curso anual; se reanudará en agosto.

ERNESTO E. GALLONI: **El desarrollo de la física experimental durante los últimos cincuenta años**, el lunes 23 de abril, a las 19. Conferencia correspondiente al balance del medio siglo.

ROLANDO V. GARCÍA: **Lógica moderna**, parte II, los jueves, a las 19; desde el 10 de mayo. Curso anual en colaboración con Vicente Fatone y Gregorio Klimoski.

SIMONE GARMA: **La vida francesa contemporánea**, los lunes, a las 18; del 2 al 23 de abril.

LUIS JIMÉNEZ DE ASÚA: **Criminología y derecho penal**, los jueves de junio, a las 19. Cursillo de cuatro clases.

SARA KURLAT DE LAJMANOVICH: **Curso de enseñanza de inglés**, miércoles y viernes, a las 18. Curso anual; comenzó el 4 de abril.

ARGELIERS LEÓN: **El folklore musical cubano.** Conferencia pronunciada el miércoles 4 de abril, a las 19; fué ilustrada con discos y cintas magnéticas sonoras.

JOSÉ MARÍA MILLÁS VALLICROSA: **Maimónides.** Conferencia pronunciada el viernes 4 de mayo, a las 18.
Grandes poetas hebraico-españoles. Conferencia pronunciada el jueves 10 de mayo, a las 19.

JOSÉ A. ORÍA: **Lenormand (1882-1951)**, los martes, a las 18 y los viernes, a las 19; del 3 de abril al 15 de mayo. Curso de nueve clases, correspondiente al balance del medio siglo.
La novela española del siglo XIX. De doña Emilia Pardo Bazán (1851-1921) al Padre Coloma (1851-1915), los martes, a las 18 y los viernes, a las 19; desde el 22 de mayo. Curso anual, correspondiente al balance del medio siglo.

RICARDO M. ORTIZ: **Economía portuaria**, los lunes, a las 21.30; del 7 de mayo al 4 de junio. Cursillo de cinco clases.

ALDO PELLEGRINI: **El arte abstracto. Su evolución y estado actual**, los lunes, a las 21.30; comenzó el curso el 14 de mayo.

HEBERTO A. PUENTE: **Curso de química**, los lunes, de 16 a 18. Del 2 de abril al 18 de junio.
Electroquímica (Introducción a la química física, parte II), los jueves, a las 19; del 5 de abril al 21 de junio. Curso anual; se reanudará en agosto.

EMILIO RAVIGNANI: **El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas**, los viernes 4 y 11 de mayo, a las 19. Conferencias en el centenario del pronunciamiento.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

FRANCISCO ROMERO: **El medio siglo de filosofía.** Ciclo de conferencias en colaboración con Vicente Fatone y José Babini. **El neokantismo**, el lunes 2 de abril, a las 19; **La fenomenología**, los valores

y el problema de la cultura. 1. El movimiento fenomenológico, el jueves 12 de abril, a las 19; 2. Los valores y la cultura, el lunes 16 de abril, a las 19. Ciclo correspondiente al balance del medio siglo. La filosofía moderna del Renacimiento a Kant, los viernes, a las 18. Curso anual; comenzó el 6 de abril.

Curso de seminario sobre algunos planteos del problema del hombre y del espíritu en la filosofía actual, los viernes, a las 19. Curso anual; comenzó el 4 de mayo.

JOSÉ LUIS ROMERO: Historia de la cultura. La Europa del "Trecento", los martes, a las 19. Comenzó el curso el 3 de abril.

Seminario de historia de la cultura: El delineamiento del espíritu burgués, los martes, a las 17; comenzó el 3 de abril.

EMILIO O. ROXIN: Curso de física, los viernes, de 16 a 18. Del 6 de abril al 18 de mayo.

ERWIN F. RUBENS: La Celestina, los martes, a las 19. Curso de ocho clases; comenzó el 17 de abril.

CONFERENCIAS-CONCIERTOS: Alissa, de Darius Milhaud, sobre textos de André Gide (La porte étroite). Intérpretes DORA BERDICHEVSKY (canto), JACQUELINE IBELS (piano), DANIEL DEVOTO (piano y comentarios). El jueves 19 de abril, a las 21.30. La canción tradicional en la música francesa contemporánea. Intérpretes: DORA BERDICHEVSKY y MARTHA MAILLIE (canto), DANIEL DEVOTO (piano y comentarios). El miércoles 16 de mayo, a las 21.30.

CINE: Proyección de documentales artísticos y científicos. En abril, dos sesiones de documentales franceses, los jueves 12 y 26. En mayo, tres; los miércoles 9 y 30, franceses, el miércoles 23, hindúes. En junio, dos sesiones de documentales británicos, los miércoles 13 y 27, siempre a las 21.30.

ACTIVIDADES DE LA FILIAL ROSARIO

El viernes 20 de abril, la filial rosarina reanudó sus actividades; dedicó su primer acto a honrar la memoria de Esteban Echeverría en el primer centenario de su fallecimiento. El secretario de la filial, ingeniero Cortés Plá, al inaugurar los cursos, comenzó recordando la labor cumplida el año pasado y enunció el plan de trabajo del corriente. Insistió en la finalidad cultural de la acción del Colegio y solicitó el apoyo y la opinión de los rosarinos, por cuanto —dijo— el Colegio desea servir los auténticos anhelos y necesidades educativas de todos los sectores. Finalizó explicando las razones por las cuales se había decidido inaugurar las actividades recordando la vida y obra de Echeverría, uno de los grandes hombres de la civilidad argentina. Acto seguido cedió la tribuna al profesor Juan Mantovani, quien desarrolló el tema: *Echeverría y la doctrina de la educación popular*, conferencia que publicamos en esta entrega de la revista.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El sábado 21 de abril ocupó la cátedra la señora Fryda Schultz de Mantovani, quien desarrolló el tema: *Hudson: naturaleza e infancia.*

Inició su exposición con breves palabras mediante las que, después de agradecer la tribuna del Colegio Libre de Rosario, dedicó su trabajo a Ezequiel Martínez Estrada a quien debía, dijo, su inclinación por Hudson. El escritor y el naturalista, pero sobre todo el hombre, constituyeron el objeto esencial de su ensayo; es decir, el creador visto a través de sus obras. Analizó la contemplación, la naturaleza evocada en la ausencia y los gérmenes pampeanos que quedaron en el espíritu de Hudson para rebatir, en el caso del escritor angloargentino, una de las afirmaciones de Schiller en su *Poesía ingenua y sentimental.* Dijo la señora de Mantovani: "Hudson contempla porque admira en las cosas naturales esa identidad que tienen consigo mismas, esa ley inalterable que las hace ser lo que han sido y lo que siempre serán, esa perfección que se manifiesta en el mundo visible; pero él, el contemplador, pretende sorprender, reproducir, palpar en sí ese secreto ritmo, ya que no siente cortado del todo el nexo que debe unir al hombre con su contorno". En *Green Mansions* cree advertir ese sentido similar de amor a la naturaleza y a la madre, "que es, acaso, una oscura deificación de la vida".

Dedicó la parte final de su conferencia a la concepción de la vida y del tiempo que se desprende de las obras de Hudson.

El domingo 22 de abril, la filial realizó su asamblea anual, en el transcurso de la cual se aprobaron la memoria y el balance presentados por el Consejo Directivo; se estudió el plan de labor a cumplir durante el presente año y se renovó la mitad del Consejo. Resultaron reelectos: Hilarión Hernández Larguía, Julio Mario Martín, José J. Bruera y David Sevlever, y electa Ana María Pusso.

Para firmar el acta respectiva se designó a Adolfo Elías y a Rodolfo A. Dietrich.

La Asamblea tributó un voto de aplauso al Consejo anterior por el empeño puesto en el cumplimiento de sus tareas.

Acto continuo, reunido el nuevo Consejo, se reeligió tesorero al arquitecto Hernández Larguía y protesorero al contador J. M. Martin; los otros electos se incorporaron como vocales.

Durante el mes de mayo se dió un cursillo, de dos clases, a cargo del escritor Roberto F. Giusti, sobre *Introducción a una estilística práctica,* los días 8 y 19.

Luego, conjuntamente con el Club Hebreo Argentino, el Colegio obtuvo la colaboración del destacado profesor español Dr. José María Millás Vallicrosa, quien los días 23 y 24 pronunció conferencias sobre los temas: *El neoplatonismo en la España medieval* y *La figura literaria y filosófica de Yehudá Ha-Levi.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El diario *La Capital,* de Rosario, comentó estos actos en los siguientes términos:

Con el auspicio del Colegio Libre de Estudios Superiores dictó Roberto F. Giusti sus anunciadas conferencias de *Introducción a una estilística práctica.*

El prestigioso hombre de letras comenzó por señalar el sentido que debe darse al concepto de obra literaria, al valor de las palabras y de su exacto empleo y a las relaciones entre pensamiento y lenguaje. Su posición, afirmada en la experiencia y en la opinión de destacados tratadistas, consistió en negar la distinción entre forma y fondo, entre la idea y la expresión; para él el pensamiento no alcanza a ser tal mientras no se expresa en la forma de la palabra; lo más que puede existir es un atisbo, un germen de pensamiento, un esbozo, que solamente en la expresión verbal se plasma de manera cabal y definitiva. De ahí pasó a establecer la relación entre la gramática y el estilo, destacando que aquélla es necesaria, "pero quedarse en ella es la muerte". Tal análisis le llevó al problema de la naturalidad en el arte, que no debe ser confundida con la espontaneidad. El concepto de la sinceridad fué asimismo estudiado por el orador, y de ello derivó al valor del sentimiento y la emoción en la obra artística, y a cómo ésta puede ser un obstáculo a la creación, si es demasiado viva; en cambio, cuando se evoca y se recrea, ella es el motor de la autenticidad.

En su segunda conferencia se entregó Giusti al análisis de las dos grandes divisiones del estilo: estilo de imágenes y estilo de ideas, aunque mostrando que esa diferenciación no es tajante ni excluyente.

(La Capital, 21-V-51).

Auspiciadas por el Colegio Libre de Estudios Superiores y el Club Hebreo Argentino, han tenido lugar, anteayer y ayer, las dos anunciadas conferencias del profesor español Dr. José M. Millás Vallicrosa. Se refirió en la primera, con claridad y la erudición del maestro, al tema de *El neoplatonismo en la España medieval.* Comenzó por destacar la significación de los primeros neoplatónicos, que siguieron y acrecentaron el índice de efectividad de la filosofía de Platón al estructurar una escala ontológica de emanación degradada desde el ser uno, hasta la sustancia corpórea, por las etapas de la psique, primera emanación, la naturaleza y la materia. Mostró asimismo cómo ese neoplatonismo ve como vía de elevación hacia el ser primo la intuición y el éxtasis, la vida ascética que permitirá, como más concorde con el primer derivado, acercarse a Dios. El neoplatonismo estuvo en boga entre los Padres de la Iglesia y, posteriormente, al producirse el renacer de los estudios en la corte carolingia, en el siglo VIII, su influjo se ejerce y aun se exacerba hasta el puro panteísmo que estaba apenas ínsito en la concepción originaria.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

La vía árabe fué la que introdujo luego en Occidente esas mismas corrientes; el árabe reemplaza como lengua de cultura al griego en la labor intelectual de Oriente que tiene su centro en Bagdad, aun cuando

sus autores fuesen de otras razas. Avicena viste a Aristóteles con ropaje neoplatónico y encuentra relación con el Corán en esos lazos entre el creador y la cosa creada. En el siglo X llega ese pensamiento a Córdoba, y allí penetra, aunque algunas veces los autores se escudan con la autoridad de Empédocles, para no herir la ortodoxia de los alfaquíes.

Además de la corriente árabe existieron otras dos, la judía y la cristiana, en el campo neoplatónico. Así vemos al célebre médico judío Avicebrón, autor de la *Fons vitae*, citado por los escolásticos posteriormente, que conciliaba el dogma de la creación con la filosofía emanantista de la corriente neoplatónica, y otros destacadísimos representantes. Cuando en el siglo XII decae la tendencia entre los pensadores árabes y judíos, aparece fortalecida entre los cristianos de Toledo, centro en que vivían pacíficamente los hombres de las tres religiones; allí se operó el trasvasamiento de esa Filosofía al Occidente. Por obra de sus traducciones latinas pasa el pensamiento de Avicebrón a Francia, a la escuela de Chartres, preparada para ello por el pensar agustiniano, y ese influjo se advierte luego en la escolástica franciscana que tuvo entre sus representantes a Duns Scoto. Y, concluyó el orador en su magnífica síntesis, reaparece en el Renacimiento el neoplatonismo, que caracteriza una de sus tendencias, como lo muestra, entre otros, León Hebreo.

En la segunda conferencia el doctor Millás trazó una admirable y vívida semblanza histórica, literaria y filosófica de Yehudá Ha-Levi, singular figura del mundo hebraico español. Nacido en 1070, Yehudá Ha-Levi fué un cantor y un exégeta del espíritu bíblico, un pensador interesante para la crítica del pensamiento aristotélico y un poeta peregrino cuya trayectoria le convierte en un remoto precursor del sionismo.

(*La Capital*, 25-V-51).

Luis Franco habló el 2 de junio sobre *El hombre primitivo.*

Con los datos e hipótesis más modernos de la paleontología, la antropología y la prehistoria, el disertante urdió un relato de novedoso interés en torno al ambiente, al tipo físico, la psicología y las costumbres del hombre antedatario.

Dividió su trabajo en dos partes: la primera fué una animada presentación de lo que llamó la "ex bestia", el bosquímano que vive más en los árboles que en el suelo y cuya evidente analogía morfológica y psíquica con los grandes antropoides señaló, aunque destacando que, pese a todo, aquella misteriosa criatura estaba ya "con los pies y la cabeza enteramente fuera de la zoología".

La segunda parte de la exposición estuvo preferentemente dedicada a los "hombres del fuego", criaturas mucho mejor plantadas y erguidas ya sobre sus pies, y de cerebro mucho más frontal que occipital. El hombre que inventó el informe cuchillo de piedra ignoraba aún que el filo de esa arma madre significaría "el horizonte de un mundo nuevo" y que al dominar el fuego "estaba creando su propia aurora"; pero advirtió desde el comienzo que la conquista del fuego y la caverna com-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

portaba la conquista del sueño y la posibilidad de luchar con éxito creciente contra las fieras, las tinieblas y el frío. Ocurrió entonces una gran trasmutación exterior e interior, cuando, sin dejar del todo "la senda del vegetal", el hombre comenzó a desviarse hacia "la senda de la carne"; cuando de bestia cerval, es decir, perseguida, se fué trocando en "segregadora de espanto", esto es, en una fiera cazadora. Todo ello implicaba ventajas y desventajas. Pues si al afirmarse cada vez más su instinto combativo el hombre pudo eliminar la mayor parte de sus miedos de mero comedor de hierbas y frutas —salvando así a la especie de su amenaza de extinción— al propio tiempo "se vió fatalmente obligado a imitar a sus peores enemigos", con evidente aumento de su instinto de agresión y sevicia, es decir, que el hombre se "felinizó" en alto grado, sin poderlo evitar.

El conferenciante dió fin a su interesante disertación con el relato de un lance de entrañable y arcaica truculencia: el desmesurado tigre de los dientes de sable acorrala en su caverna a tres cazadores de la horda, quienes, desfallecidos de terror, consiguen sin embargo superar su agonía, afrontan heroicamente el peligro y logran trocar su "conciencia herbívora" por otra de criaturas de combate y de victoria.

Conjuntamente con Amigos del Arte, la filial organizó un cursillo sobre *La novela policial*, que estuvo a cargo del escritor Jorge Luis Borges. En su primer clase, el viernes 15 de junio, dedicada a *El inventor: Edgar Allan Poe*, comenzó Borges por señalar que se ha negado la existencia de los géneros literarios. Aceptó que ello pueda ser posible con respecto a los grandes libros; que quizá la *Ilíada* tenga sus propias leyes y las suyas el *Orlando furioso*. Pero tratándose del género policial (género que tiene afinidad con un juego), juzgó que sería tan absurdo negarlo como negar la adivinanza o la fábula. El cuento policial, dijo, fué inventado por Edgar Poe en 1841. La fantasía de Poe, neurótico, le presentaba continuamente imágenes atroces; se jactaba, por otra parte, con justicia, de su fuerza mental y su singular aptitud para dilucidar problemas. La invención y ejercicio del género policial le permitió satisfacer ambas necesidades: abundar en imágenes terribles, someter estas imaginaciones al rigor lógico. Crea un personaje: Augusto Dupin, antepasado de todos los detectives de la literatura; de Sherlock Holmes y del padre Brown; del inspector Maigret y de Ellery Queen. Dejó Poe tres cuentos no superados aún, según Chesterton. El primero, *Los asesinatos en la calle de la Morgue*, inaugura el problema del crimen en un cuarto cerrado; el segundo, *La carta robada*, el problema del objeto escondido; el tercero, *El misterio de María Roget*, prescinde de toda aventura y se limita a la abstracta discusión de un enigma. Estos tres cuentos ejemplares, concluyó Borges, corresponden a tres porvenires de la literatura policial y, teóricamente, agotan el género.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

En su segunda clase —dada el sábado 16— que versó sobre *El siglo*

XIX: Collins, Stevenson, Conan Doyle, el conferenciante comenzó recordando que en 1849 murió Edgar Allan Poe, dejando una vasta herencia literaria: el simbolismo, la novela de fantasía científica, el cuento policial. El cuento, no la novela, porque las novelas policiales del siglo XIX parecen más bien proceder de la novela de aventuras y de la novela de intrigas, de Balzac y de Hugo. *El Conde de Montecristo,* publicado en 1844, corresponde a una etapa intermedia; su argumento, presentado de otra manera, sería perfectamente policial.

Wilkie Collins, en Inglaterra, parte de la novela epistolar del siglo XVIII y escribe novelas cuyos protagonistas se pasan la palabra, unos a otros, y nos muestran a veces la misma escena desde diversos puntos de vista. Escribe *La piedra lunar* y *La dama de blanco;* la primera ha sido juzgada la mejor novela policial del mundo, por Eliot y por Chesterton. Wilkie Collins es íntimo amigo de Dickens. Éste, al morir, deja una novela policial inconclusa: *El misterio de Edwin Drood,* que provocará ilustres discusiones.

Robert Louis Stevenson, en su juventud, escribe, influído por las Mil y una Noches, las *New Arabian Nights,* cuyo escenario es un London fantasmagórico, el Londres de pesadilla que luego encontramos en Chesterton.

En las últimas décadas del siglo XIX, el doctor Arthur Conan Doyle crea la famosa pareja Sherlock Holmes-Watson, que se ha incorporado, según observa un crítico inglés, a la mitología del mundo occidental. Los caracteres de Sherlock Holmes y de Watson son harto más importantes que las aventuras que les prepara su inventor; lo mismo cabría decir de otra pareja ilustre, de Quijote y de Sancho.

En su tercera clase, dada el día 22, Borges abordó el estudio del siglo XX: *Chesterton; los contemporáneos.*

Comenzó manifestando que en la historia de la literatura, el orden cronológico puede no corresponder al orden orgánico. Chesterton, afirmó, está separado de Poe por Wilkie Collins, por Gaboriau y por Conan Doyle; pero ese medio siglo de novelística policial pudo no haber sido, ya que los cuentos de Chesterton parecen proceder inmediatamente de los de Poe; y lo extraño es que no sólo proceden de los cuentos policiales del maestro, sino de sus cuentos fantásticos, pues en cada una de las piezas de Chesterton hay un problema de apariencia insoluble, una explicación (insinuada o declarada) de tipo sobrenatural, y finalmente, una explicación racional, que suele estar a cargo de un cura. Este esquema se repite a lo largo de los años y de los libros; no creo —afirmó— que se trate de un artificio retórico, sino de una forma simbólica del pensamiento de Chesterton. Creo que algo en él, algo íntimo, propendía contra su voluntad a la pesadilla; ese algo le imponía las imaginaciones atroces que no faltan nunca en sus cuentos; la explicación racional correspondería al propósito de dominarlas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Continuó diciendo que el cuento policial se mantiene como género

definido, y que la novela policial, en cambio, tiende a fundirse en la novela de costumbres (Anthony Gilbert), en la novela psicológica (Nicholas Blake, Raymond Postgate) o psiquiátrica (William Faulkner), y en novela de fantasía científica (Gerard Heard). Eden Phillpotts, a veces, prefiere el placer clásico de la expectativa al placer romántico o bárbaro de la sorpresa. En la Argentina, Manuel Peyrou es el escritor que ha abordado con mayor felicidad el género policial.

Terminó expresando que en una época en la que el arte tiende a lo caótico, la literatura policial ha ejercido y sigue ejerciendo el culto del rigor y del orden, virtud que no puede negársele.

ACTIVIDADES DE LA FILIAL DE BAHIA BLANCA

El sábado 21 de abril, en el salón de actos de la Biblioteca Rivadavia, la filial Bahía Blanca del Colegio Libre inauguró sus actividades del año, el undécimo de su existencia. La reunión se dedicó a honrar a Echeverría en el centenario de su vida. Habló en primer término el secretario de la filial, doctor Pablo Lejarraga, sobre *El Colegio Libre y Bahía Blanca;* pronunció a continuación el escritor Carlos Alberto Erro una conferencia sobre *El mensaje de Echeverría.*

El doctor Lejarraga, en sus palabras, se refirió al décimo aniversario que, el 18 de abril de este año, cumplió la filial, y a los vínculos que la misma ha organizado con su ciudad; y tras esbozar el programa del nuevo año, significó el sentido de la recordación echeverriana, expresando que el año pasado se había asociado la inauguración a San Martín, el soldado de la libertad, como este año a Echeverría, el pensador de la libertad; pues definen ambos, en la lucha por la independencia el primero, y en la lucha por la organización institucional como maestro de una generación el segundo, el destino libre y democrático de nuestra nacionalidad.

El doctor Erro, en su conferencia, empezó refiriéndose a la situación singular de la generación de Esteban Echeverría, que no era ni unitaria ni federal, y para la cual volver al pasado anterior a Rosas representaba una "restauración imposible". Se refirió en seguida a la fundación de la Asociación de Mayo, de la que dijo que la generación que la creó fué la única generación argentina en que los intelectuales se trazaron un programa común y se agruparon; antes y después los intelectuales anduvieron cada uno por su lado, cada uno con una solución propia para los problemas del país, y esa separación sólo ha engendrado debilidad y ha convertido en pensamientos muertos, sin eco, sin influencia sobre el medio social, a muchas ideas grandes, profundas y certeras. Echeverría entendió que el trabajo de elaborar un programa político para el país debía ser precedido por una amplia faena de investigación sociológica a realizarse por la Asociación, la que comenzó a ejecutarlo. Frente a los unitarios dió preeminencia a lo nacional y vernáculo, y su consigna meto-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

dológica fué "mantener clavados los ojos de la inteligencia en las entrañas de nuestra sociedad".

La genialidad típica de Echeverría consistió en comprender que no bastaba con criticar a Rosas, y que, para combatirlo con éxito, era necesario oponerle un programa positivo, nuevo, que incluso recogiera las enseñanzas que se derivaban del gobierno de aquél y de los hechos que lo mantenían en el poder con el apoyo de grandes masas. La historia le dió la razón a Echeverría —agregó el conferenciante— porque cuando el país se encarriló por fin en un orden estable, mediante la constitución nacional, sus ideas se encarnaron en ella. Urquiza y quienes realizaron la tarea de organizar y pacificar la República tuvieron éxito en su obra porque llevaron a la práctica, en algunos aspectos, las ideas de una generación nueva, que no era ni unitaria ni federal, es decir, la generación de Echeverría y de la Asociación de Mayo.

A continuación el orador señaló aquellas partes del mensaje de Echeverría que no se realizaron después de Caseros, a pesar de que llegaron al gobierno sus discípulos, y que son, sobre todo, su contenido social y económico y sus ideas sobre la enseñanza, a la que concibió con un marcado carácter cívico. Echeverría, dijo, no era partidario de la libertad de enseñanza tal como se la entendió después, porque no admitía que pudiera enseñarse contra la democracia. Para él, todo, arte, ciencia, educación, religión, debía trabajar por y para la democracia, fuera de la cual no hay salud para el pueblo.

CELEBRACIÓN DEL DÉCIMO ANIVERSARIO

Celebrando el décimo aniversario de la Filial, amigos y colaboradores se reunieron en una cena de camaradería. El doctor Federico Baeza, miembro del Consejo Directivo de la Filial, ofreció la demostración y destacó la obra realizada en los diez años cumplidos. A continuación, Luis Reissig, especialmente invitado, pronunció el siguiente discurso:

A los amigos de la filial Bahía Blanca en su décimo aniversario

En diez años, ustedes, en Bahía; en veinte, nosotros, en Buenos Aires, hemos contribuído, con desinterés y cariño, al desarrollo de la cultura en la Argentina. Hemos ofrecido a la capa más culta de nuestras respectivas zonas, cursos y conferencias, semejantes algunos a los de la Universidad, muy distintos otros. Los actos de tipo universitario han constituído el grueso de nuestra actividad. Hemos contado para ello con la generosa colaboración, desde el primer día, del mejor profesorado de estudios superiores de la Argentina, tanto en saber como en conducta. Así, a lo largo de sus veinte años, el Colegio Libre ha sido pauta de niveles y valores intelectuales en el país; y si es cierto que no ha incorporado aún a todos los que valen, como compensación transitoria ha sabido ignorar lo que jamás será recogido en la historia de nuestra cultura.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Es obvio que nuestro propósito nunca fué el de constituirnos en jueces del saber y la conducta. Toda selección verdadera se hace cultivando lo conveniente más que proscribiendo lo desdeñable, mejorando las condiciones ambientales más que atacando directamente casos determinados. Por eso hemos tendido a crear un clima cultural sano.

Si se hiciera un examen de la labor de difusión cultural y científica superior de todo el país, de la que el Colegio ha participado, se observaría que el volumen y peso mayores están dados por los cursos y conferencias sobre letras, artes y filosofía, y los atinentes a medicina; éstos más bien dentro del campo profesional. Los temas de educación, no obstante su importancia capital, han tenido y tienen poco auditorio, salvo cuando se asiste, voluntaria u obligadamente, por intereses en esencia gremiales o de salario. Los temas científicos agrupan todavía a muy pocos. El profesional de la rama respectiva está muy absorbido por tareas profesionales, y carece con frecuencia de la preparación básica suficiente que le permitiría seguir bien el curso o conferencia científicos; además, no ha recibido lo que en propiedad puede llamarse educación universitaria, es decir, conciencia de formar parte de un mundo de ideas en el cual la especialización, sobre todo la profesional, es un acápite menudo. Y por eso no estima lo suficiente el valor de la ciencia como experiencia de lo universal y lo particular, y como inspiradora, que lo es, de la conducta humana.

Los temas jurídicos tienen como clientela al gremio; la conciencia de lo jurídico está muy poco desarrollada, aun entre los profesionales; más aún en el pueblo. En un mundo habituado ya a las transgresiones, si esa conciencia tenía algún significado, se ha ido desvaneciendo; hoy no representa casi nada. Conciencia de lo jurídico existía, por ejemplo, en los días del proceso Dreyfus. Pero del semita Dreyfus al ario puro Hitler, se ha ido descendiendo en la apreciación del valor del hombre, que es el objeto esencial de lo jurídico. Emilio Zola fué reemplazado por Goebbels. La gloriosa justicia francesa por los tétricos tribunales de castigo y depuración nazis. La Isla del Diablo, de la cual se volvía, por los hornos de Büchenwald, de los que nunca se retorna; salvo, convertido en cenizas.

Los temas históricos no han gozado de mucho predicamento en el público, ya se trate de temas regionales o universales. Los colegios y universidades han enseñado la historia como sucesión de hechos, no en función de la época y de la sociedad que debe interpretarlos y en que se preparan futuros profesores e investigadores. Mal se puede esperar, pues, que la sociedad preste atención devota a la enseñanza de la historia; salvo cuando percibe con claridad su intención política hacia lo vigente.

Los temas sociales y económicos han tenido una suerte muy diversa. La valoración de su carga política, el grado de franqueza y valentía en el examen y la autoridad moral e intelectual del disertante, han jugado el papel principal. En ambos temas el público ha buscado más bien

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

al intérprete de los problemas del momento, y a la vez a su propio intérprete. Por eso, entre un Lisandro de la Torre, por ejemplo, y el catedrático X, se ha inclinado sin ninguna vacilación por don Lisandro.

Pero aunque los actos de tipo universitario han constituído el grueso de nuestra labor, hubiéramos querido poner el énfasis en cuanto a número, ya que lo pusimos en cuanto a contenido, en los actos no universitarios; porque estos últimos están destinados a examinar problemas del tiempo y del medio, relacionados con las grandes preocupaciones de la vida individual y social. Y como todo pensamiento nace de una situación problemática, examinar un conflicto —especialmente cuando éste tiene resonancia nacional e internacional— es contribuir al desarrollo del pensamiento. Enseñar a pensar es la etapa inmediata superior de toda enseñanza. Es el comienzo de toda educación. El hombre puede, así, interpretar su ambiente, saber qué actitud debe asumir en su vida de relación; qué pide y qué da; qué mantiene, rehace, o construye; cómo puede adaptarse a su medio o modificar sustancial o parcialmente sus condiciones. La creación de condiciones para que el hombre desarrolle en forma de actitudes su capacidad de afrontar problemas, es lo que caracteriza a la educación.

Poner, pues, el énfasis sobre lo no universitario es llevar poco a poco al Colegio al cumplimiento de la función educativa a que está sustancialmente destinado. Cuando pensamos —y lo hicimos en lo posible— completar la enseñanza universitaria mediante cursillos especiales sobre temas no tratados debidamente en las Facultades, no pretendimos influir desde afuera en la reforma de la Universidad. La Universidad no se reforma por la influencia de otra enseñanza superior a ella en cuanto a calidad de profesores, o mejor elección de las materias, que al desarrollarse en el mismo ámbito social, puede dar la impresión de que motivaría por estímulo, espíritu de conservación o de perpetuación, un cambio de orientación y de estructura en la Universidad. Lo más que podría ocurrir en este caso sería la formación de la Universidad competidora, que sería para una minoría, pues la otra, al tener preeminencia en el orden estadual y nacional, continuaría representando el pensamiento de la mayoría dominante. La Universidad, como toda estructura asentada en un orden social determinado, necesita que este orden social se modifique para luego modificarse ella. El proceso inverso caracterizó el error de visión educativa del movimiento reformista de 1918, que tuvo, sin embargo, sus virtudes. La reforma de la Universidad no se hace desde la Universidad. La reforma de la educación no se hace desde las escuelas. La modificación de las bases sociales es siempre previa; y hasta puede añadirse: a economía nueva, escuela nueva.

El problema a que estamos abocados desde hace años, de influir en el progreso social de la Argentina mediante una obra de cultura, tiene, por lo tanto, sus limitaciones forzosas. Cuando manifestamos en 1930 el deseo de ejercer esa influencia, no creímos que mediante cursos y

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

conferencias de tipo superior, los niveles políticos, sociales y educativos del país iban a elevarse por acción oral desde la cátedra. Creímos, sí, y creemos todavía, que mediante el examen público de problemas que estén en la base de nuestra comunidad, podríamos ayudar a su parte intelectual a fijar actitudes con respecto a las corrientes políticas y sociales del medio, e influir así en la orientación, coordinación y rendimiento de esas corrientes, ya que no en su composición.

Pero este examen público de problemas ha sido siempre muy difícil. Recuérdese solamente que a los pocos meses —de mayo a setiembre de 1930— de fundado el Colegio, cuando no teníamos casi ni dónde sentarnos, se produce el pronunciamiento militar encabezado por el general Uriburu; y que desde entonces la Argentina ha padecido sus años más difíciles desde la tiranía de Rosas, en cuanto a reglamentación y supresión de libertades de reunión, de asociación, de tránsito y de libre expresión de las ideas. Nadie puede pensar en la posibilidad de libertad de cátedra si no hay libertad de vida. La libertad de vida es siempre la primera de todas las libertades; esencialmente en lo que se refiere al hombre, que es, de todos los seres, el que ha podido demostrar que tiene historia, es decir proceso con tiempo y con etapas.

Esa condición restrictiva ambiental, siempre previa, ha configurado el tipo de cursos y conferencias. Se objetará, y acaso en el futuro también se objete, que debimos haber librado siempre la batalla de frente, manteniendo a voz en cuello los principios. Conviene decir algo a esta objeción. El Colegio no puede, para actuar, provocar frontalmente modificación de condiciones de base. Si no hay condiciones para la libertad, no puede demiúrgicamente crearlas. Si por intentarlo se nos fuera de las manos la institución (tal el caso de las actitudes heroicas), se perdería una herramienta, sin beneficio alguno para quienes adhieren a la cultura que difundimos, y sí para quienes la contradicen, que celebrarían nuestro silencio.

Lo esencial es que la herramienta no beneficie intereses distintos de aquellos con los que estamos identificados. Es obvio que esto no ha ocurrido; que esto no puede ocurrir. Creo que así como el presente aprueba en general nuestra posición, el futuro no ha de retirarnos esta confianza. A menos que el futuro sea Rosas en lugar de Sarmiento.

En nuestro paciente forcejeo para promover cursos y conferencias no universitarios, de examen de problemas en relación con el medio, de orientación, de fijación de actitudes, de normas intelectuales de conducta, de educación, en suma, recurrimos, a los pocos años de fundado el Colegio, a amigos radicados en el interior del país para que se agruparan en organizaciones semejantes a la nuestra. Rosario fué la primera ciudad que formó su grupo; la siguió Bahía Blanca, cuyo honroso décimo aniversario celebramos esta noche; Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, Paraná, La Plata, Mendoza, Comodoro Rivadavia y Río Gallegos integraron los suyos. Sólo los dos primeros subsisten. Los restantes

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vivieron lo que el interés de sus promotores: desaparecieron sin ser sustituídos por nada semejante. En cambio, hemos acrecentado mucho nuestras relaciones con el interior a través de organizaciones culturales surgidas sin nuestra intervención, que, además de su correcto ajuste al medio, permiten descubrir valores desconocidos en el orden nacional.

Pese a todas las grandes dificultades que deben soportar las instituciones culturales privadas a que nos hemos referido, y al hecho de que varias de las que tenían prestigio han cerrado sus puertas por haberse fundado erróneamente sobre la base del subsidio o del mecenazgo, el panorama de la vida cultural argentina no es de pesimismo sino de optimismo. Optimismo sano, sin carga de ilusiones utópicas; insuficiente para los enfermos del "mal del siglo", como se llama siempre a la corriente neurótica de que todos los siglos padecen, y que afecta a muchos individuos, especialmente de las clases intelectuales, por su extrema sensibilidad para lo tétrico, lo agrio, lo áspero, lo macabro, lo mordiente, lo filoso, que en toda época existe.

Baso esta afirmación de optimismo sano y suficiente, en mi experiencia personal de veinte años dedicados a la observación de nuestro medio ambiente cultural y social. La baso en la experiencia de los que en mejores condiciones de observación que yo, pueden testimoniarla por su obra realizada en conjunto, en todos los continentes, desde aldeas pútridas encerradas en valles del trópico en Asia y América, como el del Marbial, en Haití, hasta las grandes ciudades del mundo moderno. La baso sobre todo en el hecho irrecusable de la supervivencia del hombre, que en lugar de desaparecer, se ha ido desarrollando; que ha podido y sabido construir una civilización tras otra, una cultura tras otra. ¿Cómo se puede hablar del fracaso del hombre como hombre, del drama sombrío de las civilizaciones, del agotamiento de las culturas, si apenas se ha rozado la superficie de todas las cosas, si no conocemos todo lo que el pensamiento del hombre y el hombre mismo pueden dar de sí?

Pero quiero colocar el problema en términos aún más accesibles y sencillos: cuando la mitad de la población del mundo es analfabeta, y en América Latina, por ejemplo, de la otra mitad los cuatro quintos son analfabetos a medias, y sólo un quinto puede considerarse debidamente letrado, ¿es posible afirmar que poco o nada se puede esperar del hombre sin antes haberlo oído?

Los hombres que han podido expresarse de alguna manera y que han logrado hacerse entender por las comunidades regionales o mundiales son un puñado insignificante en cuanto a número. ¿Qué se sabe de los enmudecidos por la miseria, la ignorancia, la insalubridad y la servidumbre, que forman grandes legiones? El día en que se expresen en sus diversos pensamientos y lenguas, se podrá, sí, empezar a saber qué piensa el hombre, qué vale el hombre y qué se puede esperar de él. Mientras tanto, las voces sombrías y amargas que han tratado de representarlo, sobre todo en el arte, la filosofía y las letras de este medio

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

siglo, son solamente voces de los sombríos y de los amargos y no del hombre. Voces lacerantes, voces sin hijos, voces sin futuro.

Cuando se dice que una obra de cultura está en crisis y puede desaparecer, o bien que no rinde lo que se esperaba de ella, hay que hacer ante todo un examen general de las condiciones en que se desenvuelve. Y es en base a este examen que debemos reconocer, al igual que tantas otras instituciones culturales del mundo, que la tentativa de llegar, como es ineludible, a las grandes masas humanas desprovistas culturalmente de todo, es posible solamente si, en lugar de pretender hacerlo desde arriba, se intenta hacerlo desde abajo. Para ello hay que invertir totalmente los términos y la posición del problema cultural hasta ahora planteado. En tanto que los hombres con preocupaciones culturales, deseosos a la vez de que estas mismas preocupaciones cundan y constituyan el ideal de la comunidad, persistan en realizar su obra de preparación y difusión desde su minarete, sólo los fieles de oído muy bien educado podrán oír sus lecciones y sus sentencias. Para hacerse oír y entender hay que bajar a tierra, mezclarse con el común de los hombres, buscar un puesto en la masa casi anónima, estudiar sus necesidades concretas.

Tarea dura, por cierto, que demanda casi la consagración de una vida, pero de la que surgirán, y están surgiendo en muchos pueblos, los maestros del nuevo mundo. No me cabe la menor duda de que tales educadores, cuyos nombres un día la humanidad evocará con orgullo, nos compensarán con creces de tanta histeria intelectual, de tanto preciosismo estéril y realismo falso que va pudriéndose a medida que avanza el siglo.

¿Habría que deducir de este planteo que la obra que hemos realizado, y la que se realiza en el plano cultural superior, carece de actualidad y de valor? ¿Que es preferible abandonarla y dedicarse de lleno a la otra, imperativa, de educar a los pueblos en el sentido lato de la palabra?

Nada hay que abandonar. Toda obra cultural se mide y valora no por las minorías o mayorías que la cultivan y sustentan, sino por su contenido y su vigencia. Si nosotros no podemos llegar a más —esta noche es un ejemplo: sumamos unos cuarenta y no treinta mil— es porque dadas las condiciones del medio y nuestra formación, no hay posibilidad de llegar a mucho más. Abandonar el campo que cultivamos no sería un acierto, sino una pérdida lisa y llana. Nada podríamos ofrecer, en cambio. Dispersaríamos lo que ha costado años reunir. Dejaríamos de atender a minorías que no por ser minorías carecen de virtudes ni de necesidades; y hasta de derechos. Pero si reconocemos que es conveniente, aun para el propio sustento de la capa minoritaria culta, contar con una base ancha culta, será forzoso que algunos, los más dispuestos de la minoría culta, formen o no parte hoy de agrupaciones de esas minorías, se preparen para actuar de educadores en la base ancha. La base ancha carece de maestros en todas partes del mundo. ¿Saben ustedes cuántos maestros se necesitan solamente en América Latina para los

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

19 millones de niños sin escuela? 500.000. América Latina no tiene, evidentemente, medio millón de maestros hábiles para incorporarse a esa tarea. Agréguese a esto los 70 millones de adultos analfabetos de nuestro continente, también sin maestros, y se tendrá una idea clara de los grandes obstáculos que han de retardar la alfabetización solamente. Qué decir del resto del proceso educativo mismo, puesto que la alfabetización, si bien instrumento de uso esencial, no es lo único, ni de comienzo lo más importante en muchas zonas, especialmente las más atrasadas, que son las que privan geográficamente.

Hay que atender y cultivar a las minorías letradas, que son consecuencia de un largo proceso de elevación educativa y cultural. Ellas proveen de material humano finamente preparado, capaz de atender no sólo el desarrollo del saber de esas minorías, sino el saber de todo el mundo, aun del mundo absolutamente iletrado. Si el progreso educativo es todavía lento, lo es porque se carece en todo el mundo de los educadores necesarios. Los educadores, aun en los regímenes más reaccionarios y torcidos, son vías seguras para los cambios y hasta para las revoluciones; suelen figurar a la vanguardia. Hace apenas seis meses, en una de las sesiones del grupo del Seminario de educación primaria fundamental en América, celebrado en Montevideo por la OEA y la Unesco, un maestro mexicano, casi con lágrimas en los ojos, nos refería la lucha heroica de los maestros de su tierra durante la revolución y la contrarrevolución. El maestro mexicano, nos decía, fué el líder decidido en las poblaciones de tierra adentro; fué voz de aliento; el ejecutor. Tales maestros, cada vez que la contrarrevolución retomaba el pueblo, eran ansiosamente buscados y se convertían en las primeras víctimas expiatorias: como primer castigo se les cortaba las orejas. Se les llamó los "desorejados".

Una equivocada apreciación de la importancia de las minorías intelectuales las ha identificado, desde la aparición de la democracia como hecho de tendencia universal, con otras minorías detentadoras del poder, sea éste social, económico, jurídico o político; así se hace aparecer el saber de pocos como saber al servicio de los pocos que mandan. Es bien cierto que quien tiene el poder en sus manos y dispensa favores o amenazas, consigue, aunque no siempre, que hasta las minorías pensantes se pongan a su servicio; pero eso mismo también puede ser conseguido de las mayorías ignaras. Incluso, el saber extendido a mayorías no estaría más libre de esa influencia si las condiciones sociales y políticas dieran al poder dominante la posibilidad de ejercerla.

Desde comienzos de este siglo se comenzó a pensar más claramente sobre el papel de las minorías intelectuales en la extensión del saber a las masas, que era requerido por el desarrollo y extensión crecientes de las formas de producción y de gobierno político de los pueblos. Esto motivó la implantación o reactivación de la educación de la masa adulta, que tuvo su origen, como hecho colectivo, en 1864, entre los campesinos

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

progresistas de Dinamarca, que por ese camino lograron dar mejor estructura a su tan deseada reforma agraria, base del progreso danés, continuado hasta nuestros días.

Producida la guerra de 1914, se inicia en Inglaterra y los Estados Unidos el más grande movimiento internacional conocido hasta entonces sobre educación de la masa adulta, que forma siempre la mayoría de cualquier población. Simultáneamente, se plantea en algunos círculos o países el problema de llevar la Universidad al pueblo. Nosotros conocimos bien ese hecho, que coincidió con la primera presidencia democrática que tuvo la República. Dentro del plano educativo —pues la Reforma de 1918 fué además y ante todo un pronunciamiento político— se afrontó el problema de llevar la cultura al pueblo, pensándose que mediante la acción que se anunciaba o se emprendía, se estaba en el camino para una amplia y profunda educación popular; de tal manera que llevada felizmente a sus últimos términos, el final de la labor podría coincidir con la elevación cierta de los niveles de cultura de, por lo menos, la mayoría de la población.

Además de haber sido, en general, este propósito una afirmación declamatoria, más del papel que de los hechos, se supuso que las capas culturales inferiores del pueblo apetecían la cultura que les iba a ser dada. No hubo, en verdad, examen de condiciones culturales diversas, de necesidades a satisfacer, de objetivos de vida. Se tomó en bloque, sin los distingos necesarios en cuanto a los problemas vitales cotidianos de los individuos y sus grupos. Se pensó líricamente, ingenuamente, que todos hubieran querido ser universitarios, si hubieran podido; que todos querían o podían interesarse en conocer capítulos jurídicos y políticos de deberes y derechos, las leyes del razonamiento, las ciencias físicas y naturales, el cálculo, la geometría, la métrica, el *Quijote*, la gramática, Luis XIV, las sociedades primitivas, por ejemplo.

No se pensó en la realidad. Se partió de un supuesto. Pero la base del pueblo vive otros problemas que los que vive su cúspide. El conocimiento de los problemas vitales es previo a la comunicación cultural, al ensayo educativo. Todas las escuelas se organizan sobre el conocimiento previo del medio. Porque se necesitan escuelas es porque hay escuelas. La necesidad es previa.

Hay que ir al pueblo, pues, para descubrir sus apetencias educativas, de modo que las minorías más capaces las satisfagan y desarrollen, elevando su nivel. El acercamiento del nivel bajo al superior es el proceso ineludible para que la educación y la cultura desarrollen lo mejor del hombre, y den a las sociedades humanas una mejor base para su progreso social, moral, económico y político.

Llego ahora al resumen final, que sería el siguiente: proseguir con amor y confianza la obra emprendida, seguros de la eficacia del servicio que se presta; ajustar los temas a las posibilidades de comprensión y aprovechamiento de las minorías cultas, que constituyen el auditorio in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mediato y corriente; aumentar el número de cursos y conferencias no universitarios, que responden a problemas vivos de la comunidad, cada vez que las condiciones del medio lo requieran y lo permitan; hacer obra de extensión cultural en barrios y poblaciones menores para servir a individuos y núcleos dispersos, que no están en condiciones materiales de recibir y aprovechar la enseñanza que se da en los salones de las grandes ciudades; hablar en la vía pública si el tema puede y debe tener eco popular dentro de la actividad cultural propia del Colegio; realizar en público, en mesa redonda de entendidos, el examen de un problema de interés común, que es una forma eficaz de educación del juicio y de entrenamiento político. Vincularse todo lo posible con instituciones culturales que persigan fines semejantes, para suplir por este contacto la información que vaya faltando por otros medios, y además para conocer lo que son las regiones y hombres distantes de nuestro contorno inmediato. Por este camino se puede llegar al conocimiento de los problemas regionales y nacionales, sin cuya solución toda obra de cultura superior queda estancada. Las corrientes de fondo son siempre las esenciales. Si las condiciones de vida son inferiores, las condiciones humanas también lo son; y desde luego, la educación, el arte, la ciencia, la cultura. Quien conoce las zonas áridas e insalubres de nuestra tierra se explica las condiciones áridas e insalubres de nuestros niveles educativos. Si queremos una Argentina culta hay que cultivar previamente todos sus medios materiales, que son principio de sostenimiento de sus medios culturales. El litoral y la pampa, feraces, han dado al país, en material humano y composición social, mucho más que las estepas de la Patagonia. El remedio no está en predicar cultura en la estepa sino en hacerla también feraz.

Por eso es que, reiteradamente y sin arrogancia de originalidad, el Colegio Libre ha pedido a los intelectuales argentinos su dedicación de verdad al estudio de los problemas nacionales. Es la única forma de aclarar problemas y plantear soluciones para la educación del pueblo; que algún día, tal como soñó el gran Sarmiento, será soberano.

¿Cómo no decir, entonces, que la segunda labor concreta de los intelectuales en cuanto hombres de un medio —puesto que, socialmente, antes que intelectuales son hombres de la vida cotidiana— es la de prepararse para ejercer en su país funciones de orientación y de gobierno? Puede gobernarse un país sin llegar a la primera magistratura, ni ocupar cargos políticos de primera fila. La marcha, ineludible, de la sociedad moderna, y más aún la contemporánea, a la socialización de sus medios corrientes de producción y de cambio, y en consecuencia la creación de organizaciones cada vez más complejas de administración de las comunidades, obliga a todos los hombres a tomar, cada vez, una parte más activa en el conocimiento de los hechos y en la solución colectiva de los problemas.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El pensamiento del Colegio Libre en cuanto a la vida nacional

es el de contribuir al buen gobierno de la Nación. Lo hará como pueda y donde pueda. Su contribución no será lírica sino práctica. Algo ha hecho dentro de las limitaciones de número y de ambiente, cuando ha podido examinar problemas económicos, sociales, educativos y políticos. Está en nuestra breve historia de veinte años. Consecuentes con ello, si un día, por ejemplo, estuviera en nuestras manos decidir entre cubrir en el país todos los huecos donde no haya escuelas, o acometer la reforma agraria, no titubearíamos: lo primero que propiciaríamos sería la reforma agraria; porque esa reforma es previa a todo progreso nacional, a toda elevación en masa de niveles educativos y culturales. Si en las zonas rurales no hay todas las escuelas que se necesitan, es fundamentalmente porque esas zonas no se han inquietado por su carencia. El alfabeto, aunque a veces a tirones, va adonde se lo necesita. La apetencia es lo primero. La reforma agraria es previa e indivisible de la reforma de la educación argentina, de la composición social de la comunidad nacional, de sus niveles morales, de civilización y de cultura, y de su misma vida política.

Amigos de la filial Bahía Blanca, pongo punto final a lo que podría ser punto y aparte; pero antes quiero señalar al reconocimiento del país, en primer término, a Pablo Lejarraga, por todo el corazón, inteligencia y perseverancia que ha puesto en estos diez años difíciles para una obra de cultura como la del Colegio; y a todos los que, como ustedes, lo han acompañado.

Yo creo que algún día, y no muy lejano, algunas de nuestras esperanzas y afanes de ayer y de hoy serán realidades; y antes que la tierra reciba nuestras cenizas, nos será dado contemplar la Argentina que soñó Sarmiento, y por la cual luchamos.

Luego hicieron uso de la palabra Carlos Alberto Erro, Pablo Lejarraga y Alfredo Viglizzo, que expresaron sus puntos de vista sobre la obra cultural y social que tiene en marcha en el país el Colegio Libre.

El viernes 27 de abril, en la sala del Colegio Libre, el profesor Joaquín López Jáuregui pronunció una conferencia sobre *El pronunciamiento de Urquiza;* destacó los antecedentes y la proyección histórica del acontecimiento.

CICLO SOBRE TEMAS Y PROBLEMAS DE BAHÍA BLANCA

Constó de cuatro conferencias con el siguiente desarrollo: viernes 11 de mayo: Germán García, *Rivadavia y la fundación de Bahía Blanca;* viernes 18 de mayo: Gregorio Scheines, *Descubrimiento espiritual de Bahía Blanca;* viernes 1 de junio: Américo A. Malla, *Régimen impositivo y presupuestal de Bahía Blanca;* viernes 8 de junio: Serafín Groppa, *Servicios Públicos de Bahía Blanca.*

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El viernes 5 de junio, el doctor José Peco disertó sobre *Derecho penal totalitario y derecho penal democrático.* El sábado 23 de junio, el profesor Federico Monjardin habló sobre *Presencia de Echeverría,* conferencia correspondiente al ciclo echeverriano, en el centenario del prócer.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Informaciones

LA FUNDACIÒN VACCARO PREMIA A FRANCISCO ROMERO

El año pasado, por generosa iniciativa del señor Vicente Vaccaro fué instituída la Fundación Severo Vaccaro, en memoria del hermano del fundador, fallecido el año 1945, benemérito hombre de negocios formado en el trabajo y en la probidad comercial desde la condición humilde de vendedor callejero de periódicos. Objeto de la Fundación es otorgar cada dos años un premio consistente en una medalla de oro y diez mil pesos a "escritores, hombres de ciencia, periodistas, argentinos o extranjeros radicados en el país, que se distingan por la labor realizada en el ejercicio de su profesión o por actos de bien público u honrosos para el país o que signifiquen un beneficio para la humanidad". Como Severo Vaccaro también fué periodista y escritor de pluma muy fina y estuvo ligado al periodismo comercialmente por su condición de activo distribuidor de diversas publicaciones, principalmente de la popular "Caras y Caretas", el premio será entregado todas las veces en acto público el 7 de junio, que es el Día del Periodista.

Han sido llamados a constituir la Fundación con carácter vitalicio los señores Octavio Amadeo, Vicente P. Cacuri, Carlos Alberto Erro, Roberto F. Giusti, Bernardo Houssay, Carlos Ibarguren, Alfonso de Laferrere, Adolfo Lanús y Juan S. Valmaggia, integrándola el fundador, don Vicente Vaccaro. Presidente ha sido designado el doctor Houssay; vicepresidente, el doctor Amadeo; secretario, el señor Lanús, y tesorero el señor Vaccaro.

Dos motivos nos hacen celebrar este acontecimiento cultural: la importante iniciativa en sí misma, valiosa contribución privada al fomento de la cultura, libre de toda influencia y atadura ideológicas y políticas; y el haber sido otorgado por primera vez el premio al profesor y miembro del Consejo Directivo del Colegio Libre de Estudios Superiores, don Francisco Romero, distinguiéndose así su larga consagración en el libro y en la cátedra a los estudios y el pensamiento filosóficos, altamente valorada en todo el continente. El profesor Romero fué elegido por el voto unánime de los miembros del Consejo de la Fundación Vaccaro —de quienes sólo faltó a la sesión accidentalmente uno— entre varias decenas

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

de candidatos propuestos por los propios miembros del Consejo o por otras personas. Entre esos candidatos figuraban periodistas, escritores y hombres de ciencia de autoridad y renombre.

El acto de entrega del premio se celebró el pasado 7 de junio en el gran salón de la Sociedad Científica Argentina. Hacía mucho tiempo que Buenos Aires no asistía a una fiesta de la inteligencia más significativa. Alrededor de más de quinientas personas, entre las cuales había muchas prestigiosas figuras de nuestros círculos intelectuales y profesionales, llenaron la sala, sentadas o de pie, y desbordaron por las escaleras hasta el "hall" de la Sociedad. Buenos Aires rendía homenaje con esta manifestación inequívoca a la cultura libre y a los dos ilustres estudiosos que hablarían en el acto: el doctor Bernardo Houssay, como presidente de la Fundación, y Francisco Romero: el sabio fisiólogo, premio Nobel, y el filósofo que más genuinamente representa en la Argentina la ejemplar tradición de Alejandro Korn, ambos hoy apartados de la Universidad donde enseñaron hasta pocos años atrás.

A continuación publicamos los dos discursos. El de Francisco Romero versó sobre la filosofía hispanoamericana, cuyas conquistas señaló, así como todo cuanto ella promete para el futuro.

Por haber sido constituída la Fundación Severo Vaccaro el año 1950, el premio, aunque bianual, volverá a darse el año próximo.

DISCURSO DEL DOCTOR BERNARDO A. HOUSSAY

El acto que celebramos está destinado a honrar la memoria de un gran benefactor de la cultura argentina. Lo hacemos rindiendo homenaje a uno de nuestros compatriotas que ha trabajado con más distinción por la elevación del espíritu y se ha consagrado como maestro y pensador eminente.

La Fundación que lleva su nombre se propone prolongar la obra que Don Severo Vaccaro realizó en beneficio de la cultura del país, durante su vida fecunda que merece ser recordada para servir de ejemplo a la juventud argentina.

A los 5 años de edad, Severo Vaccaro vendía periódicos en la calle para contribuir al sustento de su hogar. No pudo concurrir a escuelas, colegios ni universidades. Aprendió a leer solo, deletreando los periódicos que vendía. Luego leyó con afán y fué instruyéndose en contacto con los libros, los periodistas y con la vida misma. Este autodidacto llegó a hablar cinco idiomas y a escribir con corrección, como puede verse en las narraciones de sus viajes por todo el país, que recorrió desde Misiones hasta la Tierra del Fuego. Sus descripciones tienen vida y colorido; y sus pensamientos, sus máximas morales y sus escritos financieros muestran la madurez de su espíritu siempre ávido de aprender y ascender. Puede tenerse una idea de todas esas aptitudes suyas leyendo *Páginas dispersas*, libro en que el afecto fraterno ha tenido la feliz inspiración de reunir muchos de sus principales escritos.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Vaccaro es un ejemplo típico de cómo siempre en nuestro país, regido por instituciones democráticas libres, hubo oportunidades para que los hombres trabajadores y enérgicos pudieran elevarse material, intelectual y socialmente.

Vendedor de periódicos en 1881, su espíritu de iniciativa y su capacidad de organización lo convirtieron pronto en empresario mayorista, distribuidor de todos los diarios y revistas desde 1887 hasta 1910, inclusive numerosas publicaciones del exterior. Luego estableció una agencia de publicidad vinculada con todos los periódicos del país, y más tarde una agencia de venta de la Lotería de Beneficencia y cambios y títulos.

Según sus propias palabras en todo momento buscó tiempo para hacer algo más de lo que venía haciendo, porque aprendió que organizando siempre se puede abreviar tiempo. En cada actividad a que se dedicó procuró superarse con el lema: "Trabajo, Cultura, Honestidad". En su casa nunca faltó un puesto para un estudiante y así se formaron dos abogados, un médico, un ingeniero agrónomo y un alto empleado bancario.

Vaccaro es un ejemplo de carácter, voluntad reflexiva, energía, perseverancia, laboriosidad, honradez y paciencia. Confiesa que durante veinte años trabajó veinte horas por día y luego doce, lo que le parecía poco, pues según su parecer sólo se descansa cuando se muere. Uno de los rasgos dominantes de su espíritu fué el respeto a la cultura. Amaba a los que sabían luchar y los ayudaba con generosidad. A su juicio, inteligencia sin iniciativa es una inteligencia muerta. Rasgo sobresaliente en él fué el profundo amor al país y una fe inconmovible en su destino.

La más sólida rectitud moral caracterizó su vida entera. Recordó siempre con gratitud y devoción a sus padres y a su esposa. Escribió una especie de decálogo de conducta y lo siguió estrictamente. Aconsejaba ser honrado, hablar poco y hacer mucho, tener buenos sentimientos y mucho amor al trabajo y decir siempre la verdad.

Varios hechos muestran su temple moral. Conocido es el caso de un cliente que adquiría desde hacía años un mismo número de la lotería. Una vez sola no fué por encontrarse sin dinero y el billete resultó con el premio mayor. Vaccaro había reservado el billete, pero al no habérselo comprado, el premio era indiscutiblemente suyo. Don Severo no lo juzgó así, fué a ver a su cliente y le dijo: "Usted olvidó adquirir hoy el billete que me compra desde hace quince años. Ha sacado la grande de 120.000 pesos y aquí tienen su billete". En otros casos parecidos obró en forma semejante.

Trabajó e hizo su fortuna con los periódicos. Tuvo contacto con casi todos los directores de diarios y revistas, desde Sarmiento, hasta el día de su muerte y de todos mereció consideración y aprecio. Guardó verdadera pasión por el periodismo y su misión, y en especial por *La Prensa*, el más grande de los diarios en idioma español.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Ha consagrado varios escritos a describir el papel de la prensa. Así dijo: "El periodismo es una misión, es un producto espiritual representativo del país en que circula". "Grandes ideas, grandes diarios". "El periodismo es el arma de la democracia, un apostolado del bien". "Lo más noble y bello de la prensa es su independencia".

Vaccaro fué uno de los fundadores del Círculo de La Prensa y su primer tesorero.

Editó a su cargo la *Revista de Filosofía* de José Ingenieros, la *Revista de Derecho, Historia y Letras* de Estanislao S. Zeballos, y durante treinta años los *Anales del Instituto Popular de Conferencias*. En el año 1907, con sus amigos Juan Canter y Manuel Guerrero, editaron y distribuyeron gratuitamente cien mil ejemplares del libro *El Carácter* de Smiles, destinados a la juventud argentina.

Su contribución más notable es haber difundido las obras de grandes escritores y pensadores argentinos y extranjeros editando la biblioteca La Cultura Argentina. José Ingenieros tuvo la iniciativa de la empresa y seleccionaba los libros; la realización fué posible por la ayuda financiera de Don Severo Vaccaro, que los editaba y difundía. Así, desde 1915 aparecieron 144 obras, que se vendían a uno o dos pesos, con un mínimo de 5.000 ejemplares cada una. Al liquidar la empresa, después de siete años, Vaccaro perdía 84.000 pesos y la mitad de los 20.000 pesos de pérdida de la editorial. Fué un triunfo moral espléndido y un negocio comercial pésimo. Se dijo de Vaccaro que era el hombre que regalaba libros; pero en verdad fué el hombre que difundía generosamente la cultura, como lo hicieron grandes hombres de empresa de los Estados Unidos. Su inversión fué magnífica, hace honor al que la hizo y al país y debo advertir que hasta entonces no se había visto nunca entre nosotros nada semejante.

Don Severo Vaccaro fué mecenas y consejero de muchos escritores y periodistas. Se contó entre los fundadores del Aero Club Argentino, de cuya institución fué el tesorero durante catorce años, ayudando a su amigo el malogrado Jorge Newbery.

Para honrar la memoria de Don Severo Vaccaro, difusor y benefactor de la cultura, su hermano Don Vicente Vaccaro creó la fundación "Severo Vaccaro" y la dotó de fondos para estimular al periodista, escritor u hombre de ciencia que se haya destacado por la labor realizada o por nobles actos de bien público u otro acto honroso para el país o que reporte un beneficio para la humanidad.

Se tomaron en cuenta numerosos nombres, propuestos por los propios miembros de la Fundación o por diversas entidades o particulares. Muchos de los candidatos reunían altos méritos, que fueron apreciados debidamente.

Se eligió unánimemente al Profesor Romero, porque ha realizado una sólida labor filosófica, ampliamente apreciada dentro y fuera de nuestro país, y ha sido un maestro que ha formado discípulos que honran

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

su enseñanza y han prestigiado el nombre de la Argentina en el extranjero. Ha difundido la filosofía en América y ha contribuído a su adelanto con una obra original importante.

Francisco Romero siguió primero la carrera militar y fué oficial de ingenieros del ejército nacional, del cual se retiró con el grado de mayor al ser designado profesor titular de la Universidad de Buenos Aires en 1931, siéndolo también de La Plata en 1935. Renunció a sus cátedras universitarias en diciembre de 1946 y desde entonces es profesor en el Colegio Libre de Estudios Superiores.

Su bien ganado prestigio explica que haya recibido invitaciones de numerosas Universidades: Yale, Columbia, Chicago, Chile, Venezuela, Lima, Río de Janeiro, México, Habana, Puerto Rico, Colombia y La Paz.

Es miembro de honor de la Universidad de Chile. La Universidad de Princeton lo invitó a trasladarse a ella para recibir un grado de doctor honoris causa.

Su reputación es grande en América. Así, Guillermo Francovich, rector de la Universidad de Sucre ha dicho: "Es digna de particular mención la labor que desde Buenos Aires realiza Francisco Romero, que es incuestionablemente el más prestigioso pensador latino-americano de la actualidad, y que con su generoso espíritu y su entusiasmo ejemplar estimula todas las inquietudes filosóficas que se manifiestan en el Continente".

Forma parte de numerosas sociedades científicas o de filosofía del país y de la América del Sur o del Norte, como miembro titular u honorario, y es único representante de Iberoamérica en la Federación Internacional de Sociedades de Filosofía.

La Universidad de Southern California destinó, en 1945, la suma de 1.000 dólares para una beca a la persona que él indicara. En la Universidad de Washington se presentó una tesis sobre *Francisco Romero y el positivismo en el siglo XIX*. En la Universidad de Wisconsin se preparó otra tesis sobre *Francisco Romero y la crisis del pensamiento actual*. Se ha escrito un volumen sobre él en la Colección de Escritores Españoles e Hispanoamericanos, en la Universidad de Columbia, en Nueva York. Figura en dos antologías del pensamiento filosófico español e hispanoamericano publicadas en México (1945) y Washington (1949). Se le dedican artículos especiales en *The Dictionary of Philosophy* (New York, 1942) y *Diccionario de filosofía* (México, 1941 y 1944).

Algunos de sus trabajos han sido traducidos al inglés, francés y portugués. La Universidad de Puerto Rico ha reimpreso algunos de sus trabajos.

Romero es un auténtico maestro, por vocación natural de su espíritu, y enseña porque sabe que los hombres se ennoblecen por el conocimiento y que la cultura se basa en la trasmisión y en la continuidad. Se ha consagrado a instruir a la juventud, a impulsar el adelanto de la ciencia y a la búsqueda de la verdad.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Romero ha realizado una obra considerable de difusión de la filosofía en toda América, en libros, artículos de revistas y de periódicos. Ha promovido abundantes ediciones universitarias. Fundó y dirige la Biblioteca Filosófica (Editorial Losada), que ha publicado ya más de cincuenta volúmenes, de textos clásicos importantes, aún no traducidos a nuestro idioma (como ser los de Berkeley, Bacon, Hume, Descartes, Plotino, Leibniz, etc.) y también otras recientes. Esta colección ha sido comparada por el eminente profesor Brightman a las mejores colecciones similares.

Ha contribuído a la conexión entre los estudiantes de filosofía iberoamericanos y entre éstos y los norteamericanos.

Este maestro ha formado especialistas que han adquirido reputación y personalidad, como ser: Risieri Frondizi, Aníbal Sánchez Reulet, Eugenio Pucciarelli, Juan A. Vásquez, Norberto Rodríguez Bustamante y otros varios que sería largo enumerar.

Se le debe la introducción de movimientos filosóficos poco o nada conocidos antes en el país, sobre todo los alemanes más recientes. Ha tenido relaciones directas con algunos de los hombres más importantes de este movimiento: Hartmann, Spranger, Curtius, Krueger, Círculo Fenomenológico, Círculo de Dilthey, Müller, Honecker, etc.

Entre sus libros merecen especial mención: *Lógica* (en colaboración), con trece ediciones hasta 1951, recibida con los mayores elogios y como una obra didáctica y renovadora. Ha escrito sobre su maestro Alejandro Korn (en colaboración), sobre filosofía contemporánea, historia de la filosofía, filosofía de ayer y de hoy, papeles para una filosofía, filosofía de la persona, ideas y figuras, filósofos y problemas. El año pasado apareció *El hombre y la cultura.*

Romero se dedica a la investigación original de la verdad y a adelantar los conocimientos actuales. Se ocupa en especial de indagar a fondo la noción de la trascendencia y de la necesidad de una metafísica sobre la idea de la trascendencia. Ha trabajado sobre relaciones, teoría del conocimiento, valores, filosofía de la cultura. Muchas de sus ideas cardinales han aparecido ya en parte en sus comunicaciones al X Congreso de Filosofía, al III Interamericano y en su contribución a la obra colectiva *Ideological Differences and World Order* (Yale University Press, 1949). Se integran estas doctrinas en su "Teoría del hombre" terminada ya y que aparecerá este año.

Debo destacar que Francisco Romero ha mostrado siempre personalidad, carácter y un espíritu de ciudadano libre y digno. Se presta hoy homenaje a un hombre recto, a un maestro insigne, a un filósofo prestigioso, a un difusor de la cultura, a un pensador original. Se premia a un hombre, a una obra y a una conducta.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Como justo homenaje a Severo Vaccaro, que se formó en el periodismo y vivió vinculado e identificado con él, se ha dispuesto que este premio que lleva su nombre se entregue públicamente el 7 de junio,

día del periodista, fecha que rememora la aparición de la *Gazeta de Buenos Aires* fundada por Moreno.

DISCURSO DEL PROFESOR FRANCISCO ROMERO

Muchas circunstancias contribuyen para hacerme en medida suma honroso y grato este premio que me ha sido otorgado, cuya significación, ya de por sí tan elevada, se ha querido realzar con esta ceremonia, que quedará para mí en lo sucesivo como un recuerdo imborrable. Esas circunstancias son todas las que concurren específicamente en el origen y la índole de la Institución, en la calidad de las personas que la componen, en el mecanismo de su funcionamiento y aun en la fecha elegida para entrega de la recompensa.

La vitalidad y el empuje de una comunidad se revelan en la espontaneidad con que sus fuerzas se decidan a afrontar problemas y tareas de bien público, en la libre iniciativa de los individuos y los grupos para asumir funciones de alcance social. Mientras cada uno sólo piensa en sí y en aquellos que le están más próximos por afectos e intereses, la sociedad no pasa de ser una articulación formal de esos círculos restringidos y con frecuencia adversarios, y muchas de las necesidades más nobles y generales del conjunto carecen de órganos que las satisfagan con la dignidad del desinterés y la eficacia de la preocupación vocacional y auténtica. Es una dicha para nosotros, un indicio de la vitalidad y madurez de nuestro pueblo y una garantía de nuestro porvenir, el hecho de que aparezcan y prosperen instituciones inspiradas en el provecho común, privadas por su origen y constitución, y sociales por sus finalidades, que en campos diferentes, mediante una meritoria amalgama de esfuerzos y sacrificios, cumplen altas faenas de cultura, o bien las incitan y estimulan, convirtiéndose en cierto modo en voces expresas del silencioso consenso colectivo.

Entre los rasgos que distinguen a la Fundación Severo Vaccaro se destacan el contorno de la personalidad que le da nombre; el propósito del fundador de mantener vivo el recuerdo de esa personalidad, asociado a una acción permanente de exaltación espiritual, y la decisión de confiar el manejo de la Institución a personas que no sólo sean capaces de gobernarla con tacto y seguridad, sino que además contribuyan a prestigiarla con la doble e inapelable autoridad de la inteligencia reconocida y la conducta sin reproche.

Para la Fundación, el nombre de Don Severo Vaccaro no parece una mera denominación sino además una definición; porque no es exclusivamente el de un hombre cuya memoria pretenda honrar el afecto de sus familiares. Es también, y ante todo, un símbolo y hasta podría decirse que la síntesis de un programa, y lo que de todo corazón acepto en esta distinción viene de ese símbolo y de ese programa. A lo largo de sus años numerosos y de sus múltiples experiencias, de su ininterrumpida la-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

boriosidad y de sus afanes de varón generoso y recto, la vida de don Severo fué toda ella una fundación, y de esa fundación vivida y no estatuída brota en parte esta obra, que la piedad fraterna, alentada y corroborada por preocupaciones semejantes, ha querido crear para que triunfen de la muerte, no sólo el nombre de la personalidad abolida, sino también su obra interrumpida y sus aspiraciones más entrañables.

Hombre entero y cabal, don Severo Vaccaro se señaló por el trabajo tenaz y la honradez acrisolada; de su honestidad, no de la acostumbrada y exigible, sino de la que se extrema en el rigor de una implacable exigencia moral, ha recogido la anécdota casos que nos parecerían alardes, si no supiéramos que todo era en él veracidad y sencillez. Los que merecen piedad y gratitud han sido a su vez, por lo común, piadosos y agradecidos; los que merecen el amor y el respeto han amado y han respetado. Las *Meditaciones* de Marco Aurelio se abren con una conmovedora enumeración de sus débitos hacia sus abuelos, hacia sus progenitores, hacia sus maestros; en pocos pasajes suyos resplandece mejor la grandeza del Emperador filósofo. En las *Páginas dispersas* de don Severo Vaccaro —que por cierto frecuentó los pensamientos de Marco Aurelio— se han puesto al frente, como pórtico, dos páginas de reconocimiento y veneración a sus padres y a su esposa que recuerdan las del estoico antiguo. Don Severo Vaccaro, dicho en los términos corrientes, fué un hombre que se lo debió todo a sí mismo; pero él se ha encargado de decirnos que ese "sí mismo" que supo modelarse su propia vida y albergar en ella tantas nobles preocupaciones, se modeló a su vez sobre los puros ejemplos y los hondos afectos que otorgan a la existencia humana, desde su principio, un sentido de responsabilidad y de seriedad que ningún otro tipo de adoctrinamiento es capaz de conferirle. Ese par de páginas debe contarse en primera línea entre sus papeles de identidad.

Papeles de identidad vienen a ser, desde cierto punto de vista, todos los escritos suyos y tocantes a su persona que fueron recogidos en un volumen, en 1946, con el mismo espíritu de veneración fraternal que inspiró después la idea de la Fundación. Todo se concierta en ellos para definir la efigie de un hombre afirmativo, enérgico, que se crea su propio destino, que se forja por su cuenta y a costa de desvelos una cultura personal, que interviene con decisión y desinterés en abundantes empresas de beneficio común. Su participación en las memorables ediciones de "La Cultura Argentina", promovidas por José Ingenieros, es bien conocida; nunca se ponderará bastante esta aportación, de total generosidad por parte de ambos, que puso en amplia circulación muchos de los textos de nuestros escritores más grandes y representativos, que los desenterró y recuperó, contribuyendo así al esclarecimiento de nuestra conciencia intelectual y cívica; empresa concebida con un notorio sentido nacional y popular, porque se proponía llevar a todas partes, como material para la educación superior de los argentinos, la sustancia de sus mayores pensadores y conductores; y que difícilmente hubiera podido

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

llevarse adelante sin la cooperación de Vaccaro. Pero éste no fué sino uno de sus empeños; no enumeraré los demás, y sirva éste de ejemplo. Creyó en la fecundidad del pensamiento, en la vigencia de los principios morales; creyó en el hombre. Amó apasionadamente a su patria, y todo lo que en él era lúcido entusiasmo por los bienes de la cultura y la dignidad de la condición humana se organizó en torno de ese amor suyo por su país, formando así una constelación en la que las aspiraciones ideales se concretaban y se ponían al servicio de la realidad circundante, del aquí y del ahora. Todo ello en una postura de actividad militante, para la cual, si quisiéramos definirla según sus propias normas, probablemente no hallaríamos mejor fórmula que ésta: esfuerzo y buena voluntad.

Creyente en las mejores fuerzas del hombre, en todo lo que en él configura un avance que es continuo perfeccionamiento, su fe en los poderes de la palabra impresa fué ilimitada, y esta fe se mostró particularmente vivaz en su convicción de que el periodismo es uno de los resortes máximos de la civilización moderna, uno de los más admirables y eficaces. Toda su vida estuvo, más que ligada, entretejida con el periodismo, de tan gloriosa tradición en nuestra tierra. No es, por lo tanto, una ocurrencia circunstancial que este acto se celebre en el "Día del Periodista", en la fecha que recuerda la de la creación de "La Gaceta de Buenos Aires"; fecha que por este lado no es sólo una conmemoración, sino que entraña necesariamente la adhesión a esa tradición ilustre a que me he referido. Por mi parte, me resulta muy agradable que este acto se celebre en tal día, porque buena parte de mi labor la he hecho en publicaciones periódicas, y de ellas he recibido un estímulo y un apoyo doblemente estimables por la reiteración y por la espontaneidad.

No me es lícito omitir, porque iría contra lo que siento en estas circunstancias, mi reconocimiento a los señores miembros de la Fundación. Juzguen otros de la justicia del fallo. Yo sólo puedo decir que es para mí un honor que el fallo con el cual he sido distinguido provenga de las personas que lo han dictado, y que sea el doctor Bernardo Houssay, prestigio argentino porque es nuestro, pero prestigio universal por el nivel y la significación de su obra, quien presida este acto. En cuanto a las palabras que ha pronunciado sobre mí, sólo tengo que decir que en ellas la parte de la generosidad supera con mucho la de la justicia.

Como he dicho otras veces, nuestra civilización iberoamericana alcanza en estos tiempos su edad adulta; esta madurez, en el plano de la inteligencia, se manifiesta sobre todo con el cultivo sistemático de las disciplinas científicas y filosóficas. Primeramente la espiritualidad de estos países hubo de consagrarse a la indagación histórica y a la creación literaria; eran faenas de evidente urgencia, porque la averiguación histórica es, en lo intelectual, lo que la organización política y económica en lo práctico: un modo de organización de la realidad y de la conciencia colectivas; y la tarea literaria es igualmente una toma de conciencia mediante otros procedimientos, por la tipificación y la idealización, por el

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

destaque de las esencias y por la promoción de la confusa y palpitante vida de los hombres a la suprema dignidad de la forma. Toda adolescencia es un buscarse y un tratar de encontrarse uno consigo mismo, y los pueblos adolescentes se buscan y se encuentran profundizando su pasado para aclarar su presente y expresándose en las figuraciones del arte. Sería erróneo interpretar esto en el sentido de que esas tareas sean exclusivas de la adolescencia; sólo quiero sentar que en la adolescencia cumplen una función tan necesaria y vital que casi no dejó tiempo en estos pueblos para otros menesteres. Ahora, al lado de nuestra pujante historiografía y del florecimiento cada día más rico y abundante de las letras y las artes, se intensifican las actividades científicas y filosóficas, cuyo sentido más impersonal, más objetivo y abstracto, suponen el apaciguamiento de los fervores juveniles, si bien de ninguna manera la ausencia de un severo fervor que es consustancial con cualquier consagración veraz a las empresas del espíritu.

La filosofía siempre halló en nuestra América, desde el Descubrimiento, personas que la estudiaran con interés y capacidad. Pero tardó en llegar a ser una ocupación plural y normal, una ordinaria función de cultura. Un haz de personalidades eminentes, a fines del siglo pasado y en los albores del nuestro, sientan sobre bases firmes la filosofía en estos países. Son los varones que he llamado en otras ocasiones "los fundadores", los que fueron capaces de crear una tradición con su ejemplo y su legado, los que identificaron el filosofar con su propia existencia. Para citar algunos, recordaré los nombres de Varona, en Cuba; de Caso, en México; de Vaz Ferreira, en el Uruguay; de Enrique Molina, en Chile; de Deustua, en el Perú; de Alejandro Korn, en la Argentina. Todos ellos fueron ilustres varones; no meramente inteligencias luminosas, sino grandes hombres completos, por el armonioso acuerdo del saber y de la conducta, por la pareja preocupación por las ideas y por la concreta realidad de sus países. No sólo fueron cumplidos especialistas en una rama del conocimiento, sino nobles fuerzas espirituales operantes en la civilización de estos pueblos.

Este grupo, que ciertamente comprende más nombres que los que acabo de citar, constituye, pues, el verdadero punto de partida de la filosofía en Iberoamérica. Anteriormente, como dije, se había filosofado; pero ocasionalmente, o bien profesionalmente, como se cumple una obligación. Con sus componentes la filosofía se concentra y vivifica, por la coincidencia en sus personas del saber, de la resuelta vocación, de la consagración apasionada, de la creencia en que la cultura superior queda incompleta y trunca sin la dimensión filosófica. Pero este grupo fué un grupo disperso, dislocado; quienes lo componían se hallaban entre sí incomunicados. Acaso hubiera alguna vez relación transitoria entre algunos de ellos; si la hubo, que yo lo ignoro, habrá sido cosa excepcional. Puede decirse que mutuamente se ignoraron. Por su influjo, por el estímulo poderoso que de ellos emanaba, había de producirse un despertar

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

del interés por la filosofía en sus países respectivos; pero, por esa situación de mutuo desconocimiento que dominó entre ellos, no podía suscitarse todavía un propósito de aproximación entre los movimientos nacionales que así comenzaban a originarse. La oportunidad de iniciar el diálogo filosófico interamericano no se había hecho presente todavía.

De estos hombres excepcionales, tuve la ventura de conocer y de frecuentar, en larga y tierna amistad, a uno de los mejores: a don Alejandro Korn, por quien la Argentina estuvo representada, con insuperable dignidad, en ese grupo disperso. Entre sus múltiples significaciones, el varón superior asume el papel de mostrarnos la existencia y la validez de las normas y los principios con una evidencia y efectividad que esas normas y principios no tienen por sí, en su abstracta desnudez, mientras no son sino exigencias ideales planeando en el orbe astral de lo que debe ser. El varón insigne pone ante nosotros la norma y el principio corporizados; lo que debe ser, siendo. Esto es lo que vimos en don Alejandro Korn quienes pudimos enriquecernos con su lección y con su compañía; dos palabras que, referidas a él, designan una cosa sola, pues su lección fué siempre compañía amistosa, y su compañía fué siempre lección magistral. Acaso la mayor fortuna para un hombre sea el haber podido disfrutar de tales presencias ejemplares, porque una sola de esas experiencias luminosas compensa innumerables experiencias contrarias, infinidad de comprobaciones de la flaqueza y fragilidad humanas. Yo he tenido el privilegio de sentir cerca de mí a algunos de estos hombres que suscitan juntamente la admiración, el afecto y la veneración.

Yo conocí a don Alejandro Korn cuando mi formación estaba muy adelantada y ya había resuelto dedicarme preferentemente a la filosofía. Nunca, sin embargo, se me había ocurrido que pudiera ejercer la docencia. La idea de que yo me hiciera profesor de filosofía, de que me entregara a ella hasta profesionalmente, fué de Korn, y aun fué él quien me impulsó enérgicamente a dar este rumbo a mi vida, disponiendo por su cuenta las circunstancias convenientes. En el año 1926 ó 1927 me citó un día a su casa de La Plata, diciéndome que deseaba conversar conmigo. Conservo un recuerdo imborrable de esa visita. Nuestra conversación, toda ella sobre asuntos relacionados con nuestras comunes predilecciones, duró muchas horas, desde las primeras de la tarde hasta que debió cortarse por una imposición externa, la salida del último tren de La Plata para Buenos Aires. En el curso de esta conversación, Korn me incitó a que me presentara como aspirante a la suplencia de su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; pensaba jubilarse pronto y me dijo que deseaba que fuera yo quien lo reemplazara al retirarse. Pese a sus amistosos apremios, no le di la respuesta que deseaba; le expuse los inconvenientes para mí de un tan completo y repentino cambio de vida, y en mi fuero interno me mantuve dispuesto a perseverar en lo que había sido mi plan hasta entonces, el estudio filosófico como actividad privada, al lado del ejercicio de mi profesión militar. Su in-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

sistencia posterior y mi amor a estos estudios lograron al final que entrara en la Facultad, en 1928, como suplente suyo; en 1929 dejó él la cátedra y en 1930 fuí designado titular de ella. Esa cátedra tenía honrosa tradición. La había ilustrado un gran maestro, el doctor Rodolfo Rivarola, antes de que Korn ejerciera en ella su alto magisterio. Hasta que la abandoné, en 1946, traté de desempeñarla lo mejor que pude, procurando no ser del todo indigno de tan insignes predecesores.

En las ciencias de la naturaleza, lo que el pasado deja de vivo y valedero queda incorporado en los planteos del presente, y la historia de ese conocimiento como tal recapitula hechos dejados atrás definitivamente. En la filosofía, por el contrario, gran parte del pasado, su núcleo principal por lo menos, permanece viviente, y si debe ser superado, nunca lo es por la vía de la innovación radical, del rechazo rotundo de lo que fué. De aquí que la historia de la filosofía, el archivo completo de lo que se ha pensado desde los comienzos del filosofar, tenga para la filosofía actual una significación que sobrepasa infinitamente la que reviste, para cualquier otro género de disciplinas, la historia de los respectivos antecedentes. La filosofía es, en cierto modo, una con su historia, así en lo que de ésta se niegue como en lo que se afirme y en lo que se agregue. El comienzo de toda educación filosófica es la frecuentación y el apropiamiento del pasado filosófico, desde los orígenes hasta lo más inmediato. Pero la manera de comprender esta evolución en su ser verdadero y propio, no como una serie de pensamientos momificados, sino como ideas palpitantes de virtualidades, consiste en ligar el pasado con el presente, en advertir el curso filosófico como un gran río que ante nuestros ojos se remansa en las tentativas de nuestro tiempo. La falla más visible, por la época en que me inicié en estas preocupaciones, era el casi total desconocimiento entre nosotros de muchos movimientos filosóficos entre los más recientes, en particular los de lengua alemana, que sólo lograban eco en la cátedra de Korn. La superación del positivismo, que era una de las faenas impuestas por la hora, se había venido realizando sobre todo al amparo de los más destacados filósofos de Francia y de Italia. Quedaba por realizar lo que había empezado Korn, la introducción del pensamiento alemán de nuestro siglo, y en esa tarea nos ocupamos —sin descuidar otras— algunos de los profesores que por entonces llegamos a la silla universitaria. La ocasión no aconsejaba ni permitía el ensimismamiento en la elaboración personal, que ni nos encontraba maduros a los que hubiéramos sentido la veleidad de afrontarla, ni hubiera contado con un ambiente preparado para despertar ecos y dentro del cual fuera fructífera: hubiera carecido de significación, de eficacia y aun de posibilidad, tanto en lo individual como en lo colectivo. La labor informativa en el artículo y en el ensayo, y también, juntamente con la formativa, en la cátedra, parecía lo más oportuno y provechoso. Esta faena se cumplió durante años, y creo que con buenos resultados desde el punto de vista de la creación de una conciencia filosófica en el país; la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

parte que me corresponda no debo juzgarla yo, y sólo puedo decir que me apliqué a ello con amor y con continuidad. Por esta época nuestros estudios filosóficos acortaron considerablemente la distancia respecto a los de las naciones donde se cultivan con mayor capacidad creadora; no, claro está, en cuanto a la intensidad de la preocupación, ni a la producción original, sino en un aspecto mucho más humilde, pero sin duda importante, dadas las circunstancias, y que era la condición para cosas mejores: en la ágil circulación de las ideas, en la repercusión casi al día de lo que se pensaba en otras partes, en la familiaridad con personalidades y doctrinas de la más fresca actualidad. Esta vibración o resonancia próxima del presente filosófico entre nosotros no ocurría solamente en las esferas universitarias, sino también en círculos más amplios de libres estudiosos y aun de meros curiosos de toda palpitación intelectual, como lo demostraban la difusión de los libros filosóficos y los atentos y crecientes auditorios que atraía cualquier tribuna donde se expusieran estos asuntos. Por lo tocante al aula académica, una de las novedades fué que los alumnos no se contentaban con ser alumnos excelentes, sino que los más interesados mostraban el afán de ir mucho más allá de lo escuchado en clase y de lo allegado en los libros más accesibles, y se preocupaban de adquirir, mediante el propio y tenaz esfuerzo, un saber a fondo, una cumplida información, una formación —en algunos casos— de especialistas, rigurosa, completa, con el dominio de todos los recursos lingüísticos y bibliográficos. Al profesor se le presentaban con esto nuevos deberes y una más grave responsabilidad, pero también un género de halagos desconocidos hasta entonces. Para quienes tuvieron la suerte de ver germinar a su alrededor estas vocaciones nacientes y ya seguras de sí; para aquellos a quienes fué concedido allanar los primeros pasos y señalar los senderos en la selva del pensamiento a quienes ostentaban una firme decisión de ir adelante, la recompensa superó con mucho lo que pudiera haber de don y de buena voluntad en su actitud, porque pocas cosas más gratas y aun emocionantes para los que profesan y aman una rama del saber y creen en la suprema dignidad de la inteligencia, que contemplar la aparición de fuerzas juveniles dispuestas a proseguir, con capacidad y con brío, la empresa infinita del conocimiento.

Acaso pueda parecer que la alusión inevitable a mi participación en el proceso filosófico del país suena algo así como a una exhibición de méritos; más bien debe entenderse, por lo menos en porción considerable, como la justificación de lo que yo, acaso más que nadie, considero como una limitación o una falla, la ausencia hasta hoy en mi obra de una contribución formalmente orgánica, dotada de esa consistencia que otorga una compacta sistematicidad. Prometiendo para pronto lo que sea capaz de realizar en ese sentido, debo reconocer que me han apasionado las tareas que me parecieron más urgentes y necesarias, y que me siento en débito conmigo mismo, porque acaso escuché demasiado la voz de

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

ciertos requerimientos y presté menor atención a la de otros. Sírvame de disculpa que las tareas de información y de formación me parecieron ser las que exigía en primer término nuestra situación local. Lo que pudiera ser aportación de propia cosecha hubo de intercalarse en esas faenas, acaso sin el relieve ni la profundización convenientes, y acaso también, en muchas ocasiones, insinuado y aun disimulado en el complejo de la labor informativa y formativa.

Con tales faenas se enlaza la preocupación por aumentar las ediciones filosóficas en nuestro idioma, que muchos hemos sentido en los últimos tiempos. Hasta hace unos treinta años, la escasez de libros filosóficos en español era tan notoria como lamentable. Es mérito singular de don José Ortega y Gasset haber comprendido que cualquier conato de renovación filosófica debía apoyarse en la facilidad de disponer de textos recientes en nuestro idioma, y de habernos provisto de muchas obras considerables, en las excelentes ediciones de la *Revista de Occidente*.

Otros tipos de conocimiento van más directamente a los hechos, a las cosas, y si necesitan siempre de los libros, se sirven de ellos en cuanto los conducen a los hechos mismos. Para la filosofía, la situación es diferente. Su mundo propio son las ideas, y las ideas están en los libros, y cada logro es un libro nuevo que se suma a los antiguos. Sobre las huellas del aporte filosófico-editorial de Ortega y Gasset, se sucedieron tentativas dispersas o planeadas encaminadas a enriquecer nuestro pobre acervo bibliográfico. Tuve la oportunidad de asociar mi nombre a una tentativa de este orden, gracias al empeño y la clarividencia del editor don Gonzalo Losada, y así, una vez más, las circunstancias me permitieron contribuir a satisfacer una de las necesidades de nuestro progreso filosófico. Lo que en esta empresa haya de contribución válida debe atribuírse ante todo al desinterés del editor y a la cooperación, siempre laboriosa y aun penosa, y muchas veces de una notable generosidad intelectual, de muchos estudiosos argentinos y extranjeros, que quisieron colaborar en esta iniciativa al servicio de la cultura filosófica iberoamericana.

La filosofía, más acaso que ninguna otra estirpe de la ocupación intelectual, aspira a lo universal; quien no apunte a lo universal, creo yo que carece de sentido para la filosofía. Pero esta universalidad no consiste en un perderse sin remisión en lo abstracto, en una fuga de la realidad concreta. Se filosofa hacia lo universal, pero se filosofa desde lo particular. Si la filosofía es cosa seria, tiene que ser, como toda ocupación seria, un deber, y ya proclamó Goethe la prioridad y aun la primacía del deber cercano, del que nos es tangente, porque es el rostro cierto de lo que para cada uno es deber, y porque nunca se está muy seguro, cuando se lo pospone al deber remoto, si se trata de una preferencia legítima o de una encubierta deserción. Nuestro deber cercano está aquí, y tiene varios nombres: primero, el de nuestro país; después, el de América. Y carece de todo sentido imaginar colisiones entre estos deberes y el sumo deber hacia la verdad, porque nadie sirve verdaderamente a nada con la

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

mentira. Lo primero, pues, en mi opinión, tiene que ser filosofar en actitud de universalidad —que es el ser del filosofar mismo— pero en función de nuestro país, de lo que mejor convenga a nuestro país para el arraigo y fomento en él de un pensamiento filosófico veraz, ilustrado, ahondador, que permita la libre eclosión de nuestra propia conciencia filosófica, tal como debe manifestarse por su íntima y natural necesidad, sin coacciones ni prescripciones de ningún género. Esto no se consigue mediante la artificiosa rebusca de quintaesencias vernáculas, sino por la obediencia a la propia espontaneidad y su razonada inserción en la corriente inmemorial de la filosofía. Y para preparar el futuro filosófico del país, casi inútil es repetirlo, para su deseada adscripción al ritmo filosófico universal, lo primero tenía que ser la información y la formación, como en toda etapa de severa escolaridad. Lo mismo ha ocurrido u ocurre en los otros países iberoamericanos que marchan con firmes pasos por la vía del adelanto filosófico, y si en algunos no ha ocurrido así, es defecto que traerá consigo el retraso, la incertidumbre y los descarríos.

Y esta mención de otros países me conduce a decir unas palabras sobre el que es el segundo en orden de nuestros deberes cercanos, el de la filosofía como empeño americano; tema que tan estrechamente se relaciona con el primero, que resulta uno e inseparable de él en muchos aspectos.

La filosofía en Europa ha reflejado, desde el Renacimiento, la general situación de ser Europa un mosaico variadísimo de pueblos y nacionalidades. Como riqueza de motivos y diversidad de actitudes e inflexiones, esto ha sido una ventaja para la filosofía, como para muchas otras ramas de la cultura. Pero, por su propia índole, la filosofía aspira a lo universal, y cualquier encierro en el localismo perjudica y aun contradice una aspiración que es para ella irrenunciable. Los particularismos europeos, no sólo han sido momentos de diferencia, sino también muchas veces de oposición, por las tensiones y conflictos políticos entre los pueblos. Las repercusiones de estas situaciones de hecho sobre la filosofía han sido abundantes y de varias clases. Unas veces, por ejemplo, no se valoraba suficientemente el aporte de un país, porque el sistema total de las valoraciones históricas lo hacían otros países: así ha ocurrido con Italia, que ha debido esperar mucho para que se estime justicieramente la significación de sus filósofos del Renacimiento y la excepcional figura de Vico. En otras ocasiones se trata de la indiferencia o el desconocimiento en un país de lo que se hace en otro, motivado por la frialdad u hostilidad entre ambos pueblos. En ciertos casos extremos, ha habido movimientos filosóficos promovidos por situaciones internacionales, como el mesianismo polaco, especie de reivindicación filosófica de una nacionalidad sacrificada. En suma, no ha sido posible en Europa una integración que ayudase a llevar adelante los propósitos universalistas de la filosofía.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Por este lado imagino que puede concebirse una de las contribuciones

americanas. Racial y culturalmente, en América se cumple una gran síntesis del Occidente, y acaso resulte posible que en ella se destaquen y cobren realce los elementos unificantes del pensamiento occidental; que, sin mengua de la riqueza de momentos y matices, la integración se lleve a cabo, porque no existe entre los países americanos nada parecido a la vieja y agria beligerancia europea, sino, por el contrario, una amistad tradicional, basada naturalmente, en el fundamental acuerdo en lo esencial y consagrada en una trabazón jurídica cada día más efectiva y resistente.

Si por el lado de la armoniosa integración el papel de América en la filosofía puede ser de incalculable alcance, también se le abre por otro lado una espléndida perspectiva. El pensamiento europeo había llegado a una interpretación de la totalidad en la que el espíritu constituye la cima y la potenciación de lo real, la cumbre suprema de lo existente; y el espíritu, o bien ostenta la libertad como su atributo más característico y eminente, o bien se identifica lisa y llanamente con la libertad. Desde cierto punto de vista, la filosofía ha venido a ser para muchos, por lo tanto, la averiguación de cómo en la realidad se realiza paulatinamente la libertad. Para esta dirección central de la filosofía, jalonada por una serie de hombres ilustres, América ofrece el terreno más abonado. América se pobló con gentes europeas que buscaban la libertad; que la respiraron luego en sus vastos horizontes abiertos a todas las iniciativas; que construyeron Estados en hazañas libertadoras, inscribiendo en sus constituciones el dogma de la libertad colectiva e individual. La experiencia propia de América es la experiencia de la libertad. Si la libertad no fuera sino el hecho capital americano, la concepción de la realidad y de la vida que inspirase podría ser valedera y aun excelente, pero algo privadamente americano, y la filosofía en que encarnara sería exclusivamente americana. Pero no es así, como lo muestra, por una parte, la marcha general de la historia, y por otra, esa convicción de la mejor filosofía europea a que me he referido. Lo que ocurre es que, venturosamente para ella, América ha disfrutado de las circunstancias propicias para que la experiencia viva de la libertad fuera en ella más clara, más inmediata; fuera una cosa sola con la nueva vida que en ella cobraban la humanidad y la civilización europeas trasplantadas. El aporte de América vendría a ser, pues, un testimonio, una constancia cuyo valor reside en su palpitante evidencia. Si acudimos a los filósofos americanos, comprobamos que esta convicción ha sido en casi todos ellos permanente y entrañable. Nuestro Alejandro Korn, para nombrar únicamente al que nos es más cercano, no puede ser definido de manera mejor que diciendo que fué un filósofo de la libertad. América parecería destinada a que en ella obtuviera su cumplimiento y remate la elaboración reflexiva de una tesis a la que ha arribado por muchos caminos el pensamiento occidental.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Para que América se hallara filosóficamente a sí misma como orgánica unidad, y su conciencia filosófica se constituyera primero y después

se acendrara y fortificara, era indispensable la comunicación entre sus estudiosos de filosofía, el trato personal cuando resultara posible, el epistolar en los otros casos y el intercambio de publicaciones en todos. Hasta hace unos veinte años esta relación era mínima, casi inexistente. Se inició por la firme voluntad de algunas personas decididas a establecerla, y creció rápidamente desde entonces. Si acaso es cierto que los iberoamericanos tomamos la iniciativa, ha de reconocerse que los colegas norteamericanos nos sobrepujaron en la constancia del esfuerzo. Es corriente ahora que los que se consagran a estos estudios conozcan cumplidamente lo que se ha hecho y se va haciendo en cada país, las direcciones de pensamiento predominantes y las figuras de mayor relieve. Con ello la filosofía en nuestras comarcas comienza a volverse sobre sí misma, a considerarse como una entidad cuyo ser y sentido hay que comprender. En reuniones y congresos han sido ya propuestas cuestiones tales como la de la índole diferencial de la filosofía en cada una de las dos mitades de América, sus relaciones actuales y previsibles, sus modos de conexión o dependencia respecto a la europea. Algunos puntos interesantes relativos a lo que debe ser el pensamiento iberoamericano son interpretados diversamente en nuestros países, y la confrontación de estas divergencias constituye un tema importante, dentro del tema general de la reflexión de nuestra filosofía sobre sí misma. Por sobre todo esto, se debe insistir en las crecientes articulaciones de la filosofía en toda América, en las posibilidades cada día mayores de colaboración y comprensión y estima mutuas, con lo cual, más allá de muchos beneficios evidentes dentro de su propio terreno, se contribuye a acelerar esa conexión armónica entre los hombres que es requisito vital para el mundo de hoy.

En términos generales, yo creo que el papel de la colaboración será cada vez mayor en la filosofía. Mientras el hallazgo de los grandes motivos, de las grandes ideas-claves ha sido lo capital, el papel principal y casi único quedaba reservado a pocas personalidades descollantes, capaces de las profundas intuiciones descubridoras. La situación presente muestra un desnivel entre la cantidad y el esplendor de tales ideas o intuiciones cardinales, y el escaso partido que se ha sacado de ellas. Si se me preguntara cuál es el rasgo dominante en el estado presente del trabajo filosófico, respondería que la abundancia de canteras, descubiertas pero sin explotar. El esfuerzo filosófico parecería contentarse con los grandes lineamientos geodésicos, y menospreciar la particularización topográfica; pero la geodesia sin la topografía sirve de poco. Desde Hegel está planteado inequívocamente un magno problema que venía de antes, el contraste entre lo racional y lo real, el conflicto entre la identidad lógica y el fluir irrestañable de la realidad; el mismo Hegel, además, descubre una nueva forma de realidad a la que denomina espíritu objetivo, cuya especificación es una de las bases de cualquier teorización de la cultura. Con Dilthey y otros se hace patente la necesidad de ampliar los cuadros habi-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

tuales de la teoría del conocimiento, introduciendo en ellos y profundizando la noción de lo que se llama el "comprender". La noción de estructura se ha impuesto últimamente como un esquema irreemplazable para entender la realidad. Ninguno de estos grandes temas ha recibido una elaboración a fondo, detallada, exhaustiva. En gran parte mantienen el vago contorno de su primera aparición. Lo mismo puede decirse de otros, surgidos anteriormente, y que siguen rebosantes de enigmas y problemas. Las nociones de evolución y de progreso requieren un examen que las aclare por todos sus costados. Por lo que toca particularmente a la segunda, a la de progreso, la necesidad de la aclaración es tanto más urgente cuanto que hay considerable distancia entre sus repercusiones verbales y prácticas y lo que sabemos positivamente de ella, entre la pasión de que se la carga y la inteligencia con que se la ilumina. Es una desgracia para la filosofía que la moda incida en ella, porque para muchos se convierte en pura cuestión de moda. Hubo en cierta época la moda de creer ciegamente en el progreso, y reina ahora la moda contraria de renegar y aun de burlarse de él; pero si buscamos precisiones sobre lo que debemos entender en rigor por progreso, difícilmente las encontraremos. Hay muchas grandes cuestiones contemporáneas, estrechamente vinculadas a los intereses más concretos de los individuos y de los pueblos, que no son exclusivamente políticas, económicas o sociales, aunque de todo eso participen, porque envuelven referencias a los motivos últimos de los valores y del sentido de la existencia humana; estas cuestiones son filosóficas, pero no bastará para ellas el trato singular y solitario, el examen de aislados especialistas indagando cada uno por su cuenta, porque exigen una extensa recolección de informes de muy distinta naturaleza y procedencia, y la confrontación de muchos puntos de vista y de muchos proyectos de solución. Piénsese, por ejemplo, en el problema de la crisis actual, y también en los choques de culturas, que aconsejan ponerse en claro sobre la índole de cada cultura y sobre los elementos que en ellas pueden servir de base para un acuerdo. Para que, en la situación a que hemos llegado, la filosofía rinda lo que es lícito esperar de ella, será indispensable un grado de organización y de cooperación —de muchos tipos de cooperación— que apenas existe. Esa organización y cooperación deben ser planeadas libremente por los filósofos mismos, deben brotar espontáneamente del seno de la filosofía misma, estimulada por el espectáculo de una coyuntura histórica que ofrece determinadas posibilidades e impone determinados deberes; cualquier ingerencia, sin exceptuar la mejor intencionada, convertiría en inútil o perjudicial lo que debiera ser positivo y útil.

En la filosofía han abundado el talento eminente y el genio, pero ha escaseado en cambio el trabajo serio y modesto, indiferente a la aureola de la originalidad y a los halagos del éxito exterior. Una de las desgracias de la filosofía ha sido que se la ha relacionado demasiado con la genialidad, esa idea corriente de que poco representa en ella quien no sea un

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Platón, un Leibniz, un Kant, un Hegel, un Bergson. Cuando se dice "un filósofo", muchos todavía piensan en una especie de mago; si el personaje los defrauda en sus expectativas, lo toman por una especie de usurpador. Afortunadamente ya se va imponiendo una concepción muy distinta: la de que merece el título de filósofo quien se ocupa en cierta rama del conocimiento y cumple los requisitos intelectuales y morales impuestos por esa ocupación, lo mismo que sucede para el químico o el historiador en sus situaciones respectivas. Cuando se va a la filosofía en demanda de cuidadosas averiguaciones sobre asuntos que la ocupan desde hace siglos, la decepción es frecuente: con la riqueza de las construcciones magníficas contrasta la pobreza en indagaciones estrictas, rigurosas. Una y otra vez se ha proclamado en Europa la conveniencia de una reforma en los métodos de la labor filosófica, en un sentido afín, aunque no idéntico, al de la labor científica, y algo se ha hecho, sobre todo en el sector inspirado por Husserl; pero mucho más habrá de hacerse, y con plan más amplio. Muchas de las nociones más sugestivas y atrayentes, hacia las cuales las posturas acostumbradas son la aceptación o el rechazo, deben convertirse en algo así como hipótesis de trabajo, para descubrir lo que en ellas es sólido y lo que no lo es. Esto requerirá un esfuerzo plural, consecuente, planeado; un trabajo como de laboratorio o de taller. Muchos obstáculos conspiran contra la seriedad y la normalidad del esfuerzo, y en primer término el ansia de la novedad desconcertante y la creencia ingenua de que tal filosofía de última hora resolverá el problema de la vida y del destino humano; es el anhelo de una revelación definitiva y milagrosa, transportado ahora al campo filosófico. Pero en filosofía no hay más revelación que la que componen veinticinco siglos de pensamiento, totalizados, reelaborados y enriquecidos en el hirviente crisol de la mente contemporánea.

Ya he indicado aquello que, en mi opinión, pueden ser algunas de las contribuciones americanas a estos estudios. Desde luego, sin descartar y aun deseando cordialmente la aparición del hallazgo de inesperado alcance, que produzca un salto hacia adelante o una poderosa inflexión en la marcha; pero cuanto concierne a la genialidad es imprevisible, y yo me considero obligado a mantenerme en el terreno de las previsiones. He de agregar que también juzgo probable que sea en América donde se introduzcan nuevas normas y costumbres en la faena filosófica, en la dirección señalada hace un momento, por la voluntad de innovación y la carencia de hábitos arraigados que la caracterizan. Precisamente entre nosotros formuló José Ingenieros una previsión parecida, en sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, un escrito donde hay más de un punto que merece todavía meditación.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Sea como fuere, mi aspiración más ferviente es que estos estudios se afiancen y prosperen en nuestros países, y contribuyan a definir la individualidad del Continente y a llevar pronto un considerable aporte al común tesoro de la cultura. El mundo actual necesita de muchas cosas,

y hay algunas entre ellas que puede y debe esperar de la filosofía. El mundo padece de confusión y de dispersión, y la filosofía puede ofrecerle clarificaciones críticas y ayudar también, por su consustancial universalismo, a establecer ciertos planos de coincidencia que se sumen a otras tentativas de conciliación y acuerdo. Serán condiciones indispensables defender la autonomía del pensamiento y trabajar con tenacidad y recta intención. Para mí, la ocupación filosófica no me ha deparado sino satisfacciones, y aun los pequeños contratiempos inevitables se fueron convirtiendo en ocasión de satisfacciones. Todo para mí es deuda, y todo como tal lo agradezco.

Los colaboradores de este número

JOSE P. BARREIRO. — Ver *Cursos y Conferencias*, año VII, volumen XIV, Nº 7-8, octubre-noviembre de 1938.

CARMELO M. BONET. — Nació en Montevideo (Uruguay), en 1886. Estudió en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; luego enseñó literatura en esa Facultad. En 1947 visitó universidades y centros culturales de Gran Bretaña, invitado por el Hudson Institute. Colaborador de *La Nación* de Buenos Aires, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, revistas *Nosotros*, *Humanidades* y *Logos*, de la Argentina, y *La Razón*, de Bolivia.

OBRAS: *Escolios y reflexiones sobre estética literaria; Apuntaciones sobre el arte de juzgar; Voces argentinas; El gringo en la literatura rioplatense;* etc.

JUAN MANTOVANI. — Ver *Cursos y Conferencias*, año XVIII, volumen XXXV, Nº 205-206-207, abril-mayo-junio de 1949.

JOSE MARIA MILLAS VALLICROSA. — Hebraísta y arabista catalán; enseña en la Universidad de Barcelona y, como invitado especial, en la Universidad Hebrea de Jerusalem. Es director del Instituto Arias Montano de Madrid y presidente del grupo español de la Unión Internacional de Historia de las Ciencias.

OBRAS: *La poesía sagrada hebraico-española; El astrónomo Azarquiel; Semblanzas de los grandes científicos hebraico-españoles;* numerosos trabajos sobre las líricas medievales árabe, hebraica, latina y romances, etc.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

EMILIO RAVIGNANI. — Ver *Cursos y Conferencias*, año XIX, volumen XXXVII, Nº 222, setiembre de 1950.